

Martín García Loygorri

Artillería y Milicia

Fernando Martínez de Baños Carrillo



XXXVII Premio *Los Sitios de Zaragoza* 2022

Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”



Asociación Cultural

“Los Sitios de Zaragoza”

Martín García Loygorri (1759-1824)

Artillería y Milicia



XXXVII PREMIO LOS SITIOS DE ZARAGOZA, 2022

AUTOR: Fernando Martínez de Baños Carrillo
EDICIÓN: Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”
IMPRESIÓN. Copistería Lorente S.L.
DEPÓSITO LEGAL: Z856-2022

... señalándose por su bizarría en la gloriosa victoria de Alcañiz,
Arrancada en 1809 al furor de las águilas francesas
Por la firmeza impávida de la Artillería que gobernaba...

“Cuando una educación noble e ilustrada
despeja el entendimiento y fortalece el corazón
aunque no alcance a transformar en héroes
todos los jóvenes que la reciben, tiene una
gran probabilidad de predisponer a muchos
Y de conseguir algunos”

Carta del general Loygorri a Fernando VII el 24 de octubre de 1814

... se formaron oficiales que con el libro en una mano y la espada
al lado del Cañón en la otra, han dado tanta ilustración
como gloria a las Armas de S. M.

Palabras de Loygorri a Fernando VII

Contenido

Martín García Loygorri (1759-1824).....	1
<i>Artilería y Milicia</i>	1
Contenido	7
Presentación	9
Foto entrega de premios	11
Introducción	12
Nacimiento	16
El porqué del apellido Loygorri	19
Cadete de artillería, 1773 – 1776.	21
Melilla	38
Gibraltar. Bloqueo de 1779 a 1783. El Gran Sitio.	41
Ambientación	41
Acciones.....	41
Las baterías flotantes en el sitio de Gibraltar, 1783.....	47
Al mando de una Lancha Obusera en el sitio de Argel, 1784.....	50
Una niña marinero.....	52
Sitio y conquista del Fuerte de San Felipe en Menorca, 1781.	56
Guerra de las Naranjas. Campaña de Portugal, 1801.....	60
Boda, 1802	65
1807. Portugal y Cataluña	68
Guerra de Independencia.....	70
La artillería de campaña española en 1808.	75
La Artillería de Batalla	87
Ocupación de Alcañiz por los franceses	91
Batalla de Alcañiz, 23 de mayo de 1809.....	94
Fuerzas enfrentadas.....	99
Francesas.....	99
Españolas	100
El despliegue	102
Los combates.....	105
Acción de la artillería de Loygorri	108
El sabor de la victoria.....	125
El secreto del triunfo artillero	133
La Cruz de distinción de la batalla de Alcañiz.....	137

Partes de la batalla del general Blake	139
30 de mayo de 1809.	142
¿Por qué Blake no explotó el éxito?	149
Batallas de María de Huerva y Belchite, 15 y 18 de junio de 1809.	150
El obelisco de Alcañiz	161
La polémica de la primera Laureada	169
Bando de Suchet, 19 de junio de 1809	174
Gerona, septiembre de 1809	177
Director e Inspector y Coronel General del Real Cuerpo Nacional de Artillería, Cádiz 22 de julio de 1810	181
El colegio de Artillería durante la Guerra de Independencia	188
Se ordena perpetuar la memoria de Daoiz y Velarde. 7 de julio de 1812	204
2 de mayo de 1814. Restos de Daoiz y Velarde.	215
Reorganización de la Artillería.....	223
Creación de la Junta Superior Facultativa	227
En la corte a partir de 1814	228
Loygorri en tribunales.	237
Fallecimiento	238
Huellas de su figura	239
Conclusiones	240
Bibliografía.....	242
COLOFÓN.....	248

Presentación

Napoleón fue un genio en el empleo de la Artillería y su uso magistral en las batallas, se tradujo en grandes victorias.

Loygorri es el ejemplo español de lo mejor de la Artillería de la época en nuestro país. Con una formación muy exigente, al más alto nivel de Europa, y una experiencia de mil combates; Melilla, Gibraltar, Menorca, Argel, Portugal.

Para cuando comenzó la guerra de la Independencia, nuestro artillero estaba forjado para destacar con gran éxito en el uso de la Artillería.

No es un héroe que estuviera en Los Sitios, pero su historia nos permite contar con detalle, la única victoria contra el ejército napoleónico, en campo abierto, en Aragón: La batalla de Alcañiz en el año de 1809. Cuando el ejército del general Blake, derrotó a las fuerzas del mariscal Suchet, y amenazó con liberar Zaragoza, que había sido tomada por los franceses apenas unos meses antes...

Las posteriores batallas de María de Huerva y de Belchite, tan poco conocidas, y que son detalladas en este libro, cambiarían el signo de aquella ofensiva de 1809.

Fernando Martínez de Baños, Coronel de Artillería y Doctor en Historia, nos muestra su gran talento para la divulgación histórica con esta nueva obra.

Sus famosos libros “Canfranc en la encrucijada”, y los relacionados en el tema de los Maquis, han sido grandes éxitos de ventas. Ahora, con este libro, nos sumerge en una historia complementaria a los Sitios de Zaragoza y nos ayuda a conformar ese puzle de historias entrecruzadas que forman todas ellas este capítulo histórico tan importante para la historia de Zaragoza.

Con esta obra continuamos con la publicación de esta amplia colección de libros, comenzada por la Asociación Los Sitios en los años ochenta., este trabajo de investigación histórica, hace el número treinta y siete de dicha colección, lo que da una idea de los diferentes temas tratados a lo largo de estos años, muchos de ellos desconocidos, y que siguen aportando una importante información, sobre los sucesos ocurridos durante el periodo de la Guerra de la Independencia Española.

Unos estudios que ponemos al alcance de todo el mundo gracias a nuestra publicación en la página web de nuestra Asociación, y que facilitan posteriores investigaciones y nos ayuda a conocer y comprender aquellos hechos históricos que resultan tan sobrecogedores, y que forman una parte muy importante de la Historia de nuestro País.

Espero que disfruten con su lectura

Gonzalo Aguado Aguarón
Presidente
Asociación Cultural "Los Sitios".

Foto entrega de premios



La Ilustrísima Señora Doña Yolanda Polo, Vicerrectora de Cultura, de la Universidad de Zaragoza, entrega el Premio Especial de Investigación Histórica al autor de este trabajo.

Introducción

No cabe duda que la actuación profesional militar de cada soldado siempre obedece a su educación, preparación, instrucción, entrenamiento, experiencia, etc. La toma de decisiones en momentos importantes puede llevar a lograr una victoria importante o a la derrota más inmisericorde.

Nuestro biografiado, Martín Manuel García Arista y Loygorri Ichazo y Virto, a partir de ahora Loygorri, presenta buenos ejemplos de ambas situaciones ante el francés durante la Guerra de la Independencia, en primer lugar, y en su cometido como Director del Cuerpo.

Del éxito en Alcañiz a la derrota en Belchite, Loygorri fue la misma persona en ambas batallas, aunque variaron mucho las circunstancias del terreno y de los medios, lo que llevó a resultados diferentes.

Del artillero Loygorri no nos podemos quedar con su éxito en Alcañiz. Para entender esa victoria debemos conocer y entender cómo fue su vida, siempre ligada a la artillería española hasta su fallecimiento en 1824.

Quería tanto a la artillería que se enfrentó a Fernando VII dialécticamente mediante un discurso protesta el 24 de octubre de 1814 defendiéndola.¹ Este acto no dejó de ser extremadamente peligroso ya que *El Deseado* no tenía miramientos con quién no pensaba como él.

Quizás esta actitud de valentía fue la norma a lo largo de su vida. Vida que se intenta comunicar en las páginas siguientes.

Un extracto del discurso o memorial de agravios al rey lo encontramos en dos hojas en un pliego, impresas las cuatro caras:

¹ Oliver-Copons, *El Alcázar de Segovia*, Patronato del Alcázar, Segovia, 1995, p. 284.

«Señor, con razón se lisongea vuestro Real Cuerpo de Artillería de haber concurrido el primero en la salvación de su Rey y Patria, mediante el heroico sacrificio de Daoiz y Velarde: así se ha dignado V. M. declararlo en treinta de mayo último [1814], así lo admira la Europa toda, y así los transmitirán los fastos de la historia [...] En el Colegio [Teresiano], Señor, en el Colegio, cuna del Real Cuerpo de Artillería, que V. M. vuelve a Segovia, se formaron muchos oficiales que con el libro en la una mano y la espada al lado del Cañón en la otra han dado tanta ilustración como glorias a las armas de V. M. [...] Este Cuerpo, que no ha perdonado ni perdonará medio de captarse la benevolencia de V. M., se llena de rubor al ver que quando el corazón magnánimo de V. M. dispensó con franca mano tantas gracias en el venturoso día de su cumpleaños, sea el único que (constando de más de ochocientos oficiales, los quinientos veinte y ocho en España, y doscientos doce entre Ministros e individuos de su ramo de Cuenta y razón, los ciento veinte y nueve en la Península) haya recibido menos demostración de afecto de un Soberano á quien tanto ama, de quien lo espera todo, y por el qual se ha sacrificado y sacrificará como el que más. Este incidente, que no puede menos de influir en el concepto público, le hace presumir un desagrado en V. M. cuyo origen no alcanza, y que le constituye en la situación más sensible y dolorosa. Señor: permita V. M. al Director General de su Real Cuerpo de Artillería, que postrado a sus Reales Pies procure evitar para con aquel la nota de indolente, y que cuando por su ministerio debe vigilar sobre el desempeño de los deberes de sus súbditos, haga lo propio por la opinión, alivios y ventajas de los mismos. No se diga que los Gefes están siempre dispuestos para corregir y nunca para recomendar. [...]. Madrid, 24 de octubre de 1814».

Loygorri estuvo siempre al lado de los suyos. Su correspondencia epistolar así lo demuestra, preocupándose hasta de los mínimos detalles. Fue un enamorado de la enseñanza militar de sus cadetes de artillería. Dialogante, supo adaptarse a todos los vaivenes que castigaron la historia de España.

Esta es la biografía de un militar, artillero e ilustrado, incrustado en la historia de España y que perdurará a lo largo de mucho tiempo como un gran referente.



Loygorri encabezando la lista de los artilleros laureados en la Academia de Artillería. Archivo de autor.



Retrato de Loygorri. Academia de Artillería de Segovia.

Nacimiento

Martín Manuel García Arista y Loygorri, nació en Corella (Navarra), “en cuyo Reino no se usa papel sellado”, el 5 de junio de 1759, tres años antes de que el Real Cuerpo de Artillería se creara, y cinco antes de que el padre Antonio Eximeno Pujades (Valencia 1729 – Roma 1808)² pronunciase el discurso de inauguración del primer curso del Colegio de Artillería en el Alcázar de Segovia, “el mejor Alcázar de mis reinos”, según palabras del rey Carlos III (1716-1788).

En aquellos mediados del siglo XVIII, falleció sin descendencia el rey Borbón Fernando VI, ocupando el trono su hermano Carlos III que renunció a la corona de Nápoles, donde había reinado desde el año 1734. Carlos III era el tercer hijo de Felipe V y el primero de su matrimonio con Isabel de Farnesio. Desde principios del siglo y posteriormente a la guerra de Sucesión, España había dejado de ser de los Austrias para ser borbónica, lo que trajo una completa reforma de la sociedad en todos sus aspectos civiles, políticos y militares.

El nuevo monarca, Carlos III, nombró como Secretario de Hacienda al napolitano marqués de Esquilache (1699-1785) que abordó interesantes reformas. A partir de 1760, fecha del fallecimiento de la reina María Amalia, se acercó a Francia a través de los llamados Pactos de Familia. Conforme pasaron los años, los nombres de los personajes que van a conformar la historia en la que Loygorri va a vivir comienzan a aparecer: José Moñino y Redondo ((1728-1808), conde de Floridablanca, y el oscense

² Emilio Montero Herrero, «Personajes ilustres del Real Colegio Artillería», 1ª parte, en *Segovia Cultural*, Segovia, 7 de diciembre de 2014.

Pedro de Abarca y Bolea (1719-, X conde de Aranda,³ que fue el primer Director General de Artillería e Ingenieros, cargo creado el 8 de agosto de 1756, entre otros muchos.

Sus padres⁴ fueron Martín Manuel García Arista y Luna (bautizado en el Rosario de Corella el 15 de febrero de 1720) y María Josefa Loygorri y Virto, y tanto éstos como sus abuelos paternos y maternos, eran de procedencia navarra, concretamente de las localidades de Burguete, Cintruénigo, Pamplona y del mismo Corella. Su padre, Martín José, fue militar y se retiró con el grado de capitán de Granaderos. En 1743 era alférez de Infantería y participó en la campaña y conquista de Saboya (Francia).

Fue bautizado al día siguiente también en la Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario,⁵ del mismo Corella, por el Vicario perpetuo José López, que le puso los nombres de Martín, Manuel, Humberto y Silvestre. Sus padrinos fueron Bartolomé García y Manuela García. La parroquia de Nuestra Señora del Rosario se levantó muy probablemente en 1535, aunque en 1656 se procedió a la ampliación de la misma.

Tuvo tres hermanas: Joaquina, Micaela y Josefa, nacidas como él en Corella, los días 25 de febrero de 1753, 28 de septiembre de 1754 y el 20 de marzo de 1760, respectivamente.

En la actualidad se conserva en Corella la casa donde nació Loygorri. Se encuentra, según la página web del Ayuntamiento de la localidad, «en la calle del Rebote, cerrando con uno de sus lados la placeta García». La

³ Para una biografía muy completa ver José Izquierdo Navarrete, “El Conde de Aranda”, en *Revista de Historia Militar*, núm. 86, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 1999, p. 41-88.

⁴ Begoña Domínguez Cavero y Francisco José Alfaro Pérez, “La ciudad de la hidalguía. Corella (Navarra) ss. XVI-XVIII. Familias y Emblema”, en *Emblemata*, 7, 2001, p. 246.

⁵ Libro 6, folio 212 v.

fachada de la casa, de origen barroco, únicamente conserva sus rejas y un escudo pétreo del apellido que presenta

«las armas de los García Arista, Loygorri, Ichaso y Virto de Navarzado -con banda terciada, cruz de Iñigo Arista y cadena exterior en el primer cuartel; en el segundo tres bandas terciadas; águila y liebre en el tercero; y tres piñas cercadas por seis castillos en el cuarto- a consecuencia del matrimonio formado en 1749 por el militar corellano Martín José García Arista Ichaso y la cirbonera [de Cintruénigo] Josefa Loygorri Virto». ⁶

Una placa en la fachada de la casa recuerda al visitante el origen de ésta y el lugar de nacimiento de nuestro biografiado.

⁶ www.corella.es

El porqué del apellido Loygorri

Es curioso conocer por qué se le llamaba, y ya ha quedado así para la historiografía, con el apellido materno en lugar de por el paterno, que es como dicta la costumbre.

Según documentos existentes en poder de su hijo el conde duque de Vistahermosa, y estudiados para ser posteriormente publicados por el general Pedro de La Llave,⁷ nos lo explica. Sencillamente fue como consecuencia de la «largura» de sus dos apellidos: García Arista y Loygorri e Ichazo, que incomodó en cierta medida a uno de sus capitanes - profesores en el Colegio de Artillería durante una de las primeras listas recién ingresado. Al parecer, el capitán encargado de tomar la filiación del cadete le preguntó cuál era su nombre, a lo que contestó:

- «Martín García».

El capitán le replicó diciendo:

- «Tanto García»... ya tenemos tres, y basta, aludiendo a la repetición del apellido García.
- «¿Cuál es el apellido materno?»
- ¡¡¡Loygorri!!! Contestó el recién ingresado, sin duda vivamente molesto.

A partir de ese momento pasó nuestro biografiado a responder siempre a la llamada de este su apellido, y no a otro, quedando ya para los anales de la historia que fuera conocido por todos como Loygorri. Por estas razones cuando ahora aparece el apellido García-Loygorri se añade a

⁷ Pedro DE LA LLAVE, *Biografía del Excmo. Sr. D. Martín García Loygorri*, Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1887. p. 5 y 6.

continuación, y entre paréntesis, «*olim*⁸ *García-Arista*» (Una vez García-Arista).

No obstante lo anterior, el general firmaba con *Martín García de Loygorri*, firma así conservada en sus documentos.

⁸ Palabra latina que significa *Una vez*.

Cadete de artillería, 1773 – 1776.

Desde el último decenio del siglo XVII⁹ y hasta el año 1762, la forma de acceder a la escala de oficiales de Artillería era a través de la conocida figura del “cadete de regimiento” y del correspondiente “Maestro de cadetes”. La misión de éstos fue la de comprobar que los cadetes, de muy corta edad, se habían aprendido de memoria las lecciones impartidas.

Fue en ese año de 1763 cuando se aprobó el Reglamento¹⁰ del Real Cuerpo de Artillería, propuesto por Félix Gazola, en toda su extensión, en el que, entre otras determinaciones, se ordenó que solamente saldrían oficiales del Cuerpo los que fueran a partir de ese momento procedentes del Colegio¹¹ que se iba a inaugurar dos años después en Segovia, el 16 de mayo de 1.764, y que solamente se tendría en cuenta para ascender el orden conseguido por sus estudios en el escalafón. Esto es, primaría sobre todas las cosas, incluidos los méritos de guerra, la antigüedad. La entrada en vigor al año siguiente de este Reglamento supuso también la separación de los Cuerpos de Artillería e Ingenieros.

El Conde de Gazola fue Teniente General, un artillero napolitano que vino a España acompañando al rey Carlos III. Félix Gazola, conde de Gazola, tuvo también los títulos de conde de Esparavara, Cereto-Landi y Macineso. Nació el 21 de octubre de 1698 en Piacenza, Italia, y murió en Madrid el 4 de mayo de 1780.

⁹ Desde 1678 se instalaron escuelas de artillería en Cádiz, San Sebastián y Barcelona.

¹⁰ *Reglamento del nuevo pie, en que S.M. manda se establezca el Real Cuerpo de Artillería.*

¹¹ Para el ingreso en el Colegio: *Instrucción de lo que deben practicar los pretendientes a Plaza en el Real Colegio Militar de Caballeros Cadetes del Real Cuerpo de Artillería.*

La artillería española que se encontró Loygorri es la que se clasificó como de la Tercera Época, denominada Artillería de Ordenanza. La gran variedad existente en los tiempos anteriores de piezas (así llamados los cañones en artillería), complicando en exceso el municionamiento, llevó a reglar de alguna manera los calibres y bocas de fuego. En años anteriores se redujeron considerablemente los distintos modelos de piezas, llegando en el siglo que nos ocupa, el XVIII, a realizar modificaciones en la «Ordenación». Las piezas siguieron siendo de ánima lisa, de avancarga y de bronce o hierro, éstas en la Armada.

Hubo Ordenanzas en 1718, 1728, 1743, 1783 y 1802.¹² En la primera se limitó el número de calibres empleados y se conservó la clasificación de culebrinas, cañones y pedreros. La apariencia exterior de las bocas de fuego difería poco de la época anterior. Los adornos continuaron. Lo mismo que las asas en forma de delfines y los nombres de las piezas. Sin embargo los escudos se limitaron a las armas reales y las divisas aludieron al poder real. Las más estereotipadas fueron *Violati fulmina Regis* (Los rayos del Rey ofendido), y *Ultima ratio Regis* (la última razón del Rey).

¹² Del Museo del Ejército del ejército de Tierra en Toledo.

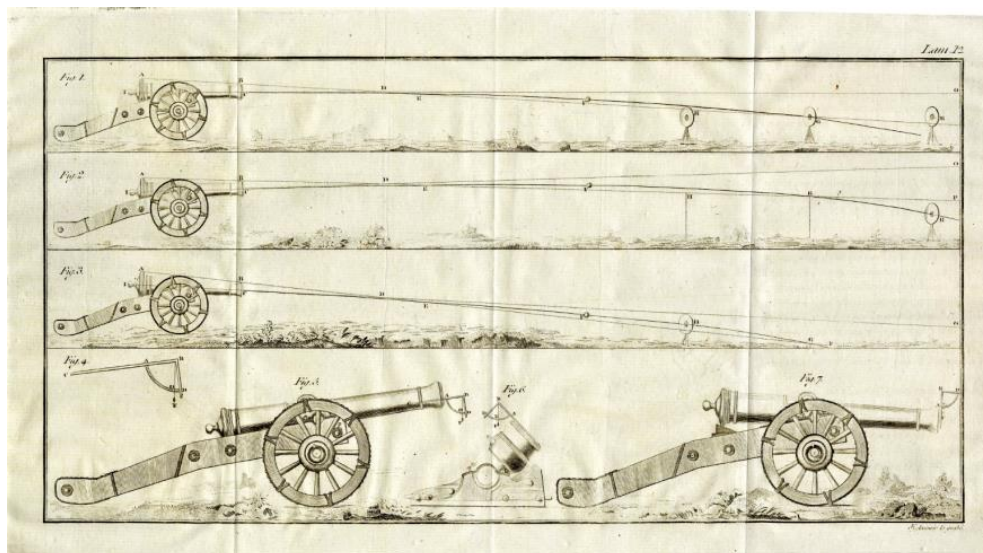


Lámina de la colección de Ejercicios Facultativos.

En la segunda reforma, la de 1728, se dispusieron cinco calibres para la artillería: cañones de *a* 24, 16, 12, 8 y 4 libras francesas. Para los morteros se estipularon los calibres de 12, 9 y 6 pulgadas, también francesas;¹³ y para los pedreros el de 15 pulgadas. En la tercera se implantaron los sistemas de artillería de Sitio y de Campaña. Finalmente, en 1783 se adoptó para España el sistema Gribeauval consistente en organizar las piezas en *cañones* de *a* 24 y de *a* 16, para Plaza y Sitio; de *a* 12, 8 y 4 en las modalidades de «corto y largo», esto es para su uso en batalla y en plaza respectivamente; y uno de *a* 4 especial para montaña. Otro tipo de piezas fueron el *obús*, de 9 y de 7 pulgadas; los *morteros*, cónicos y cilíndricos, según la forma de sus recámaras, con calibres de 14, 12 y 17, y 14 y 10 pulgadas, respectivamente, cerrando la lista el *pedrero* de *a* 9 pulgadas.

¹³ A finales del s. XVIII se adoptaron medidas españolas dejando de usar las francesas.



Cañón de bronce de a 4 libras. Cañón. Museo Naval de Madrid
Nº inventario: MNM-1564.

El *obús*¹⁴ tenía el ánima lisa. Era de avancarga. De tamaño intermedio entre el cañón y el mortero y disparaba una granada explosiva. Su disparo realizaba una trayectoria no tan tensa como la del cañón ni tan curva como la del mortero.

Con estas reformas se pretendió hacer una artillería de campaña más maniobrera. Los artilleros continuaron yendo a pie y el transporte se realizaba con ganado y hombres carreteros contratados e independientes de las tropas, a las que se entregaban las piezas cuando llegaba el momento de emplearlas. De esta manera combatió la artillería en la

¹⁴ El nombre de *obús* proviene del nombre de una pieza holandesa de finales del siglo XVII denominada *aubitz*. En España se comete muy a menudo el error de denominar “obús” al proyectil, cuando en realidad es la pieza.

Guerra de la Independencia y así usó el arma Loygorri en consecución de sus triunfos.

Ingresó Loygorri como Caballero Cadete en el Real Cuerpo de Artillería el 4 de mayo de 1773, a punto de cumplir los catorce años de edad, aunque el dato oficial de inicio de su promoción fue el 7 de abril anterior. A pesar de su joven edad, Loygorri fue cadete galonista, distinguido con el mando de sus compañeros. Fue nombrado subbrigadier de la Compañía de Caballeros Cadetes al alcanzar todas sus calificaciones la nota de sobresaliente.

La norma del momento era que los ingresados tuvieran entre los 12 y 15 años de edad, once en alguna ocasión, lo que definía a los caballeros cadetes como muy niños. Los cadetes eran nombrados por el Rey. Tenían que ser hidalgo e hijos de jefes militares, a poder ser de artillería.

Loygorri formó parte de la 10ª Promoción del Arma. La Academia se encontraba en el Alcázar de Segovia, donde el 16 de mayo de 1764 había comenzado su andadura como tal bajo el reinado de Carlos III. La primera promoción formada por sesenta cadetes ingresó en el Colegio el 15 de mayo de 1764. De todos ellos solo 15 salieron subtenientes el 5 de octubre de 1765. El empleo de Subteniente era con el que se ingresaba entonces en el Cuerpo.

La lección inaugural, «Oración de apertura», y que no por eso dejó de ser magistral, la impartió ante animada y selecta concurrencia el *Profesor Primario*, hoy diríamos el Jefe de Estudios o Subdirector, gran músico¹⁵ (Le

¹⁵ Eximeno también fue llamado «Abate» y «Aristoxeno Megareo». SE fue al exilio como consecuencia de la expulsión de España de la Compañía de Jesús el 2 de abril de 1767. Escribió en 1774 en Roma una obra sobre la música y otra sobre literatura italiana en 1783. Ambas en italiano. Falleció el 5 de marzo de 1799. Fue un gran musicógrafo.

llamaron «Newton de la música» y «precursor de Wagner»), y gran entendido en ciencias matemáticas: el Padre Jesuita Antonio Eximeno, versó sobre “la necesidad de la teoría para desempeñar en la práctica el servicio de V. M.”. En esta primera clase el Padre Eximeno intentó convencer a los cadetes que debían salir de allí con el grado de oficial siendo grandes matemáticos, históricos, políticos y filósofos. En resumen, unos héroes. Estas afirmaciones se basan en la frase que pronunció en la inauguración del curso: “un General debe ser un gran Matemático, un gran Histórico, un gran Político, un gran Filósofo, un Héroe”. Palabras que seguro recogería nuestro protagonista Loygorri cuando tuviera uso de razón y su mente ya empezase a pensar como un artillero.

El ingreso de Loygorri se hizo acogido a lo que marcaba la primera Ordenanza del Colegio, aprobada el 23 de agosto de 1768. En ella se especificaba que los Cadetes debían ser nombrados por el Rey de entre los hidalgos (“Hijodalgo notorio”) e hijos de militares, con preferencia de Artillería, con edades comprendidas entre los 12 y 15 años, aunque esta cifra se llegó a rebajar hasta los 11 en casos excepcionales, y debían presentar expedientes de nobleza,¹⁶ como fue el caso de Loygorri.

Sobre el asunto de las pruebas de nobleza, algunos oficios de los padres de los que intentaban ingresar eran indignos de ella, por lo que eran eliminados de las listas automáticamente. Algunos de esos oficios eran los mecánicos, comerciantes al detall o carniceros de cualquier clase. Esta situación finalizó el 17 de agosto de 1811, cuando las Cortes Constituyentes suprimieron las pruebas de nobleza para ingresar en el Colegio de Artillería.

Compuso la obra músico-novelistas *Don Lazarillo Vizcardi*. Fue uno de los primeros cervantistas. Escribió el libro *Apología de Cervantes*.

¹⁶ Pedro Antonio Pérez Ruiz, *Biografía del Colegio - Academia de Artillería de Segovia*, Academia de Artillería, Segovia, 1960, pp. 103 y 152.

Pero en esto de la admisión de nuevos cadetes en el Colegio hubo en los años posteriores alguna que otra excepción. Por ejemplo el 19 de mayo de 1776, el último año de estancia de Loygorri, el Conde de Gazola dijo al Consejo del Colegio que el rey había determinado que no se nombrasen a Primogénitos de la Familias, ya que al acabar los estudios, muchos abandonaban el Servicio para dedicarse por entero a atender sus posesiones. De esta medida quedaron exentos los primeros de las casas que no tuvieran rentas de Mayorazgos. Y todo fue como consecuencia del altísimo nivel de enseñanza la que se impartía en el Alcázar. La formación científica que recibían los cadetes no se daba en ningún establecimiento docente de España.

Loygorri salió de la Academia el 26 de diciembre de 1776 con el grado de *Subteniente*, grado equivalente al de alférez en la actualidad, y con el número uno de su promoción, lo que significaba que sus estudios y calificaciones habían sido más que destacadas, como así se había demostrado un año antes al lograr después del primer curso los galones de *Sub-Brigadier* de la compañía de cadetes.

En relación con lo mencionado relativo a los galones de Sub-Brigadier, hoy diríamos Caballero Cadete Galonista, aunque es preciso hacer una ligera mención a esto de los nombres. Los cadetes no eran soldados, eran caballeros. Por eso a los galonistas se les llamó brigadieres y subbrigadieres, no sargentos o cabos. Los encargados de las habitaciones no eran cuarteros sino caballeros de cuartel. Los dormitorios no se llamaban cuadras, sino salas, y los cuartos de corrección eran los cuartos de arresto, no calabozos. Los sirvientes era ayudas de cámara, o mozos de aseo, y las secciones de la compañía, en lugar de escuadras, eran brigadas.

En lo relativo a llevar algún distintivo sobre el uniforme, el 31 de marzo de 1769, se editó una Real Orden por la que se disponía que los cadetes

distinguidos por su aplicación y conducta llevaran sobre el uniforme un cordón de oro con dos borlas. El uso de estos cordones se generalizó en el reglamento de 1804 para todos los cadetes subsistiendo hasta nuestros días.

En los tres años, siete meses y veintidós días que duró la enseñanza de Loygorri vistió el uniforme compuesto por “calzón azul turquí, casaca o chupa de igual color, con forros, vueltas y collarín encarnado (o negros), botón dorado con el escudo del Cuerpo, y bomba en cada lado del cuello y una charretera de oro”.

La vida académica se regulaba fundamentalmente por el órgano supremo del Colegio: El Consejo Escolar. Las clases eran impartidas por los profesores que dictaban sus materias obligando a los alumnos a copiar las lecciones en sus cuadernos.

R. M. 621

TRATADO
DE ARTILLERIA
 PARA EL USO DE LA ACADEMIA
 DE CABALLEROS CADETES
 DEL REAL CUERPO DE ARTILLERIA,
 DIVIDIDO EN CUATRO TOMOS,
 Que tratan de las principales funciones
 de los Oficiales de este Cuerpo
 en Paz, y en Guerra.
 ESCRITO
 POR DON TOMAS DE MORLA, *Teniente Coronel de los
 Reales Exércitos, y Capitan del mismo Cuerpo.*
TOMO SEGUNDO.

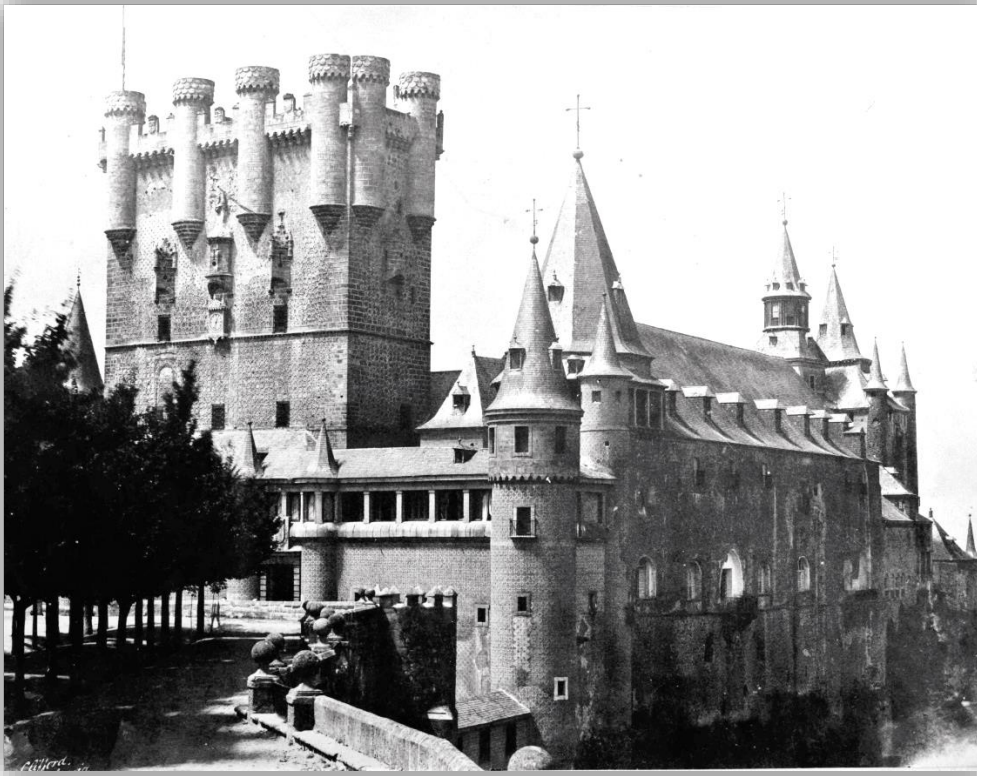


CON SUPERIOR PERMISO

EN SEGOVIA, POR DON ANTONIO ESPINOSA.
 Año de 1785.



Tratado de artillería para el uso de la Academia de Caballeros Cadetes del Real Cuerpo de Artillería dividido en quatro tomos... [99-1-1-12].



Alcázar de Segovia. Charles Clifford, Segovia, 1856-1862. Biblioteca virtual Defensa.

10.16890

R. 25734

CURSO MATEMÁTICO
PARA LA ENSEÑANZA
DE LOS CABALLEROS CADETES
DEL REAL COLEGIO MILITAR
DE ARTILLERÍA.

Por DON PEDRO GIANNINI, Profesor primero de dicho Colegio, Socio de la Academia del Instituto de Bolonia, &c.

TOMO I.

ARTILLERIA
ESCUELA DE APLICACION



MADRID. MDCCLXXIX.

Por D. JOACHIN IBARRA, Impresor de Cámara de S. M.
y de dicho Real Colegio Militar.

Con superior permiso.

Esta práctica cayó pronto en desuso y dio paso, en 1782, a usar los libros de texto en las aulas redactados por los mismos profesores.

Dos de los trabajos más paradigmáticos y emblemáticos de estos fueron *El Tratado de Matemáticas* de Pedro Giannini, en 1779, y *El Tratado de Artillería* de Tomás de Morla y Pacheco (1747-1820), en 1784, introduciendo el cálculo diferencial e integral.¹⁷ Morla había ingresado en el colegio con la primera promoción el 15 de mayo de 1764.

A la formación física se le dedicaba especial atención. Había clase de esgrima diariamente y se practicaban los juegos de bochas (bolas de madera de tamaño medio que se usaban junto a otra más pequeña, lanzándolas y ganando la persona que más se acercase a la más pequeña), pelota y barra.

Un día al mes se salía al campo, aspecto que quedó recogido en un artículo de la Ordenanza de 1768. Más tarde se impartieron también clases de baile, lo que no era de extrañar dada la alta clase a la que se le consideraba debía estar la artillería y los artilleros. Al cadete se le inculcaba el saber estar, una educación refinada, respeto por el cuerpo, escrupulosa limpieza, la más exquisita cortesía, y el arte del saludo y la reverencia.

Los exámenes siempre fueron orales, en presencia de toda la Academia uniformada de gala para la ocasión. El Consejo de Gobierno del Colegio recibía los programas de los profesores así como las calificaciones de los alumnos en los exámenes que se realizaban cada mes.

¹⁷ Velamazán Gimeno, María Ángeles, «Un curso de cálculo diferencial e integral en la Academia de Artillería de Segovia: el cuaderno escrito por el cadete Martín García Loygorri al dictado del profesor Isidoro Gómez (1775-1776)», en *Cuadernos Dieciochistas*, 22, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2021, p. 89-131.

Las ciencias que estudió Loygorri y sus compañeros fueron las de matemáticas, mineralogía, física y química, además de las correspondientes específicas a lo que a la Artillería se refería. Un ejemplo de esta última materia fue el libro que usaron en las aulas: fue el del Maestro de matemáticas Le-Blond titulado *Traité d'artillerie ou des Armes et machines en usage a la guerre*, París, 1743 [*Elementos de fortificación*]. Libro que, por cierto, la familia de Loygorri cedió en Depósito a la Academia del Arma en 1989. El programa de cada asignatura se repetía tres veces a lo largo del curso: la primera a cargo minucioso del profesor, en la segunda era repetida por los alumnos y en la tercera, era nuevamente el profesor el que hacía un repaso de toda la materia.

La vida en el Alcázar era dura y austera. A las seis y media de la mañana debían estar ya vestidos. El toque de diana en verano era a las 6 de la madrugada y a las 6 y media en invierno. La gimnasia la realizaban en la plazuela, explanada frente al Alcázar donde hoy se encuentra el monumento a los héroes del Dos de Mayo, así como los ejercicios de armas, incluso en lo más crudo del invierno segoviano. Asistían a la Santa Misa diariamente y por las noches se rezaba el rosario. La formación moral del cadete no fue menos intensa, buscando siempre que la actitud en la vida del oficial de Artillería fuese modélica en lo posible.

Solamente tenían un día al mes para salir fuera de la Academia, pero siempre acompañado de su apoderado. Una especie de tutor que debía velar por su integridad física y moral. También disponían todos los miembros de la Academia de un día de descanso que pasaban todos juntos en el campo, donde realizaban la comida.

Y hablando de comida es curioso el menú que, al menos a principios de enero de 1772, recibían los cadetes.

“Para el desayuno: chocolate o un par de huevos, o migas u otro equivalente con cinco onzas de pan. Al medio día sopa de pan, arroz o pasta, cocido de vaca o carnero, con tocino, garbanzos y verdura, un principio de carne u otra cosa de su importe y el postre correspondiente a cada estación con un panecillo de ocho onzas. Por la tarde, cinco onzas de pan y frutas del tiempo y por la noche, una ensalada cruda o cocida, un guisado y postres con seis onzas de pan”.¹⁸

De la calidad y cantidad de la comida no vamos a reseñar nada. Solo observaremos que eran muy frecuentes en la Academia las “escapadas de los cadetes a la fonda”, y que “fingían recados para salir a comer fuera”, con lo que está todo dicho. En cuanto a los oficiales destinados en el Colegio se determinó que el cocinero del mismo confeccionara también su comida, diferenciándose de ella en que recibía doble ración de vino y tomaba chocolate por las mañanas.

Los profesores que tuvo Loygorri, que debían ser solteros según la Ordenanza, es evidente, debían formarse continuamente, cosa en la que el mando estaba siempre alerta. El 30 de julio de ese primer año, 1773, el inquisidor general de todos los reinos y señoríos de España, Manuel Quintano Bonifaz, arzobispo de Farsalia, concedió desde Madrid licencia al director y a diez de los profesores del Colegio, para que pudieran tener y leer los libros prohibidos que juzgasen necesarios para «la mayor instrucción, enseñanza y desempeño en sus respectivos encargos»,¹⁹ apoyándose en que en la Real Academia de Artillería de Cádiz, tenían el mismo permiso el director y cinco profesores. Por otro lado el conjunto del profesorado podía extraer de la biblioteca del Colegio los textos necesarios para completar sus conferencias. Textos que debían devolver a las estanterías de donde los extrajeron una vez usados.

¹⁸ Pedro Antonio Pérez Ruiz, op.cit., p. 311.

¹⁹ Ibidem, p. 110.

De todos los profesores, Loygorri tuvo en matemáticas al teniente Cipriano Vimercati, que impartió sus clases apoyándose en ocho volúmenes manuscritos: dos de aritmética (1º y 2º), dos de geometría (3º y 4º), uno de álgebra (5º), uno de aplicación del álgebra a la geometría (6º), uno de cálculo infinitesimal (7º) y otro de mecánica (el 8º). Volúmenes que Loygorri y todos sus compañeros alumnos debieron copiar a lo largo de las clases y que al parecer no se llegaron a imprimir. Posteriormente fueron los textos de matemáticas de Pedro Giannini, impresos en Segovia, los que se impartieron durante muchos años en el Colegio.

Giannini había sido nombrado profesor del Colegio el 18 de abril de 1776 por orden real y estuvo veinticinco años dando clase de matemáticas. Había venido a España desde Parma (Italia) al subir al trono el rey Carlos III.

Cipriano Vimercati fue además Presbítero el 19 de octubre de 1789, ya que se ordenó sacerdote cuando enviudó, y director de las academias de Guardias – Marinas en Ferrol y Cartagena, cuando se crearon a partir de 1776.

Las conferencias copiadas por Loygorri las conservó su hijo, el Conde de Vistahermosa vizconde de la Vega,²⁰ en su casa, hasta que fue saqueada en 1854 durante los sucesos de *La Vicalvarada*. De los ocho tomos, encuadernados en pasta y con las iniciales del general Loygorri en el lomo, tres se lograron recuperar. Dos fueron encontrados en una feria por Andrés Arango, y el tercero hallado por el hijo menor del guarnicionero del Conde

²⁰ El título del ducado de Vistahermosa fue creado el 13 de noviembre de 1879 por el rey Alfonso XII. El título de Conde de Vistahermosa fue concedido en 1765 a Pedro Luis de Ulloa. Este título pasó después a Magdalena de Ulloa y García, quien renunció a favor de su primo, Ángel García-Loygorri y García de Tejada. El título de Vizconde de la Vega es el previo al condado de Vistahermosa y fue elevado a título independiente el 20 de marzo de 1848.

– Duque, el señor Seinietz. Vistahermosa donó los tres tomos a la Dirección General de Artillería en 1860.

Pero no estuvieron solos en el Centro los componentes de la promoción de Loygorri. Como había espacio suficiente en el Alcázar una parte de él se dedicó a ser prisión del Estado, donde cumplían su pena al menos once *arraeces* (capitanes de galeras árabes o moriscos) cautivados por las galeras de Malta y por el marino Antonio Barceló y Pont de la Terra (1717-1797) en las costas de Túnez y Trípoli. Barceló había sido el jefe de la Escuadra de jabeques, embarcaciones de velas triangulares, defendiendo Melilla en 1774.

También se encontraba allí acuartelada la Sección de Inválidos, que colaboraba en los servicios y las guardias del Alcázar. Vivían en las estancias del castillo mucho tiempo antes de que se instalara allí el Colegio. La sección estaba formada por un oficial, tres sargentos y diecinueve soldados, pero no gozaban de buen predicamento en el Colegio, por lo que el Conde de Gazola intentó, en ese mismo primer año, que saliera del edificio. Pretendió, aunque sin éxito, cambiarla por un destacamento de artilleros que estuviesen a las órdenes directas y exclusivas del Teniente Alcaide. Fue muchos años más tarde, en 1804, cuando el Director General del Cuerpo, Manuel Godoy, duque de Alcudia, envió a la entonces Compañía de Inválidos al Real Sitio de San Ildefonso.

Manuel Godoy y Álvarez de Faria (1767-1851) había sido nombrado por el rey Carlos IV el 7 de marzo de 1803, generalísimo, comandante general del Cuerpo de Artillería y Director del Colegio de Segovia. En ese año Loygorri posó para un retrato que fue enviado al Colegio, exponiéndose en la Sala del Trono que es donde estuvo hasta el incendio junto a los de otros Directores Generales. Desgraciadamente ésta obra se destruyó en el incendio del Alcázar de 1862, por lo que más tarde hubo de rehacerse la

labor, esta vez por el teniente general Salvador Martínez Cubells (1845-1914), que se conserva en la actual Academia de Artillería en el antiguo convento de San Francisco.

La ceremonia protocolaria de entrega de los títulos de subtenientes, incluido los de la promoción de Loygorri, se realizaba como sigue: formaba toda la compañía con armamento con sus oficiales y el Ayudante Mayor iba leyendo en viva voz los nombres de todos los promovidos, explicando claramente que el rey, atendiendo a la buena aplicación en sus estudios y a la buena conducta, los premiaba con ese ascenso. Una vez finalizada el ceremonial, salieron todos los recién ascendidos del Alcázar donde se despidieron los ascendidos de los que continuaban con sus estudios.

Tomando el despacho de otro artillero hacemos el truco de cambiarle el nombre por el de Loygorri para ver cómo se desarrolló su nombramiento:

EL REY.- por cuanto atendiendo a la aplicación y progreso en las Matemáticas de D. Martín García Loygorri, Caballero Cadete de la Compañía de mi Real Cuerpo de Artillería, establecida en el Real Alcázar de Segovia, he venido en elegirle, y nombrarle, como en virtud del presente le elijo, y nombro por Subteniente del mismo Real Cuerpo, con el sueldo de treinta escudos de vellón al mes, y demás de él hallándose en Campaña, dos raciones de Pan, y una de Cebada al día:

Por tanto mando a los capitanes... Dado en.... Yo el Rey”.

Melilla

Fue la guarnición de Melilla su primer destino como artillero. Allí participó en su defensa, desde 1777, ante el intento de sitio a que fue sometida por parte del Sultán de Marruecos, corroborando las intenciones de éste en el primer asedio.²¹ Durante año y medio sufrió las privaciones típicas de un prolongado sitio hasta que fue destinado, el 3 de julio de 1779, al sitio del Peñón de Gibraltar.

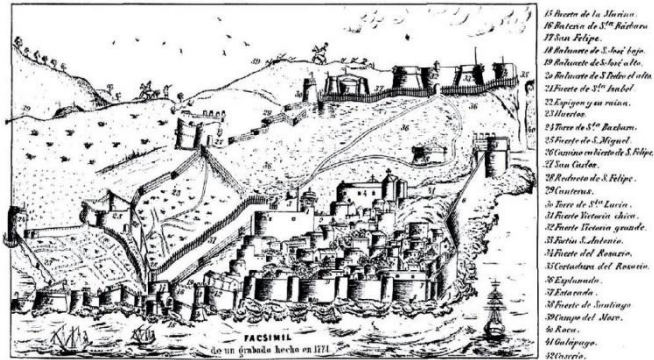
Los asedios a la ciudad de Melilla, de la que era gobernador el mariscal de campo Juan Sherlock, los había comenzado el 9 de diciembre de 1774, el Sultán de Marruecos Sidi Mohamed Ben Abdallah, Mohammed III, con ayuda de mercenarios argelinos y británicos. Este primero duró hasta el 19 de marzo de 1775. Cien días. A las doce de la mañana de aquel día fue avistado, desde la plaza de Melilla, el ejército del Emperador a una distancia de 1.700 toesas. Iniciándose al poco tiempo una dura batalla subterránea de minas y contraminas.

La ciudad se defendió con vigor. Solo eran 3.609 soldados con 165 piezas de artillería contra un ejército de 40.000 apoyados por modernos sistemas británicos artilleros.

Durante el sitio, Félix de Tejada, capitán al mando del jabeque *Gamo*, destruyó las baterías que los moros habían establecido contra la plaza de Melilla. También Alejandro Malaspina y Melilupi, que llegó a ser Brigadier de la Real Armada, tomó parte en varias acciones armadas. Una de ellas fue en auxilio de Melilla que estaba siendo asediada por partidas de piratas berberiscos.

²¹ Jorge Luis Loureiro Souto, *Los conflictos por Ceuta y Melilla: 600 años de controversias*, Tesis Doctoral, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, UNED, Madrid, 2015, p. 286.

Con la Paz de Aranjuez de 1780, Marruecos reconoció la soberanía española de Melilla.



VISTA DE LA PLAZA DE MELILLA DURANTE EL SITIO QUE SUFRIO EN 1774.
 1. Reloj. 2. Cortina Real. 3. Bandera española. 4. Iglesia. 5. Casapuerta alta. 6. Merced. 7. Torreón del Remate. 8. Puerta del Socorro.
 9. Puerta. 10. Puerta de la Florentina. 11. Torreón de San Gabina. 12. Florentina. 13. Torreón de S. Juan. 14. Bastión de la Marina.
 Las alcazarras, caudales, alcazarras, y otras cosas que componen un total de 134 edificios.
 Las distancias que regularmente más hálan se expresan en léguas.
 Las medidas y regularidad de la Plaza en 1774.

- 15. Puerta de la Marina.
- 16. Bastión de S.º Pedro.
- 17. San Felipe.
- 18. Bastión de S.º José.
- 19. Bastión de S.º José a lo.
- 20. Bastión de S.º Pedro a lo.
- 21. Puerta de S.º Juan.
- 22. Espigón y su ruina.
- 23. Puerta.
- 24. Torre de S.º Pedro.
- 25. Puerta de S.º Miguel.
- 26. Bastión de S.º Felipe.
- 27. San Carlos.
- 28. Puerta de S.º Felipe.
- 29. Puerta.
- 30. Torre de S.º Lucía.
- 31. Puerta de S.º Lucía.
- 32. Puerta de S.º Lucía grande.
- 33. Puerta de S.º Lucía.
- 34. Puerta del Remate.
- 35. Puerta del Remate.
- 36. Puerta.
- 37. Puerta de S.º Lucía.
- 38. Puerta de S.º Lucía.
- 39. Puerta de S.º Lucía.
- 40. Puerta de S.º Lucía.
- 41. Puerta de S.º Lucía.
- 42. Puerta de S.º Lucía.
- 43. Puerta de S.º Lucía.
- 44. Puerta de S.º Lucía.
- 45. Puerta de S.º Lucía.
- 46. Puerta de S.º Lucía.
- 47. Puerta de S.º Lucía.
- 48. Puerta de S.º Lucía.
- 49. Puerta de S.º Lucía.
- 50. Puerta de S.º Lucía.

Sitio de Melilla.

<https://rusadirymar.com/2020/12/18/1-774-sitio-de-melilla/>



Melilla. Archivo del autor.

Gibraltar. Bloqueo de 1779 a 1783. El Gran Sitio.

Ambientación

Por el Tratado de Utrech de 1713, que daba fin a la guerra de Sucesión que se había realizado en España y en Europa (1700-1713), el peñón de Gibraltar (*La Roca*) y la isla de Menorca pasaron a manos inglesas, entre otras medidas. Esta situación desagradó enormemente a España que a lo largo de todo lo que restaba del siglo XVIII, intentó varias veces acabar con la presencia británica en el peñón mediante la fuerza, aunque sin conseguirlo. El último de estos grandes intentos lo enmarcamos dentro de la guerra hispano-Franco Británica que se produjo entre 1779 a 1783, como consecuencia de los continuos agravios que los ingleses realizaban contra el comercio de las dos primeras potencias mencionadas con América.

La alianza hispano-francesa contra Gran Bretaña, tercer Pacto de Familia borbónica, se fraguó a través del Tratado de Aranjuez del 12 de abril de 1779. Mediante éste, buscaban ambas potencias lograr medidas económicas favorables a sus intereses. La guerra contra Gran Bretaña fue declarada por España el 16 de junio del año ya citado de 1779, y cinco días más tarde cerró la frontera con el peñón después que el gobernador inglés general George Elliot la hubiera cruzado de regreso de haber ido a felicitar al general español Joaquín de Mendoza por su ascenso a Teniente general.

Acciones

Siendo todavía Loygorri Subteniente, participó en la construcción de baterías de artillería, especialmente en la avanzada de San Carlos, durante el bloqueo que España impuso al peñón de Gibraltar desde 1779 hasta

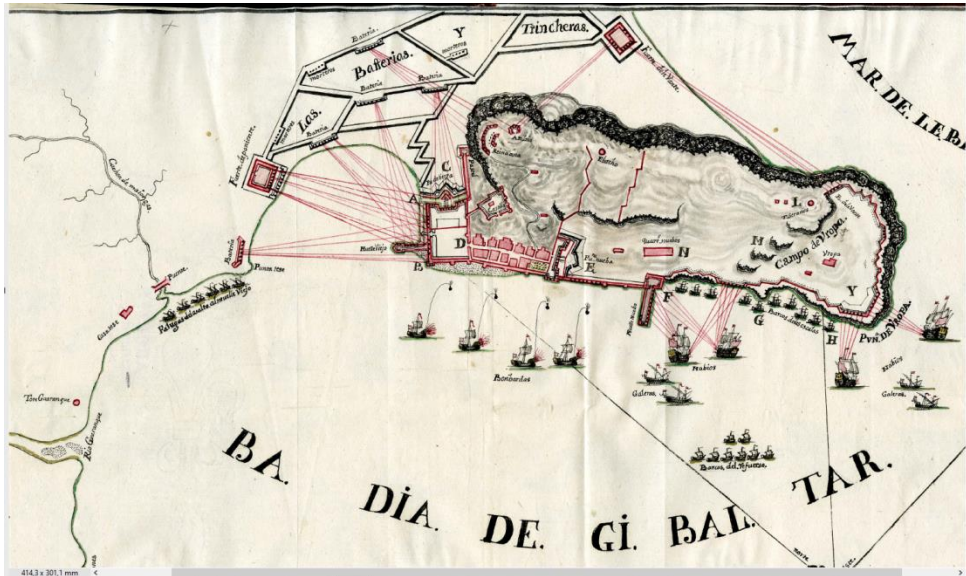
1783. En el istmo, en la llamada *Línea de Contravalación*²² de Gibraltar, sistema de fortificaciones creado por España para evitar que Gran Bretaña extendiera sus dominios más allá del peñón, fue dónde se levantaron las fortificaciones construidas en los años treinta del siglo XVIII por el marqués Jorge Próspero de Verboom. Esta línea fortificada se apoyó en los fuertes artillados y abaluartados de San Felipe y de Santa Bárbara, situados en los extremos de la línea, con otras fortificaciones que se levantaron en el citado istmo: las baterías intermedias de San Benito, Santa Mariana, San José, San Fernando y San Carlos. Cada uno de estos cinco baluartes fueron ocupados por veinticinco hombres cada uno.

Una de las flotas españolas con base en Algeciras y que cerraba la bahía la mandaba el ilustre y experto marino Almirante Antonio Barceló; la otra, cerca de la bahía de Cádiz compuesta por once navíos y dos fragatas, la mandaba el también Almirante Juan Francisco Lángara y Huarte. La fuerza terrestre estuvo a cargo del General Martín Álvarez de Sotomayor. La artillería estuvo mandada por Rudensindo Tilly, mientras que la caballería y los dragones franceses obedecían las órdenes del marqués de Arellano. En total fueron más de trece mil hombres los que intentaron someter a *La Roca*.

Los sitiadores lograron construir bajo el fuego inglés hasta tres paralelas, a unas mil toesas de distancia, que armaron enseguida con ciento cincuenta y tres cañones con los que batieron de una forma enérgica la Plaza. Pero todo era en vano. Los proyectiles golpeaban contra la dura roca

²² La RAE define a la línea de contravalación como “la que forma un ejército sitiador para impedir las salidas de los sitiados”. Ver Gómez Nadal, Baltasar. “Origen de la línea de contravalación frente a Gibraltar”. Almoraima. Revista de Estudios Campogibraltares 48, octubre 2018. Algeciras. Instituto de Estudios Campogibraltares, pp. 259-272.

y apenas dañaban las fortificaciones sitiadas, que nunca estuvieron del todo abandonadas.



Mapa de Gibraltar en el Gran Sitio. Luis Huet, *Proyecto del sitio de la plaza de Gibraltar. Reconocimiento de la plaza de Gibraltar, San Roque, 26 de julio de 1797.*

El ataque por tierra era de muy difícil consecución exitosa. El terreno de avance era muy llano y despejado, al pie de la inmensa roca muy bien defendida. Por eso se decidió que mejor sería intentar atacarla por el mar. El 22 de enero de 1780, la escuadra del Almirante inglés George Rodney conseguía romper el bloqueo, venciendo al Almirante Lángara en el Cabo de Santa María, y abastecer a los cercados; y lo mismo ocurría en el año siguiente, 12 de abril de 1781, a través de los puertos de Portugal y con

más de cien buques llenos de provisiones, el almirante Darby consiguió llegar al Peñón.

La Línea de Gibraltar, actual ciudad de La Línea de la Concepción, comenzó a existir a base de una serie de construcciones fortificadas frente al Peñón, una vez que éste pasó a manos británicas por el Tratado de Utrech en 1713. Esa línea de fortificaciones y baterías de artillería, desde el fuerte de Santa Bárbara hasta el San Felipe, se fue consolidando desde 1730 hasta el inicio de la guerra de la Independencia. El campamento español estaba situado al lado del Fuerte de Punta Mala. En 1810, las fortificaciones mencionadas fueron destruidas por los británicos de la roca, aliados de España frente a los franceses de Napoleón en la guerra de la Independencia.

Loygorri llegó a la zona el 3 de julio de 1779 (el sitio comenzó ocho días más tarde, el 11), y allí permaneció hasta el 6 de julio de 1781, que pasó a participar en las acciones en la isla balear de Menorca. Mientras estas operaciones sobre Menorca se producían, los gibraltareños salieron durante la noche del 27 de noviembre de 1781 y destruyeron parte de las obras que habían construido los españoles, así como diverso material de artillería. Quizás el trabajo de Loygorri había quedado deshecho.

El sitio de Menorca finalizó en 1783 con la firma del Tratado correspondiente del 23 de septiembre de ese año. Durante el tiempo que duró el asedio, ascendió Loygorri a subteniente de Minadores. Estaba destinado en el 4º batallón de esta especialidad y hay que recordar que en la época que nos ocupa, las especialidades de puentes militares y de minas estaban a cargo de los artilleros. Por eso trabajó también en la construcción de una mina que se había abierto en dicha Plaza.

Después de la acción de Menorca, que narramos a continuación y por cuyos méritos fue ascendido a teniente de Infantería el 1 de marzo de 1782, regresó Loygorri de nuevo al sitio de Gibraltar el 23 de junio de este año. Allí permaneció hasta la consecución de la paz destinado en Minadores en los trabajos de la mina que se practicó en el Peñón de dicha Plaza, una vez que se desarrollaban los acontecimientos trágicos de las baterías flotantes que más adelante comentamos.

Era muy corriente en esa época el alcanzar grados de distintas armas. Así uno podía ser capitán de artillería y coronel de Infantería a la vez, aunque predominaba siempre su directa especialidad.

Lo de introducirse en Gibraltar a través de una mina fue el último intento del general francés Louis des Balbes de Berton de Quiers, *Duque de Mahón y Duque de Crillon*, (Aviñón, 1717 – Madrid, 1796). La mina comenzó a excavar en la parte de Levante utilizando los artilleros minadores barrenos y explosivos.



Gibraltar, 1782. <https://rusadirymar.com/2021/03/23/1779-1783-sitio-de-gibraltar/>

La paz de Versalles en 1783, devolvió a España la isla de Menorca y la península de la Florida, en el continente americano, pero no Gibraltar. En el conjunto de los 43 meses que duró el asedio del Peñón, la artillería española lanzó un total de “56.760 balas y 20.130 granadas”.²³

²³ David Solar, “Las claves del conflicto”, en *La Aventura de la Historia*, nº 51, enero, 2003, Arlanza Ediciones, p. 21.

Las baterías flotantes en el sitio de Gibraltar, 1783.

Después del éxito logrado en la isla de Menorca, el rey Carlos III se decidió intentar conquistar también Gibraltar con las tropas del ejército combinado hispano-francés, esta vez al mando de Crillon. El asalto al Peñón se decidió después de estudiar el rey las diferentes propuestas que se le habían presentado como consecuencia de otro invento ofensivo de guerra llamado *las baterías flotantes*.

Las *baterías flotantes* fue el resultado de los estudios realizados por el ingeniero militar francés Jean Claude Eléonore le Michaud d'Arçon, nacido en 1733.

Ya hemos visto en párrafos anteriores cómo los proyectiles artilleros españoles no hacían mella en las fortificaciones británicas durante el sitio ya comentado. Y fue cuando los ánimos de los sitiadores había decaído, cuando propuso Michel d'Arçon batir el único espacio vulnerable que tenían los ingleses: el comprendido entre los muelles viejo y nuevo, precisamente con sus baterías flotantes. Proyecto que ya había presentado al Conde de Aranda, cuando fue embajador en Versalles, en 1780.

Jean Claude Eléonore de Michaud d'Arçon fue el ingeniero militar francés que proyectó el gran sitio a Gibraltar.

Estas baterías debían ser montadas sobre viejos buques mercantes, pero que en su interior hubiera una circulación continua de agua para evitar el incendio que seguramente llegaría por efecto de los ataques ingleses. El 12 de septiembre de 1781, estaban construidas en el arsenal de la Carraca de Cádiz hasta 10 de esas baterías, que iniciarían las maniobras

de ataque, aunque antes en el tiempo algunas de las cañoneras de Barceló hostigaban, amparándose en la oscuridad de la noche, a la guarnición gibraltareña.

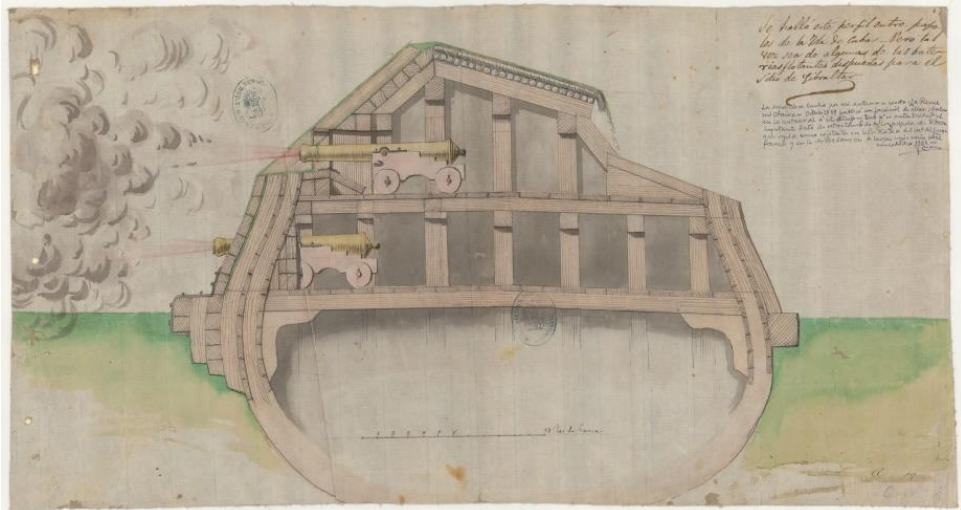
Se separaron del puerto de Algeciras y fueron hasta Matagorda, donde anclaron en espera de la orden de zarpar. Se construyeron cinco con dos puentes (entre 17 y 21 cañones y entre 630 y 760 hombres cada una), y otras cinco con un puente (entre 7 y 9 cañones y 300 a 400 hombres cada una). La disposición de las piezas, todas de a 24, era en dos filas superpuestas pero en la misma banda. Y todas debían estar suficientemente blindadas. Marina Alfonso Mola nos describe cómo eran estas barcas: "...de una sola vela, con doble casco, costados de vara y media de espesor, gruesos tejados de protección y veintiocho piezas de artillería superpuestas".²⁴

El gran ataque a Gibraltar se produjo el 13 de septiembre de 1782. Iniciaron el movimiento siguiendo el derrotero de la llamada *Pastora*, que se situó en un excelente lugar bajo el mando de Ventura Moreno y continuamente hostigada por fuego inglés. Poco después el resto de las baterías rompieron el fuego y observaron con alegría cómo algunos lienzos de las paredes fortificadas gibraltareñas comenzaban a caer.

Sin embargo, la respuesta de las baterías inglesas no se hizo esperar. Atacaron con *balas rojas* "*bala roxa*" (*sic*) (eran las balas rasas calentadas al rojo en un hornillo), algunas del calibre 42, que provocaron inmediatamente incendios en las baterías flotantes. La primera en incendiarse fue la *Tallapiedra* que, aunque pudo controlar el fuego al principio, enseguida se avivó y propagó al resto de las naves convirtiendo en auténticas pavesas los ingenios militares. Ésta primera batería estaba

²⁴ "Los Asedios", en *La Aventura de la Historia*, nº 70, agosto, 2004, Arlanza Ediciones, p. 75.

mandada por el teniente Tomás de Morla,²⁵ que resultó herido grave posteriormente como capitán de Minadores. A continuación fueron explotando una tras otra todas las demás baterías.



Perfil de un barco de guerra o batería flotante en Gibraltar. Biblioteca Virtual Defensa.

Para Morla, artillero ilustrado y exprofesor de Loygorri en el Colegio de Artillería del Alcázar de Segovia, fue su primera acción de combate.

Fue tal el desastre que se produjo en la bahía de Algeciras, que hasta los propios ingleses tuvieron que ayudar en el rescate de los que se arrojaban a las aguas evitando quemarse. Según todas las fuentes lograron salvar la vida de once oficiales y unos trescientos cincuenta hombres. Sin embargo, las pérdidas humanas fueron del orden de unas mil doscientos personas.

²⁵ Consultar María Dolores Herrero Fernández Quesada, *Ciencia y Milicia en el siglo XVIII. Tomás de Morla, artillero ilustrado*, Patronato del Alcázar, Segovia, 1992.

Al mando de una Lancha Obusera en el sitio de Argel, 1784.

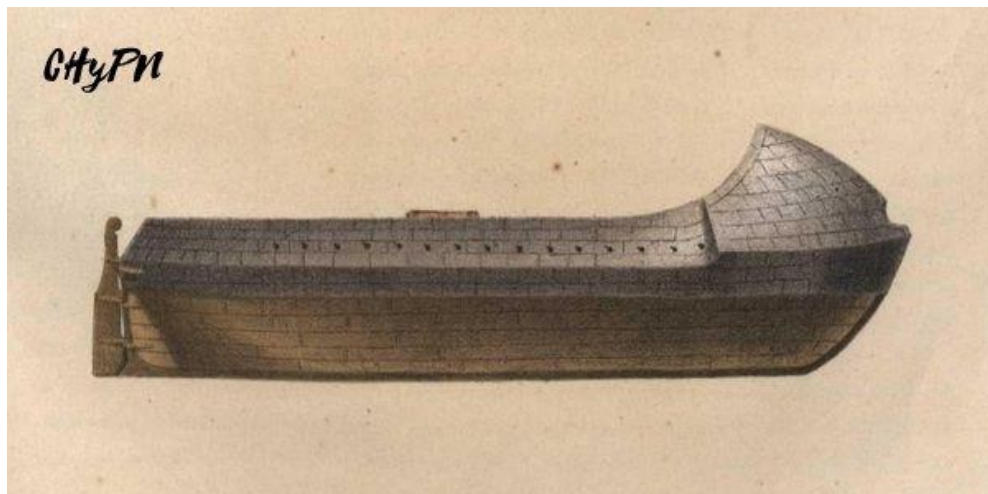
Loygorri ascendió al empleo de teniente de artillería el 14 de julio de 1783, dándole el rey el mando de la Lancha Obusera número 8, de las once que se usaron todas al mando de oficiales de artillería por indicación de Barceló. Al año siguiente, 1784, y siendo ya capitán de infantería al haber ascendido el 6 de abril de este año, participó nuestro biografiado desde la mar en todos los ataques y bombardeos sobre la Plaza de Argel.

Esta era la tercera vez que España enviaba una flota para poner Sitio al mencionado lugar. Las incursiones berberiscas en las costas españolas se merecían una dura respuesta. Respuesta que llegó de la mano de Barceló que al mando de una Escuadra formada por las marinas española, de Nápoles y de Malta, zarpó de Cartagena el 28 de junio de ese año. Llegó a Argel el 10 del mes siguiente y el combate y bombardeo de sus costas y ciudades duró desde el día 12 hasta el día 21 del mismo mes. Las tensiones entre España y Argel culminaron con el Tratado de Paz firmado el 14 de junio del año siguiente.

El tipo de barcaza que mandó Loygorri en esa acción, una obusera,²⁶ fue una de las once que se botaron y que fueron inventadas por el ilustre marino Barceló en el gran sitio a Gibraltar de 1779, ya mencionado. Barceló acababa de ser ascendido a Jefe de Escuadra y fue nombrado jefe de las fuerzas navales destinadas al bloqueo del Peñón. Y fue allí cuando se le ocurrió la idea de construir lanchas cañoneras y bombarderas, armando con cañones de *a* 24 o con un mortero grandes botes de remos (hasta 28). Era necesario disponer de una fuerza móvil y muy maniobrera que pudiera

²⁶ Pedro DE LA LLAVE, *op.cit.*, p. 6.

contrarrestar la potencia de fuego de las baterías terrestres británicas. Para la defensa de la dotación de las lanchas se proveyó a estas de unos parapetos plegables forrados con corcho.



Modelo de una de las flotantes pequeñas empleadas en el sitio de Gibraltar en 1781. Museo Naval de Madrid — Colección: ES-DFPMNM — N° inventario: MNM-374. Lancha obusera de Barceló. Celia Chaín-Navarro, *Un acorazado para recuperar Mahón y Gibraltar*, <https://blogcatedranaval.com/2021/05/11/un-acorazado-para-recuperar-mahon-y-gibraltar/>

Cada barcaza, blindada con planchas de acero, medía 56 pies de quilla, 18 de manga y 6 de puntal. Se movía por la fuerza de 14 remos por banda y una vela latina (vela triangular debajo de una verga inclinada), la pieza era giratoria para poder apuntar y los sirvientes eran unos 30. Más tarde se dotó a la pieza de artillería de una plataforma giratoria que permitía apuntar el cañón sin que la barca variase su rumbo. A finales del siglo XVIII, otro tipo de lancha cañonera fue la denominada tipo “Espín”.

En recompensa a su excelente actuación en Argel, Loygorri fue ascendido al grado de capitán de Infantería el 6 de abril de 1784, aunque

no cobró el pertinente sueldo hasta el 13 de enero del año siguiente y no alcanzó el mismo grado en el Cuerpo hasta el 5 de febrero de 1790.

Las lanchas cañoneras u *obuseras* de la Armada Española tuvieron mucho éxito en combates frente a escuadras convencionales desde finales del XVIII hasta principios del XIX. Incluso se usaron en la guerra de la Independencia en los Sitios de Zaragoza surcando las aguas del río Ebro.

Una niña marinero

Dentro de este resumen histórico de la vida de Loygorri, creo interesante, por novedoso, el traer a estas páginas unas líneas relatando la pequeña-gran aventura de, quizás, la primera mujer que sirvió en una flota española.

Fue el día 22 de junio del temprano año de 1793, España no hacía mucho que estaba en guerra con Francia, cuando en la Isla de León (actual San Fernando – Cádiz) se presentó al Sargento Mayor de los Batallones de Marina, pidiendo asiento de soldado por seis años, un mozo llamado Antonio María de Soto. Este chico era natural de Aguilar de la Frontera (Reino de Córdoba) y decía tener tan solo dieciséis años de edad.

Se le aceptó y se le sentó plaza en la 6ª Compañía y cumplió servicio en la plaza de la isla y en el arsenal de la Carraca durante seis meses y veinte días, hasta el 3 de enero de 1794. En esa fecha lo embarcaron en la Fragata



Modelo del navío Real Carlos, construido con el nombre de Santísima Trinidad. 104 cañones (1769-1805) (1766). Museo Naval de Madrid — N° inventario: MNM-546.

*Mercedes*²⁷ con destino a Tolón, formando parte de una flota anglo – española al mando de Hood y Lángara, que fueron en apoyo de los realistas franceses que estaban sitiados por los revolucionarios en esa ciudad portuaria.

Posteriormente embarcó en la Fragata *Matilde* y en ambos destinos participó en numerosos combates hasta el 14 de febrero de 1797. Curiosamente en la plaza de Tolón se combatió contra un oficial de la Guardia Republicana francesa. Este oficial se llamaba Suchet, quien el azar y los avatares bélicos le llevarían, siendo general, a ocupar la ciudad de Zaragoza en 1809 con tan solo 39 años de edad.

Más tarde fue destinado a una lancha cañonera, de las que estaban atracadas en las cercanías de Cádiz, donde sostuvo un ataque contra los ingleses portándose, al igual que las anteriores veces, con valor y entereza.

Aprendió mientras estuvo a bordo a leer y a escribir, no quiso ser cabo pero siempre fue sumamente curioso, cortés y pundonoroso hasta que el día 9 de julio de 1798, se descubrió su más preciado tesoro: era una mujer. Había mentido al hacer el ingreso en filas. En realidad su nombre era Ana María Antonia de Soto y Alhama (1775-1833), hija de Tomás, de oficio panadero, y su verdadera edad cuando tomó plaza era de trece años y dos días. Por eso en la fecha que se descubrió su verdadera personalidad tenía dieciocho, cumplidos en la víspera de San Juan, y ya era muy difícil el ocultar las características de toda mujer.

La desembarcaron y pasó a la casa del Sargento José García. Más tarde el capitán general del Departamento marítimo ordenó que dos cirujanos

²⁷ La Fragata *Mercedes* fue hundida a traición por la Armada Inglesa el 5 de octubre de 1804, frente a las costas de Portugal, llevándose al fondo más de doscientas vidas y un gran tesoro. Este tesoro ha sido protagonista de la actualidad desde 2007 hasta hoy.

reconociesen a la niña ya mujer. Su veredicto fue el ya conocido y que se hallaba “intacta de varón”.

Todos los que la conocieron y estuvieron con ella en los mismos barcos, reconocieron que sabía manejar las armas, que hacía el ejercicio con mucha precisión y perfección y que en todas las acciones de combates fue siempre la primera en los trabajos y en los peligros. En resumidas cuentas, fue laudable su conducta en todos los aspectos durante los más de cinco años que sirvió.

De todo esto se dio cuenta al Rey Carlos IV y se esperaba que la premiase como se merecía. Luego fueron avisados sus padres para que fuesen a recogerla ya que la tenían por perdida. En ese tiempo era ya bien parecida y de estatura regular. Fue licenciada ese mismo año, con una pensión vitalicia de dos reales de vellón diarios y el grado de sargento, autorizándole a llevar los galones de sargento y los colores de la Armada.

Sitio y conquista del Fuerte de San Felipe en Menorca, 1781.

Enmarcado en la lucha de Francia y España, aliadas mediante el Tercer Pacto de Familia, contra Inglaterra, la isla de Menorca también fue objeto de lucha por parte del rey Carlos III para arrebatársela a los británicos.

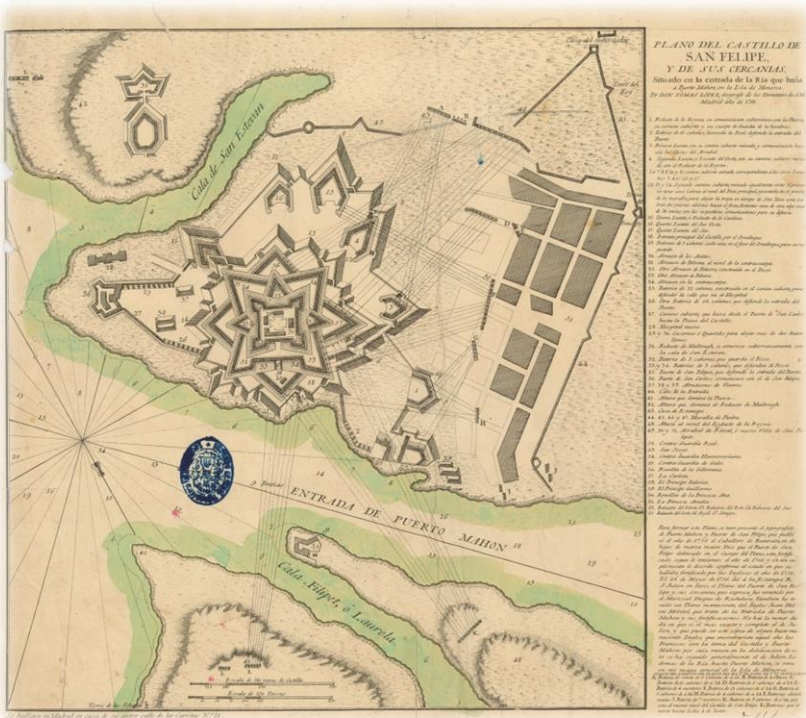
La isla de Menorca había pasado a manos inglesas como consecuencia del Tratado de Utrech de 1713. Luego, el 18 de mayo de 1756, pasó a ser dominada por los franceses, pero regresó de nuevo a las británicas por otros 18 años como consecuencia del Tratado de París del 10 de febrero de 1763. En 1781, el ministro español de Carlos III, conde de Floridablanca, preparó una expedición hispano – francesa para ir contra Menorca.

Haciendo el alto, ya comentado, de unos dos años en el sitio de Gibraltar, el 19 de agosto de ese año, el ejército franco-español mandado por el francés teniente general Segundo Duque de Crillon (Louis Bertón de los Balbo de Quiers Fabri de Moncault Zaporta y Auberdee), al mando de una Escuadra que zarpó de Cádiz el 22 de julio de 1781, desembarcó 16.000 hombres al norte y sur del puerto de Mahón, por Cala Mezquida y Cala Alcaufar y asedió el fuerte mandado por el general James Murray. El Castillo de San Felipe, situado en la orilla sur de la bocana de entrada al puerto de Mahón.

Las obras de la inmensa fortaleza habían comenzado en 1554 para proteger Menorca de los piratas, después de que en 1535, la capital Mahón sufriese un gran saqueo. El Castillo fue uno de los primeros en ser abaluartado

La idea de maniobra sorpresiva de Crillon no funcionó y tuvo que montar el asedio con diferente despliegue de su artillería. Las reformas en

la construcción del pueblo llamado Georgetown, hoy *Es Castell* (antiguamente *Real Villa de San Carlos, Villacarlos*), obligó a que las piezas se alejaran más de sus objetivos al no contar con la protección necesaria a vanguardia, usando los tiros de rebote con gran acierto, «dirigidos con tanta inteligencia»,²⁸ que desmontaron casi toda la artillería enemiga.



Castillo de San Felipe. Biblioteca virtual de Defensa.

Georgetown se fue construyendo a medida que avanzaban las obras del Castillo de San Felipe, cuando los obreros y soldados británicos destinados

²⁸ Fragmentos extraídos de la carta que Loygorri envió al rey Fernando VII el 24 de octubre de 1814.

en el fuerte levantaban sus casas en el lugar. Al principio este conjunto de casas se llamó *s'Arrabal de Sant Felip*, casas que debieron de ser destruidas por su cercanía al fuerte trasladándose el poblado a su actual ubicación, entre Cales Fonts y Cala Corb.

A los cinco meses, en febrero de 1782, el Real Felipe se rindió, y con él la isla que retornó a la monarquía borbónica española. Crillón fue galardonado por esta acción con el ducado de Mahón, mientras que el rey Carlos III ordenó la demolición del Castillo. Hoy solo quedan restos del patio de Armas, la capilla de Nuestra Señora del Rosario y galerías subterráneas.

Entre los hombres que desembarcaron se encontraba Loygorri. Su labor fue trabajando en la construcción de las baterías en la 1ª paralela, y en la única que se formó en la 2ª.



Uno de los acuartelamientos de la plaza de Armas de Es Castell.
<https://patrimoniomm.files.wordpress.com/2013/02/imgp5910.jpg>

Guerra de las Naranjas. Campaña de Portugal, 1801.

El 15 de julio de 1795, Loygorri era capitán y Ayudante mayor del Real Cuerpo de Artillería en la ciudad de Cádiz, donde el rey le concedió la merced de Hábito de Caballero de Orden de Santiago. Tres días más tarde, el 18 de julio se depositó una fianza de 200 ducados de plana nueva para las pruebas pertinentes por Baltasar García y Aguilar, agente de negocios y vecino de la Corte de Madrid.

Loygorri alcanzó el grado de teniente coronel de Infantería el 4 de septiembre de 1795, a consecuencia de lo logrado en la Paz de Basilea con Francia (guerra del Rosellón, de la Convención o de los Pirineos 1793 – 1795), y fue destinado en 1797 en comisión de servicio al ejército acantonado en Extremadura. Su cargo, junto a los capitanes Mariano Breson y Juan Vengoa, fue el de Segundo Ayudante General del Estado Mayor de la División 2ª de la de Castilla La Vieja.

Después de la firma de la Paz de Basilea y del Tratado de San Ildefonso, Gran Bretaña, que no estaba de acuerdo con ese nuevo pacto con los borbones franceses, declaró la guerra a España en octubre de 1796. El 15 de mayo de 1798, ascendió Loygorri a sargento mayor, equivalente hoy a teniente coronel mayor del regimiento, en el mismo destino anterior, con el que invadió Portugal en 1801, durante la llamada *Guerra de las Naranjas*.²⁹

Esta ofensiva se realizó por iniciativa de Godoy, desde el 20 de mayo hasta el 6 de junio de ese año, a pesar de que realmente se estaba en

²⁹ El nombre de *Naranjas* fue debido a que cuando la plaza portuguesa de Elvas muy cercana a Badajoz fue ocupada, Godoy ordenó que fueran enviadas a la reina María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV, algunas ramas de naranjas.

guerra desde el 27 de febrero. Dos de los regimientos que tomaron parte destacada en esa batalla fueron los *Voluntarios de la Corona y Granada*. Loygorri formó parte del primero bajo las órdenes del coronel de ascendencia irlandesa Joaquín Blake y Joyes (1759-1827).

En esta campaña se institucionalizó el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército. Creado por Tomás de Morla y Pacheco, fueron muchos oficiales artilleros los que lo compusieron y donde ya lucieron la famosa faja azul que actualmente visten de uniforme. Más tarde, el general español de origen irlandés Joaquín Blake lo reorganizó mediante una real orden de 9 de junio de 1810.

Por cierto que en esta operación, el Cuartel Maestro de Godoy fue Morla, que desde antes del 16 de enero ya se encontraba en Madrid trabajando en las futuras operaciones para impedir que desde los puertos portugueses se siguiese abasteciendo a Inglaterra.

En esta campaña *de las Naranjas* participó Loygorri en los ataques de la plaza de Campomayor, donde dirigió el primer fuego que se disparó contra la plaza; en las acciones de Barbacena y Santa Olalla; en la toma de Arronches, donde se adelantó con la artillería y donde se distinguieron las tropas españolas. La primera unidad que entró en esta localidad fue el regimiento de Milicias Provinciales del *Bastón de Laredo*, que se había unido a una división de Castilla la Vieja el año anterior, pasando posteriormente a Extremadura siendo la tropa principal de vanguardia y de operación.



Joaquín Blake

Loygorri también participó en la ocupación de Portalegre y del castillo de Alegrete, ambas en Portugal, al final de mayo, con la sección de la Brigada de Artillería *a caballo*. También estuvieron en el sitio de Campomayor el regimiento de Infantería *Príncipe* nº 2, bajo las órdenes de Francisco Javier Negrete, que formó parte de la vanguardia de la 4ª División, y el Regimiento *Mallorca* 18.

El papel de la artillería española en esta campaña fue muy disperso, al ser las divisiones las que hicieron sus campañas de una forma independiente, aunque dentro de una misma idea de maniobra. Las baterías de la tercera división asentaron frente a los lienzos del oeste, en el sitio de Campo Mayor, batiendo las defensas. Lo mismo que los cañones de la cuarta división, que relevaron a los de la tercera división que tuvo que

partir hacia el interior de Portugal, que dispararon unos trescientos proyectiles diarios desde el día 22 de mayo. El duro sitio finalizó el 6 de junio con el izado de bandera blanca por parte de los defensores. Habían recibido la friolera de 10.855 disparos.³⁰

La guerra finalizó con el Tratado de Badajoz del 8 de junio de 1801. Año en que el 6 de enero Loygorri escribió la *Colección de ejercicios facultativos, aprobada por S.M. para la uniforme instrucción de la tropa del Real Cuerpo de artillería*. Fue prologada por Antonio Cornel. Una segunda edición del trabajo se imprimió³¹ en 1814, esta vez en la imprenta que fue de Fuentenebro, aumentada con el cálculo de las pilas de bombas y granadas. Este texto fue básico en los estudios de varias generaciones de artilleros.

Al año siguiente, el 25 de mayo de 1802, alcanzó Loygorri el grado de teniente coronel del Cuerpo, dos meses después de la firma de la Paz de Amiens que ponía fin a las luchas entre Francia y España contra Gran Bretaña.

³⁰ Gregorio Torres Gallego, "La Guerra de las Naranjas, dos siglos después", en *Revista Española de Historia Militar*, nº 12, Quirón Ediciones, Valladolid, junio, 2001, p. 322.

³¹ Martín García y Loygorri, *Colección de Ejercicios Facultativos*, Segunda Edición, Imprenta que fue de Fuentenebro, Madrid, 1814.

COLECCION
DE EJERCICIOS FACULTATIVOS
APROBADA POR S. M.
PARA LA UNIFORME INSTRUCCION
DE LA TROPA
DEL REAL CUERPO DE ARTILLERIA.

SEGUNDA EDICION.

DISPUESTA POR EL DIRECTOR Y CORONEL GENERAL
EL MARISCAL DE CAMPO DON MARTIN GARCIA
Y LOYGORRI.

AUMENTADA

CON EL CALCULO DE LAS PILAS DE BALAS,
BOMBAS Y GRANADAS.

MADRID:

IMPRENTA QUE FUE DE FUENTENEbro, CALLE DE JACOMETREZO.

1814.

J. G. Vello

Portada de la colección de ejercicios.

Boda, 1802

Estando Loygorri destinado en el Tercer Regimiento del “Real Cuerpo de Artillería” fue cuando decidió contraer matrimonio.

Fue en el verano del año 1802, a la edad de 43 años, cuando inició los trámites burocráticos pertinentes para contraer nupcias con Manuela Rosa García (de Tejada) y Molviedro Rubio y Ponce de León (1784-1863), de familia noble, dama de la reina consorte María Luisa, nacida en Sevilla el 10 de junio de 1784, e hija del *Veinticuatro*³² y Alcalde Mayor de esa ciudad, Lorenzo García rubio, y de Manuela Molviedro y Ponce de León.

La unión estaba pactada al tener “tratado su matrimonio”³³ con ella, que contaba con 18 años de edad, debiendo pagar Loygorri una dote establecida en veinte mil reales de vellón “en dinero contante”.³⁴ Esta cantidad fue depositada en la ciudad Hispalense en las manos del vecino de la misma, Pedro Orduña.

El 27 de julio de 1808, Pedro Nolasco Baños y Sesma, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y Cura Párroco de la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora del Rosario de la ciudad de Corella de Navarra, copió la partida de bautismo del folio 212 del libro sexto de Bautizos de Loygorri.

La autorización para contraer matrimonio la pidió el 14 de agosto de 1802 a S. M. el rey Carlos IV en Sevilla, y le fue concedida por el Consejo de Guerra de Gobierno de 30 de ese mismo mes y año. El 2 de octubre

³² Se llamaban así los veinticuatro caballeros que conformaban en parte el Concejo Municipal. Ver Guillermo Álvarez de Toledo Pineda, “Análisis socio-económico de una veinticuatría y una alcaldía mayor de Sevilla en los siglos XVII y XVIII”, en *Trocadero*, 17, Cádiz, 2005, p. 101.

³³ Archivo General Militar de Segovia. Expediente matrimonial de Loygorri.

³⁴ Expediente personal de Loygorri. Archivo Militar de Segovia.

siguiente se celebró la boda en la capilla del Sagrario de la Santa Catedral de Sevilla.

Fruto del matrimonio nacieron dos hijos: Ángel y Martín. El primero, que llegó a ser el sexto director general de la Guardia Civil y alcanzó el título de Conde-Duque de Vistahermosa, nació en Sevilla el 2 de octubre de 1805. Comenzó sus estudios de primaria instrucción en las Escuelas Pías pasando después al Real Seminario de Nobles de Vergara, donde permaneció desde 1816 a 1822, dedicándose a la historia, filosofía, matemáticas, astronomía, geografía e idiomas francés e inglés con gran aprovechamiento. Aunque antes había ingresado el 2 de noviembre de 1812 en clase de cadete de menor edad en el Real Cuerpo de Artillería.

El segundo hijo de Loygorri fue Martín García Arista de Loygorri y García de Tejada, que llegó a Brigadier de los Reales Ejércitos, caballero de las Órdenes Militares de Santiago y Malta, Grandes Cruces de San Fernando y San Hermenegildo. Nació en Cádiz el 19 de agosto de 1813 y murió en Madrid el 2 de octubre de 1885. Casó con Emilia Vicenta Bernaldo de Quirós y Colón de Larreátegui, en Madrid el 14 de junio de 1848. Emilia Vicenta había nacido en Málaga el 23 de agosto de 1823, y murió en Madrid el 7 de julio de 1860.

Pero volviendo a la esposa de nuestro biografiado, Manuela, decir que sobrevivió a su esposo la friolera de 39 años. Situación lógica si tenemos en cuenta que en el momento del matrimonio les separaban a los esposos 25 años. Murió el 26 de enero de 1836 cuando contaba 79 años de edad, cuando España se desangraba en su primera guerra civil, la carlista.

En el mismo año que Loygorri contrajo nupcias, el capitán general José de Urrutia, a la sazón Inspector General del Cuerpo de Artillería, ordenó el

7 de octubre que se proporcionase al brigadier Juan Munarriz, comandante del Departamento de Artillería de Segovia, toda la documentación necesaria para escribir la historia del Colegio de Artillería.

1807. Portugal y Cataluña

El 5 de mayo de 1803, obtuvo Loygorri la graduación de coronel, aunque adquirió su efectividad el 25 de febrero de 1806, 4 meses después de la derrota franco-española de Trafalgar. A esta nueva contienda con Gran Bretaña se llegó después de que el rey Carlos IV firmase una declaración de guerra el 12 de diciembre de 1804, después de que una flotilla británica atacase en aguas atlánticas, sin previo aviso, sin provocación y a traición, ya que desde la Paz de Amiens de 1802 ambos países estaban en paz, a cuatro fragatas españolas al mando de Diego de Alvear.

En 1807 fue nombrado Director de la Real Maestranza de Artillería de Sevilla y fue enviado al ejército que invadió Portugal por orden de Napoleón, como consecuencia de lo firmado en el Tratado de Fontainebleau el 27 de octubre de ese año. Mediante esta firma se permitía, entre otras cosas, el paso del ejército Imperial hacia el país vecino, que seguía fiel a Inglaterra y no dejaba de cooperar con ella desde sus puertos marítimos. España y Francia pactaron que entrasen en la península 40.000 soldados franceses con el pretexto de ocupar Portugal. Hasta la primavera de 1808, cruzaron la frontera hasta cinco Cuerpos de Ejército con más de cien mil hombres.

En esta campaña Loygorri mandó la artillería de la División de Castilla, que entró en Portugal por Alcántara, pero fue hecho prisionero en Lisboa por su aliado, el ejército francés, durante 3 meses y 8 días. El motivo, según el Mariscal de Campo Pedro de La Llave,³⁵ Director del *Memorial de Artillería* y que escribió una biografía de Loygorri, fue la perfidia de los franceses bajo el mando de Jean Andoche Junot, duque de Abrantes (1771-1813), o dicho de otra manera, por la traición de este mariscal. Una vez

³⁵ La Llave, *op.cit.*, p. 7.

que los portugueses capitularon como consecuencia de la batalla de Vimeiro y del convenio de Cintra, los prisioneros españoles fueron liberados. Y con ellos Loygorri que, una vez libre, fue destinado a Cataluña con la división del general Laguna, concretamente a la guarnición de Villafranca del Penedés.

Pedro de la Llave fue el Director del *Memorial de Artillería* y estuvo a las órdenes de Loygorri en la Guerra de la Independencia, en el ejército de Aragón, y en la Dirección General del Cuerpo a partir de 1814. Fue profesor en el Alcázar de Segovia y Jefe de Estudios de la Escuela de Aplicación de Sevilla. Fue autor de numerosos libros de temas artilleros.

Guerra de Independencia.

Sería excesivamente prolífico y quizás un poco exagerado el relatar aquí todo el proceso de la guerra mencionada en el título.

El 8 de marzo de 1808, se produjo el motín de Aranjuez, según algunos autores fue el primer pronunciamiento en España, y el 2 de mayo siguiente lo que ya todo el mundo conoce: en Madrid se produjo un movimiento revolucionario de su pueblo en contra de las tropas francesas que se habían establecido en la ciudad y sus alrededores.

En este corto intervalo de tiempo se habían producido en la Corte los graves sucesos de las abdicaciones mutuas de la Corona española entre Carlos IV y su hijo Fernando, pero que acabó reposando en las sienes del hermano de Napoleón Bonaparte, José I.

Después de esa trágica fecha, la sublevación contra el francés se extendió por toda España. En Aragón, y concretamente en Zaragoza, se desarrollaron dos de los hechos más significativos de la guerra, guerra que duró desde 1808 hasta 1814. Estos hechos, seguidos en el tiempo, fueron los dos asedios de la ciudad del Ebro. Fueron los dos famosos Sitios.

El primero entre los meses de julio y agosto de 1808, y el segundo desde diciembre de este año hasta febrero de 1809. Y fue después de que Zaragoza fuera ocupada y tomada por el ejército francés, cuando se produjo la llamada batalla de Alcañiz (Teruel), en la localidad homónima situada a unos 100 kilómetros al este de Zaragoza.

El 18 de septiembre de 1808, ya en plena guerra, fue nombrado Brigadier y el 12 de octubre siguiente fue propuesto como Mayor y

Comandante general de artillería del ejército de Cataluña, de acuerdo con las Ordenanzas de Artillería de 1802, con el que participó en las acciones necesarias para tomar posiciones sobre Barcelona. El 5 de diciembre siguiente estuvo en las acciones sobre las baterías enemigas en las faldas de Montjuic para “clavar su artillería”,³⁶ como así sucedió.

Luchó contra el mariscal francés Gouvion Saint Cyr (1764 – 1830) en la batalla de Llinás del Vallés (o de Cardedeu), en Barcelona, el 16 de diciembre de ese año, donde supo conducir algunos grupos de infantería en retirada ordenada ante la presión francesa. Esto ocurrió cuando el regimiento de Húsares españoles mandados por el coronel Ibarrola, «fue sostenido por la artillería, quien a pocos metros de aquellos le abrió el camino preparando la carga con que ambas armas evitaron el inminente riesgo en que se vieron». Las tropas españolas fueron mandadas en esta ocasión por los generales Vives y Reding, que sufrieron una severa derrota con unos 500 muertos y otras 1.000 bajas entre heridos y prisioneros.

En esa acción se diferenció Loygorri y obtuvo un escudo de distinción, cuando el regimiento de húsares españoles se encontraba cercado por el francés. En ese momento supo apoyarlo con la artillería, que le abrió paso y le ayudó en la carga que realizaron. Más tarde se retiraron en orden más de 4.000 soldados de todas las armas hacia Granollers, salvando parte de la artillería, al menos dos piezas de montaña, y de las municiones, para continuar a Molíns de Rey y a Tarragona, ciudad donde se recompusieron las unidades. Las dos piezas mencionadas estuvieron al mando del subteniente zaragozano Domingo Ulzurum de Asanza y Peralta (1788-1864), que había ingresado en el Colegio de Artillería el 1 de agosto de 1804.

³⁶ Clavar la artillería es una forma de inutilizar las bocas de fuego. Ver Juan María de Jesús y Villegas, “La artillería en Ceuta desde sus inicios al sitio de Mawlay Ismail (1415-1726), en *Memorial de Artillería*, nº 2, Diciembre de 2004, Ministerio de Defensa, Madrid.

El Escudo de Distinción de Llinás lleva en el centro un cañón y alrededor el lema «A los valientes artilleros de la batalla de Llinás – 1808», en rojo fileteado sobre paño azul oscuro.

Posteriormente estuvo Loygorri al lado del general Teodoro Reding von Biberegg, en la batalla de Valls, el 25 de febrero de 1809, en los mismos cometidos de Comandante y Mayor General con resultados brillantes. Loygorri y Reding ya habían coincidido en la toma de Menorca en 1782. Reding había asumido en Valls el mando absoluto del ejército al sustituir al general Vives y contaba para esa batalla con al menos 30 000 hombres, pero fue derrotado. Reding resultó herido grave al luchar al sable contra uno de los dragones de la caballería francesa de las divisiones del general Saint Cyr recibiendo cinco heridas, y murió poco después en Tarragona. Exactamente el 23 de abril de 1809. Fue sustituido provisionalmente por el marqués de Coupigny antes de que Blake tomara el mando efectivo.

El rey Fernando VII en 27 de abril de 1815, creó una cruz de distinción para perpetuar la memoria de esta batalla. En ella figuran las armas de Cataluña en campo rojo y una inscripción: «El Rey al valor esforzado»; y en el reverso: «Valls», y al derredor «25 de febrero de 1809». La cruz pende de una cinta blanca con cuatro listas rojas.

Y fue entonces cuando el general Joaquín Blake y Joyes (1795-1827) reclamó a Loygorri para formar parte del ejército reunido de Aragón y Valencia. Blake había sido conferido para el mando del 2º Cuerpo de Ejército, el 2º de la derecha, organizado por la Junta Central. Blake, que había sido vencido en Espinosa de los Monteros (Burgos) y destituido después por su desgracia en esa batalla, no dejó de solicitar su reposición en el ejército de operaciones.



Encabezamiento de un oficio aprobando un ascenso firmado por Loygorri.



Plaza Dos de Mayo, Madrid. Monumento Daoiz y Velarde. Puerta de entrada al Parque de Artillería de Montealeón. Wikimedia Commons.

La artillería de campaña española en 1808.

Antes de describir cómo estaba la artillería española a comienzos de ese año de 1808, damos dos escuetísimas pinceladas sobre dos de los rasgos más identificativos: el emblema y las banderas del Arma.

Los máximos responsables de la artillería en los años 1808, 1809 y 1810 fueron, respectivamente, Tomás de Morla, Vicente María de Maturana,³⁷ Antonio Cornel y Ferraz³⁸ y Francisco Ramón Eguía y Latorre, éste último antes de que fuese Loygorri hasta 1822. Según la historia del Real Cuerpo escrita por orden del mismo Loygorri y presentada en Madrid el 27 de marzo de 1816, fue el 22 de julio de 1810 cuando Loygorri fue nombrado Director General de Artillería Interino, pasando a tener este encargo en propiedad el 1 de septiembre de 1812.

El uno de abril de 1804, se publicó una Real Orden por la que se reconocía de forma categórica la bomba en el cuello como el distintivo de los individuos pertenecientes al Cuerpo de Artillería.

Y si hablásemos de banderas, seguimos a Luis Sorando³⁹ para mencionar que:

«la Artillería recibió en 1710 una Coronela blanca y varias sencillas azules, continuando con banderas de estos colores hasta 1861 (...) Ese mismo año de 1802 Godoy reorganizó la artillería, de manera que cada uno de los 5

³⁷ Fue profesor de los infantes Carlos Isidro y Francisco de Paula. En diciembre de 1808 fue nombrado Director Coronel General de Artillería.

³⁸ Los apellidos Cornel y Ferraz son muy reconocidos y de enorme prestigio en la historia de España y ambos provenientes de Benasque y Anciles (Huesca).

³⁹ Luis Sorando Muzás, *Antecedentes y evolución de las banderas en España (1700 – 1978)*. Internet, página de Vexilología militar.

batallones que hasta entonces habían formado el Real Cuerpo de artillería, pasaba a convertirse en regimiento independiente, si bien seguirían todos usando sus anteriores banderas, blanca la Coronela del 1º y sencillas azules todos los demás batallones de todos los regimientos.

El 15 de Julio de 1806, y a petición de todos los oficiales del Real Cuerpo de Artillería se dispuso la sustitución de sus viejas banderas por otras nuevas, que serían: para el primer batallón de cada Regimiento una Coronela azul celeste, con las armas del Rey y las de Godoy en su centro, y una bomba encendida en cada esquina; y otra sencilla blanca, con aspa roja y trofeos artilleros para los segundos batallones.

En 1808 se produjo la caída en desgracia de Godoy, y las Coronelas con su escudo fueron reunidas y quemadas en Madrid, volviendo cada Regimiento a recibir sus banderas anteriores».

Con respecto al vestuario, el mismo autor Luis Sorando nos decía que:

«su uniformidad, atendiendo las indicaciones del Estado Militar de España de 1808, es la siguiente: Casaca, chaleco y calzón azul turquí; polainas negras; vueltas, cuello y forro, vivo encarnado; dobles carteras verticales en los faldones y la vuelta abierta y con portezuela azul; bicornio negro, con escarapela con los colores de la bandera nacional y pluma roja; una bomba a cada lado del cuello. Los correaes son blancos y los artilleros van armados con mosquete largo, bayoneta y machete corto».

El arte de la Tormentaria y de la Bombardería está presente en España desde hace ya lejanísimos tiempos, aunque se puede asegurar que fue a partir de mediados del siglo XIX, cuando la Artillería se hizo efectiva en nuestra Nación. Y aunque desde el principio este arte estuvo regulado de una u otra forma, nos centramos en la instrucción de los sirvientes de las

piezas artilleras de campaña, «los ejercicios facultativos»,⁴⁰ para los cañones de campaña, y ataque y defensa de plazas, fue regulada en un principio mediante la Ordenanza de 1752. La artillería naval era también objeto de estudios y adelantos. Uno de estos fue el logrado por el general José de Mazarredo que introdujo la llave de chispa con cazoleta, logrando de esa manera que las piezas tuviesen una mayor velocidad de tiro.

Sin embargo, debido a la multitud de voces que había se decidió en 1777, con motivo de la formación de cuatro compañías nombradas de Artilleros Voluntarios en Segovia, se redujeron los ejercicios a lo más útil y sencillo para que la enseñanza de los soldados no fuera complicada. Los artífices de estas nuevas instrucciones fueron José Autrán, Mayor de las mencionadas compañías, y Francisco de Vallejo, capitán de una de ellas. Estas voces, se ordenó que se cumplieran rigurosamente en los batallones de Artillería. La orden la dio mediante una circular el Conde de Lacy, Inspector y Comandante general del Cuerpo, el 21 de septiembre de 1786. Lacy había sido nombrado Inspector del Arma el 19 de mayo de 1780, al haber fallecido el conde de Gazola unos días antes.

Las voces de mando se redujeron y se editaron nuevas Ordenanzas y nuevos reglamentos (como el *Nuevo de a Pie*), en los años 1762, 1777, 1783 y 1786.

Los entonces capitanes Jorge Juan Guillelmi⁴¹ y Andrada (1734-1809) y Tomás de Morla, con 54 y 40 años de edad respectivamente, fueron

⁴⁰ Martín García y Loygorri, *Colección de ejercicios facultativos para la uniforme instrucción de la Tropa del Real Cuerpo de Artillería*, Imprenta que fue de Fuentenebro, calle de Jacometrezo, Madrid, 1814.

⁴¹ Guillelmi y Loygorri coincidieron en diversas batallas. Se ignora si se conocieron personalmente, pero, a ojos de la historia, sus nombres figuran muy cercanos. Mientras Loygorri se preparaba para combatir en Alcañíz, Guillelmi estaba prisionero en Zaragoza en el castillo de la Aljafería, donde falleció el 9 de marzo de 1809.

comisionados en 1787 por el Conde de Lacy, Director General del Cuerpo en el gobierno de Carlos III, para realizar un viaje de investigación sobre la artillería (y la fundición de materiales) en varios países europeos. Durante al menos cuatro años visitaron países como Francia, Inglaterra, Irlanda, Prusia y Austria, dónde los dos oficiales hicieron escala durante largo tiempo y en donde Morla tuvo tiempo de redactar sus *Apuntes Autógrafos*. La comisión la finalizaron por separado ambos oficiales, ya que mientras Morla regresaba a España desde Italia en 1791, donde se encontraba tomando unas “aguas”, Guillelmi⁴² lo hizo en 1792 después de visitar Holanda donde acudió a realizar un examen sobre la elaboración de la pólvora. Partieron de España con Carlos III, que falleció al poco de iniciar el viaje, y regresaron con Carlos IV.

Nada más llegar Morla de su viaje quiso el Director del Cuerpo, Conde de Lacy, que pusiera en práctica todos los conocimientos que había adquirido destinándolo en un principio a la Fundición y Maestranza de Barcelona, donde dirigió técnicamente la construcción de las piezas de acuerdo con la técnica del francés Gribeauval. Este sistema, que se introdujo en España en esa fecha de 1792 de la mano de Morla, consistía en el diseño de una pieza más ligera y móvil que el sistema Vallière, por lo que se comenzaron a fabricar nuevas piezas y nuevos carruajes de acuerdo con el principio organizativo de separar y distinguir, por medio de los calibres, entre las piezas de artillería de campaña, sitio, plaza y costa.

El número de cañones se aumentó en una proporción de 4 por cada mil combatientes de Infantería y se mejoraron considerablemente las técnicas de la puntería y del alcance: miras ajustables, alzas y un mecanismo de rosca para realizar la elevación del tubo de una forma más eficaz, además

⁴² Fue capitán General en Aragón en 1808 y gobernador militar de Zaragoza. Caballero de la Orden de Santiago y teniente general. Del arma de artillería fue profesor de matemáticas en la Academia de Segovia desde 1781 hasta 1790.

de comenzar una especie de trabajo en cadena, lo que supuso un considerable ahorro en mantenimiento y reparaciones.

En España se construyeron a partir de ese momento y con ese sistema cureñas de batalla de *a* 12⁴³, de *a* 9 y de *a* 4, con algunas modificaciones aportadas por el propio Morla, ya Brigadier del Cuerpo. Entre estas destacaríamos las realizadas en las alzas, escobillones, carros de municiones, almacenes de pólvora, etc., etc.

También se construyeron y se ensayaron morteros cilíndricos de 12 y de 10 pulgadas, pero toda la actividad cesó en 1793 al estallar la guerra con Francia. Morla fue enviado entonces al Ejército de Cataluña donde participó en la lucha a las órdenes del General Ricardos siendo su Cuartel Maestro (en la Guerra de los Pirineos cuando se usó esta nueva denominación de Jefe de Estado Mayor). La artillería que se usó en esta guerra era mayormente del sistema Gribeauval, aunque aún se usaron algunas piezas del Vallière. No obstante hubo de adecuar los ejercicios de instrucción de la tropa a esos nuevos montajes cara a la guerra que irremediablemente se acercaba.

La actuación de la artillería española en la guerra de la Convención impresionó a los enemigos, pues aún les creían que usaban los antiguos carruajes de campaña, tan pesados y embarazosos. Era necesario, por otra parte, que los ejercicios de instrucción fueran unificados pues todavía cada oficial se guiaba por sus conocimientos personales.

Después de la guerra de la Convención se establecieron nuevas fábricas para hacer en todas el mismo tipo de pólvora. Más tarde se organizó la

⁴³ El número significaba el peso de la bala en libras (cada libra era casi medio kilo) que podía disparar cada cañón determinado. Los calibres medidos en centímetros del diámetro de su ánima fueron impuestos en toda la Artillería a partir de 1861.

artillería llamada «*volante o a caballo*», creada por los artilleros españoles en Buenos Aires, que se publicó en las Ordenanzas de 1802. Fue el capitán Vicente Maturana el que en 1777 en el Virreinato de la Plata ideó un sistema de transporte para la artillería que pudiera contrarrestar el movimiento de otras tropas.



Artillería de Ordenanza. Siglo XVIII y primera mitad del XIX.

No obstante, no fue sino hasta después de muchas pruebas y ensayos cuando se estableció en España de la mano de Godoy, creando unidades específicas y piezas *ad hoc*, como el *cañón maniobrero*.⁴⁴ Esta clase de artillería, la *volante* o *a caballo*, fue usada en la campaña de 1795. En esta ocasión fue autorizado su uso por el capitán general José de Urrutia, cuando tomó el mando del ejército de Cataluña, bajo las indicaciones del comandante general del Cuerpo José Austrán. Y aunque imperfecto el uso en esta primera vez, pues se usaron mulas y otras improvisaciones, el resultado final fue satisfactorio, aunque a este tipo de artillería le costó continuar en el ejército.

Sin embargo, en noviembre de 1796 se organizaron dos Brigadas de Artillería *a caballo*, con 8 piezas de *a 4*, 8 carros y 108 caballos, y al año siguiente la Brigada de Artillería Volante del real Cuerpo de Guardias de Corps (se decía que la guardia de Godoy llegó a ser más ostentosa que la del mismo Rey Carlos IV), pero no fue suficiente para rellenar el hueco que presentaba en la organización de la fuerza. Por esta razón en el acantonamiento de Extremadura en 1797 se formó una brigada de ocho cañones de *a 4* que, bajo las providencias del Comandante general Francisco de Vallejo, se organizó y llegó a maniobrar con gran agilidad.

⁴⁴ María Dolores Herrero Fernández-Quesada, "Artillería. Evolución Histórica de los Materiales", en *Aproximación a la Historia Militar de España*, volumen III, Ministerio de Defensa, Madrid, 2006, p. 1131. Para conocer más del citado cañón ver *Boletín de difusión de Artillería*, nº 9-3ª época, primer trimestre de 1982, p. 4. Segovia.

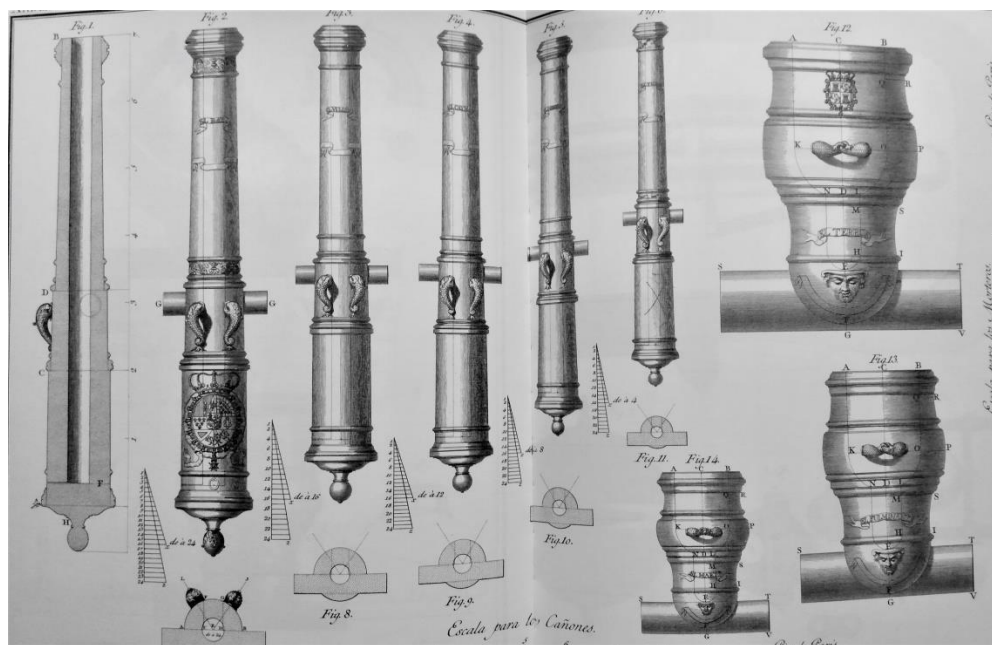


Lámina de Bocas de fuego. *Tratado de Artillería de Morla*, Patronato del Alcázar de Segovia, Segovia, 1996.

Más tarde y una vez desplegada este tipo de artillería por Sevilla y Segovia, no pudo contar con caballos por lo que la instrucción no se pudo realizar adecuadamente, y no fue hasta que por Reales Órdenes de 22 de noviembre de 1810 y 13 de marzo de 1811, se crearon seis Escuadrones.

En 1797, con la intención de unificar los principios de la instrucción, se publicaron 4 Reglamentos de nueva organización del Cuerpo de Artillería en los que participó activamente Morla. Fueron los relativos a *su fuerza y organización; funciones, ascensos y salidas de sus oficiales; su estado político, o de cuenta y razón y sobre los uniformes, armamento, pagas y prerrogativas* y fueron remitidos a Godoy en el mes de junio de 1797, pero

los sucesos en los que se vio envuelta la corte española en meses sucesivos, impidió llevar a efecto ninguna reforma.

La enseñanza que el artillero debía recibir y aprender, además de la clásica del infante, para que el oficial pudiera cumplir con la misión que se le encomendaba, albergaba conceptos tan dispares y distintos como: trabajos de las minas y de varias especies de baterías; la construcción de salchichones y cestones; las diferentes clases de cartuchos; la de cargar espoletas, lanzafuegos y otros fuegos artificiales y apilar balas y bombas, con otros trabajos de parque. Así como todos los ejercicios facultativos para manejar las piezas de sitio y plaza, costa y batalla y la de *a caballo*. Sabrá los conceptos y los principios generales por los que deben seguirse los movimientos de acuerdo con la caballería e infantería. Debía aprender todo lo relativo a la puntería de la pieza: maniobra de la cabria; para mover la artillería el cabrestante (máquina con la que se puede arrastrar o atraer grandes pesos y vencer fuertes resistencias), la escaleta, el gato o krich (máquina más simple y fuerte que se ha imaginado para levantar grandes pesos) y el trinquival.⁴⁵ Y fórmulas algebraicas para el cálculo de las pilas de bombas y balas, usando tablas calculadas.

En 1802 se publicó la Ordenanza del Cuerpo elaborada por el estado Mayor de Godoy bajo la dirección de Morla, que fue completada y ampliada en 1806 con un Reglamento de nueva constitución. También en el mes de septiembre de ese año, la casa Palacio de Monteleón fue entregada al Real Cuerpo para que se instalase en él el Parque, el Museo⁴⁶

⁴⁵ El trinquival era un carro de dos ruedas a semejanza del juego delantero de las galeras que servían para conducir artillería y otros efectos. (Estado Mayor Central del Ejército, *Nomenclátor Histórico-Militar*, Servicio Histórico-Militar, Madrid, 1954, p. 357.)

⁴⁶ Francisca Hernández Hernández, "El discurso museológico en los museos militares: génesis, conceptualización y narrativa museológica", en *Revista de Museología*, núm. 37, Asociación española de Museólogos, Madrid, 2006, p. 11. Ver también María Dolores

Militar y el Cuartel de Tropa de la Artillería de Madrid. El más inmediato antecesor del Museo fue el Arsenal de Artillería de Madrid, creado en 1756. Finalizada la guerra de la Independencia, el museo de Artillería se instaló en el Palacio de Buenavista de Madrid gracias a las gestiones de Loygorri y de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La organización del Cuerpo en la Guerra de la Independencia era un Estado Mayor y cinco regimientos a pie, a diez compañías cada uno y una brigada maniobrera, bajo el mando de un Director General, que en esas fechas era Tomás de Morla que sustituyó al mismísimo Godoy. Godoy había sido nombrado a través de las ordenanzas del Cuerpo de 22 de julio de 1802 y por las del Colegio reformadas en 1804, que se dispuso que fuera Director de éste, el que fuera Director General del Cuerpo.

De las cuarenta compañías, seis eran acaballo, diecisiete eran fijas en las plazas de guerra, y cinco obreras que prestaban servicio en los Parques y en las Maestranzas.⁴⁷ En total eran 6.550 (388 oficiales) los hombres entre oficiales, artilleros y soldados los que componían el Cuerpo en España. Los caballos eran 317. Y además había que tener en cuenta una División desplegada en el norte, que tenía 24 oficiales y 455 artilleros.

Este conjunto de hombres y material se encontraba repartido en los 5 departamentos de la península, de los diecisiete que existían. El primero estaba en Barcelona, el segundo en Cartagena, el tercero en Sevilla, el cuarto en La Coruña y el quinto en Segovia. Los doce restantes estaban en

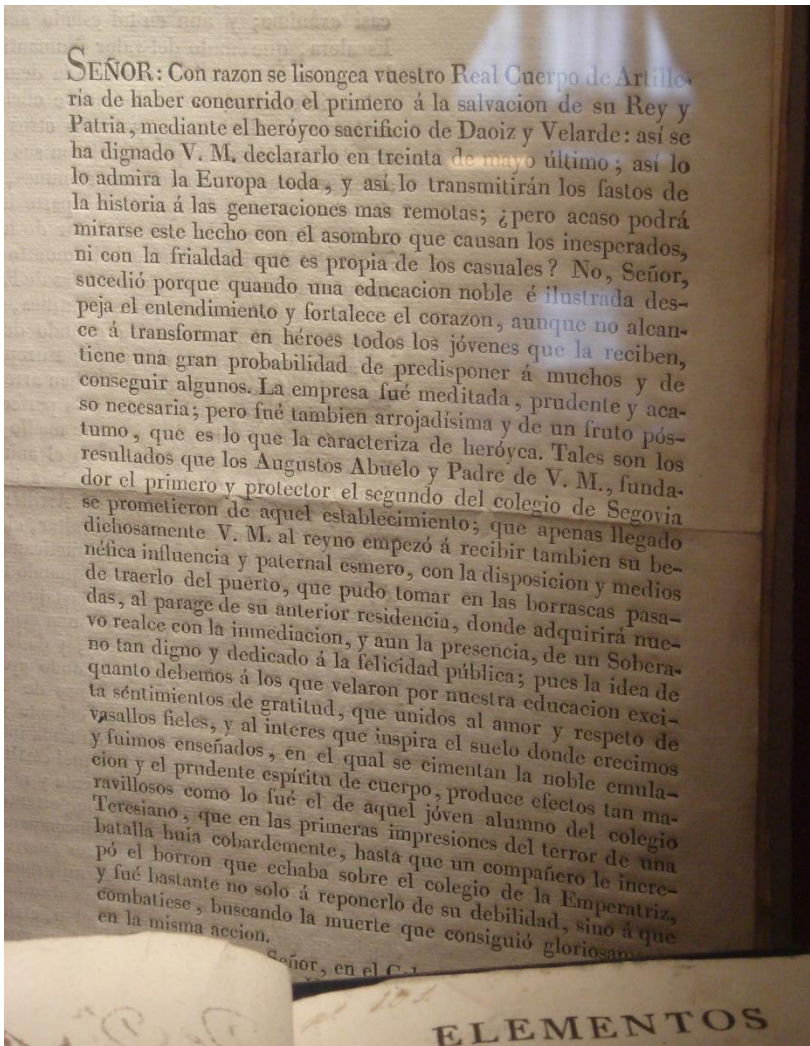
Herrero Fernández-Quesada, "La presencia artillera en el Museo del Ejército. Historia y colecciones" en *Militaria. Revista de Cultura Militar*, nº 9, Servicio de Publicaciones, UCM, Madrid, 1997.

⁴⁷ José Gómez de Arteche y Moro, *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814*, Tomo I, Madrid, 1878, p. 480. José Gómez de Arteche fue oficial del Cuerpo de Artillería y del Cuerpo de Estado Mayor y también escribió y publicó en 1884 *El luto del 2 de Mayo*.

Indias: México, Yucatán, La Habana, Cartagena de Indias, Caracas, Guatemala, Puerto Rico, Buenos Aires y Lima; en Filipinas y en Las Islas Canarias Todos y cada uno estaban bajo la responsabilidad de un subinspector.

Todo el personal artillero era mandando por el Director General del Real Cuerpo de Artillería de España e Indias, que transmitía sus órdenes a través de un general del Cuerpo, que era el jefe del Estado Mayor. El total de piezas con que contaba la artillería en las vísperas del 2 de mayo de 1808 era, según María Dolores Herrero,⁴⁸ 9.122 de bronce entre cañones, morteros, pedreros y obuses.

⁴⁸ *Al pie de los cañones*, op.cit.



Inicio de la carta enviada por Loygorri al rey Fernando VII.
Academia de Artillería de Segovia.

La Artillería de Batalla

Los cañones que formaban este tipo de artillería eran los cortos de los calibres *de a 4*, *de a 8* y *de a 12*, los obuses de *a 6* y sin olvidar las de *a caballo*. Su principal objetivo era batir a las tropas enemigas en ataque y en defensa.

Sobre el conjunto de la artillería y la participación de Loygorri, Carlos Jesús Medina Ávila⁴⁹ nos dice en su trabajo que

«Al invadir Napoleón la Península Ibérica, la artillería —incluidas las fuerzas expedicionarias del marques de la Romana en Dinamarca— cuenta con 4 regimientos, 3 brigadas y 15 compañías fijas y la plana mayor del cuerpo. La guerra de la Independencia hace imprescindible la organización de nuevas unidades para atender a las operaciones, muchas veces por iniciativas particulares de algunos jefes o de las mismas juntas provinciales. De entre todas, la Brigada Maniobrera, creada el 27 de octubre de 1808, y los batallones de tren, organizados en 1813 a propuesta del director general Martín García Loygorri, son las que mayor trascendencia tendrán posteriormente en la evolución orgánica del Real Cuerpo».

Esta artillería, la de batalla, requería una particular destreza y ánimo en los sirvientes, ya que normalmente y regularmente eran blanco de los fusiles enemigos, sus objetivos eran móviles y de poco fondo, y tenían que atender, guardar y proteger las municiones. Además de que tenían que estar pendientes de los carreteros y muleros, para que no faltasen en el preciso instante en que debían mover las piezas de un lugar a otro del campo de batalla. Estas figuras, los muleros, fueron contempladas a partir

⁴⁹ Carlos Jesús Medina Ávila, “La actividad científica y técnica del Real Cuerpo de Artillería en la España del XIX”, en Manuel Silva Suárez, ed., *TÉCNICA E INGENIERÍA EN ESPAÑA, IV, EL OCHOCIENTOS. Pensamiento, profesiones y sociedad*, Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, p. 649.

de 1813 cuando se regularon su uso haciéndoles miembros de Batallones a todos los efectos de disciplina.

En un combate defensivo como el que nos ocupa a continuación, las piezas de mayor calibre y de peor movilidad debían asentar en los parajes mejores para atacar al enemigo en los lugares de más fácil acceso. Sus efectos a corta distancia eran mucho más efectivos al tener sus cartuchos de metralla más balas.

En cuanto a lograr la mayor la eficacia de los fuegos, no se debía romperlo a más de cuatrocientas toesas (5,1307 toesas francesas equivalen a diez metros; lo que equivale una Toesa a 1,949 metros) del enemigo, ya que a esa distancia todavía eran de consideración los rebotes de las balas. Las cargas que se usaban para los cañones de *a* 12, de *a* 8 y de *a* 4 con bala rasa eran de cuatro, dos y media y una y media libras de pólvora; y con metralla en botes de hoja de lata de cuatro y media, dos tres cuartos y una tres cuartos libras, porque estos pesaban más que la bala de su calibre respectivo. En los obuses de *a* 6 pulgadas⁵⁰ se empleaban regularmente de 20 a 24 onzas⁵¹ de pólvora para disparar la granada, y de 26 a 28 para la metralla, siendo únicamente 30 onzas las que cabían en la recámara.

El total de piezas con que contaba la artillería en las vísperas del 2 de mayo de 1808 era, según María Dolores Herrero,⁵² 9.122 de bronce entre cañones, morteros, pedreros y obuses. Desde el 1 de abril de 1804, la artillería española ya presentaba en los cuellos de los uniformes de sus componentes la categórica y distintiva bomba; y desde el 15 de julio de 1806, los regimientos tremolaron Coronelas Azules celeste con las armas del Rey y las de Godoy en su centro, y una bomba encendida en cada

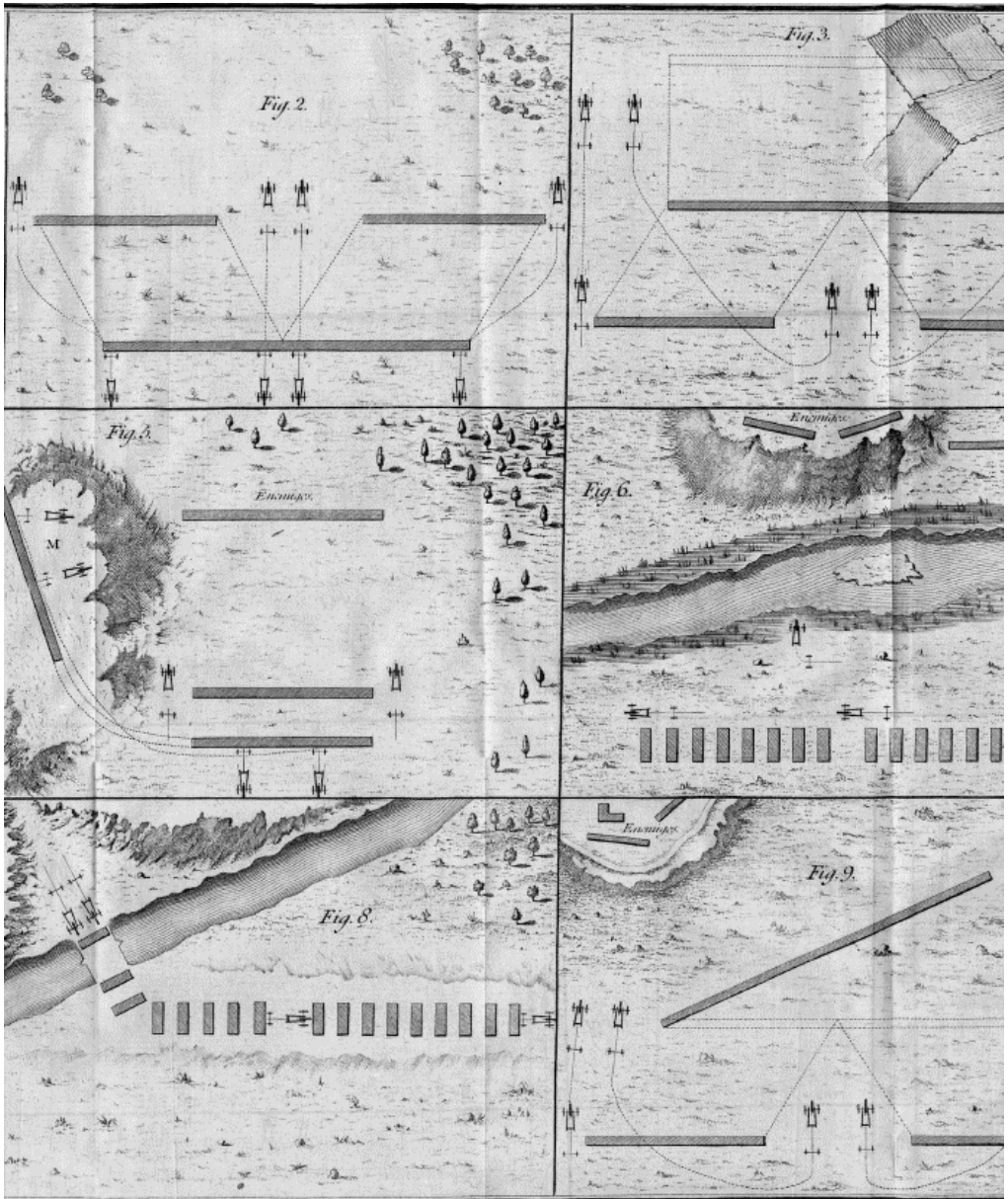
⁵⁰ Una pulgada equivalen a dos centímetros y medio.

⁵¹ Una onza son unos 28 gramos.

⁵² Al pie de los cañones, op.cit.

esquina; y otra sencilla blanca, con aspa roja y trofeos artilleros para los segundos batallones. Pero cuando desapareció Godoy, cada unidad volvió a disponer de las suyas anteriores.⁵³

⁵³ Luis Sorando Muzás, *Antecedentes y evolución de las banderas en España (1700 – 1978)*. Internet, página de Vexilología militar.



Ejercicios de despliegues de la artillería en campaña

Ocupación de Alcañiz por los franceses

A finales del mes de diciembre del año 1808, el día 26, se organizó por las fuerzas españolas lo que se llamó el *Cordón de Samper de Calanda*. El coronel Pedro Elola desplegó más de dos mil hombres⁵⁴ del Corregimiento de Alcañiz entre Vinaceite hasta la Zaida, con el objetivo de defender la entrada a Zaragoza por esa vía de comunicación y defender la ciudad de Alcañiz.

La ciudad de Zaragoza había sucumbido ante el asedio francés en el mes de febrero de ese año de 1809. Una vez ocupada Zaragoza por las tropas francesas, el general Lannes se fue a Francia para luchar contra Austria, y el general Moncey fue reemplazado por el general de división Louis Gabriel Suchet (1770-1826), conde de la Albufera, en el mando del Tercer Cuerpo, suprimiéndose el octavo de Junot, cuyas tropas se distribuyeron entre los cuerpos del mariscal Víctor, duque de Bellou, y Sebastiani, que se encontraban en el río Tajo.

Mientras tanto, la localidad turolense de Alcañiz había sufrido un asalto, el 26 de enero de ese mismo año, por la columna del general Pierre Wathier (1770-1846), conde de San Alfonso, donde murieron al menos 185 vecinos y 400 soldados imperiales. Otros muchos alcañizanos consiguieron fugarse, como fue el caso del gobernador de la plaza, el brigadier Vicente Bustamante, pero que fue muerto por sus compatriotas en La Fresneda al confundirlo con un traidor. No obstante esta circunstancia, su viuda solicitó la honorabilidad de su marido, que fue aceptada mediante la Real Orden del 6 de marzo de 1819.

⁵⁴ Herminio Lafoz, Instituto Avempace, Zaragoza. Luis Antonio Pellicer Marco afirma por su parte que el número de hombres desplegados en el Cordón fueron del orden de seis mil. (Boletín nº IV de I.C.B.A. *Alcañiz con el gobierno francés, 1808-1814*).

La columna de Wathier, formada por 2.000 soldados de infantería, 600 caballos y tres cañones y un obús de artillería, se encontraba en el mes de enero por la zona en busca de provisiones para las tropas que asediaban Zaragoza. Fue continuamente hostigado por las guerrillas y fueron estas acompañando a los habitantes alcañizanos, los que les hicieron frente sucumbiendo ante ellas.

Desde Fuentes de Ebro atacó el *Cordón* obligando a sus defensores a replegarse hacia Puebla de Híjar, primero, y a Alcañiz, después (además de a Caspe y Mequinenza), donde Elola intentó hacerse fuerte construyendo trincheras y barricadas. Pero no pudo impedir el asalto de la caballería de Wathier desbordando todas las barricadas que encontró a su paso.

Los defensores de Alcañiz solo sumaban unos 1 500 hombres. De ellos, unos setecientos, salieron al encuentro de los franceses armados con lanzas y escopetas, recibiendo aquellos un importante castigo. Una vez en el interior de la localidad, a la que habían entrado los franceses por la zona del matadero, los intercambios de disparos fueron constantes y muy nutridos. Se peleó en la calle Mayor y en la plaza del Carmen donde el heroísmo de los naturales se dejó notar. Miguel Rufí, por ejemplo, vivía en la calle Mayor 9. Desde ella, con dos escopetas cargadas por su mujer, causó varias bajas al enemigo; y Tomás Barrera, presbítero sochantre de la Capilla Real, desde su balcón en la plaza del Carmen 17, animó a sus conciudadanos a seguir combatiendo. Murió mientras descargaba su arcabuz.

Alcañiz, la Muy Leal, título concedido más tarde, fue ocupada por las tropas francesas algo más de dos meses, durante los cuales saquearon y violaron cuantas joyas arquitectónicas encontraron. Orfebrería de plata de la iglesia parroquial, reliquias de San Vicente Ferrer, destrucción del Archivo Provincial, agresiones en el Castillo Calatravo, etc., etc.

Después de la Batalla de Alcañiz, los franceses volvieron a ocupar la ciudad donde permanecieron hasta que en 1813 es liberado la mayor parte de Aragón. Suchet, mediante un decreto de 1812, se le asignó rango provincial.

Batalla de Alcañiz, 23 de mayo de 1809.

Apenas cuatro meses más tarde de la toma de la ciudad de Alcañiz por los franceses, se produjo la batalla del mismo nombre.

Para explicar el desarrollo de este combate vamos a tener como eje de guía la carta que el general Luis Palafox y Melci, marqués de Lazán, segundo en el mando a las órdenes de Blake en esta acción, escribió a su prima la Condesa de Bureta, contestándole a otra enviada por ella el pasado día 12 de ese mes de mayo de 1809.

Lazán se había separado de Reding con la intención de auxiliar a su hermano en el Segundo Sitio de Zaragoza y pasó por Monzón a primeros del mes de marzo de 1809, pero se detuvo en la sierra de Alcubierre al conocer que una columna francesa le iba a hacer frente. Retrocedió de nuevo hacia Cataluña, yendo por Tortosa.

El general Blake, que había sido nombrado, al haber muerto Reding, jefe del 2º ejército de la derecha (también llamado ejército reunido de Navarra y Aragón) como ya hemos apuntado, se presentó en Morella el 19 de mayo donde se le incorporó la división aragonesa del general Lazán, y todos juntos siguiendo el río Ebro se dirigieron a Zaragoza. La ciudad de Morella auxilió a todo este ejército con todo tipo de provisiones tenía almacenado para su uso particular.

En la noche del 22 al 23 de mayo, el marqués comenzó a escribir la carta pero fue interrumpido al tener constancia de la cercanía de los franceses, cosa que barruntaba batalla. Al día siguiente y una vez concluida ésta, continuó escribiendo a su prima contándole ya las vicisitudes de la misma.

De la lectura de ella, complementada con otras muchas informaciones, averiguamos que el general Joaquín Blake y Joyes había sido nombrado en esas fechas por la Junta Suprema, capitán general de Aragón, Cataluña y Valencia. Después de la rendición de Zaragoza, la Junta Central tomó como base del ejército que estaba reorganizando a la división de Lazán, que se encontraba en Tortosa, y organizó el 2º ejército (el de la derecha o también llamado el de Aragón y Valencia) para mantener a raya al tercer ejército francés, acantonado en Zaragoza a las órdenes de Suchet. Esto ocurrió el 27 de marzo de 1809. Se compuso en un principio con tropas del general Roca, acantonadas en Morella, y con las de la división de Lazán.

Por otro lado, las guerrillas españolas aparecían ya por todas partes. Concretamente en Barbastro y en Monzón ya habían castigado duramente al enemigo.

Blake abandonó Tortosa el 7 de mayo y se dirigió con su ejército a Alcañiz. Todos ardían en deseos de volver a un Aragón que poco a poco iba recobrándose de la pérdida de la capital. Los franceses de la 1ª División del general Anne-Gilbert Laval, más de 6000 infantes, 500 jinetes y seis piezas de artillería, en cuando notaron la cercanía de los españoles en Valdealgorfa y después de un combate entre las vanguardias, la española la mandaba Tejada, huyeron precipitadamente abandonando ambas plazas y dejando sobre el terreno mucho de su equipo: mochilas, armas “y cuanto tenían, para correr con más libertad”.⁵⁵ Las tropas francesas, que salieron el 18 de mayo de Alcañiz, estaban acantonadas, además de en esta ciudad, en un largo trecho hasta la ciudad de Barbastro.

⁵⁵ M. de Pano, “Carta de Palafox a la Condesa de Bureta”, en el periódico *El Noticiero*, 23 de mayo de 1909, Zaragoza, 1909.



Plano de la Batalla de Alcañiz. SG.Ar.F-T.5-C.5-213.
Biblioteca virtual Defensa.

Blake, que había entrado en aquella al día siguiente, persiguió a algunos de sus enemigos que huían, matándolos o haciéndoles prisioneros. En su marcha los franceses se concentraron en Híjar, Samper y La Puebla y todos creían que en cuanto recibiese Blake refuerzos, irían hacia ellos a atacarlos. Pero no fue así. El general prefirió reorganizar sus fuerzas y esperar.

Esta acción la reflejó él mismo en su informe:

“Con fecha de 21 del corriente mes de Mayo, la evacuación de Alcañiz por los enemigos ha sido un éxito y su retirada a Híjar, Puebla de Híjar, y Samper, en donde en este último dejó un destacamento de consideración; el 21 envié a D. Casimiro Loy, teniente coronel de Húsares españoles con 800 caballos y 200 voluntarios de Valencia para un reconocimiento del enemigo, verificó, atacando Samper, retirándose a la Puebla de Híjar”.

La caballería usada en el reconocimiento fue la del regimiento de Santiago. Cuando entraron en Samper, al haberse ido los franceses volcando los ranchos, solicitaron del alcalde raciones de comida para poder volver a Alcañiz. Pero cuando los franceses regresaron al pueblo «arcabucearon» al alcalde por haber atendido la petición de alimentar a los españoles.

En esas fechas las bajas por enfermedad eran acuciantes entre los españoles. Y si no hubiera sido por esto serían, según Palafox, del orden de 20.000 los soldados en armas con los que hubiera podido contar.

En la noche del 22 al 23, las avanzadillas españolas al mando de Pedro de Tejada, desplegadas en las peñas de Borrita, a unos 10 kilómetros de Alcañiz, vieron cómo un numeroso ejército francés a las órdenes de Suchet se dirigía hacia ellos con ánimo de atacarlos. Suchet, que mandaba el III Cuerpo de Ejército al que con habilidad le hizo volver a ser una «Máquina

de guerra», se había puesto en camino desde Zaragoza nada más tomar el mando de las fuerzas de esa guarnición, tres días antes, y enterarse de lo ocurrido. Su intención era recuperar la Plaza y dar un escarmiento a los españoles.

Suchet, que había dejado en Zaragoza una pequeña guarnición, para mantener el orden y asegurar las comunicaciones, venció a la vanguardia de Blake que tuvo que retroceder dejando al menos 50 prisioneros. A las seis de la mañana del 23 de mayo Suchet se presentó ante la ciudad de Alcañiz.

Toda la guarnición ya se había puesto en alerta y a las cuatro de la mañana los generales salieron de Alcañiz para dirigirse al campamento, ocupar las alturas pertinentes y organizar la fuerza que les debía hacer frente. Es de suponer que la tropa estaba pasando la noche al raso ocupando ya sus puestos de combate y formando vivaques de conveniencia, encendiendo fuegos para calentarse, ya que solo disponían de su capote para abrigarse, y cocinando alimentos.

Nos imaginamos a los trenes de artillería moviéndose por el campo a las órdenes de los muleteros y capataces contratados, dando sus gritos de aliento a los mulos (había una gran escasez de caballos) para desplazarse al sonido de los látigos y llegar al lugar convenido, donde los cañones con sus municiones eran entregados a los artilleros a pie.

En el III Reglamento del Cuerpo de 1797, se especifica que para tener un buen servicio de tren de campaña se debían disponer de muleteros que «cuiden, guarnezcan y gobiernen las mulas empleadas en él». Se logró así disponer de una Artillería de Campaña maniobrera, aunque la tropa de artillería continuaba a pie y el transporte se llevaba a cabo con ganado y carreteros contratados e independientes de las tropas, a las que

entregaban las piezas de artillería cuando llegaba el momento de emplearla.

A las seis de la mañana ya se daban vista ambos ejércitos.

Fuerzas enfrentadas⁵⁶

Francesas

Las fuerzas de Suchet eran las formadas por las Divisiones 1ª y 2ª al mando respectivo de Laval y de Louis François Félix Musnier de la Conserverie (8 de enero de 1766 – 15 de noviembre de 1837), del Tercer Cuerpo de ejército francés, apoyadas por la caballería de Wathier y doce cañones de artillería.

Las Brigadas de Laval fueron la 1ª del general Montmarie, con los regimientos de línea 14 y 44; la 2ª del general Chlopiski, con los 5º Ligeros y 2º y 3º del Vístula. Y las de Musnier, la 1ª del general París, con los números 114 y 115 de línea; la 2ª del general Vergés, con los 121 y 1º del Vístula, 4º de Húsares y Lanceros Polacos.⁵⁷ 8 compañías de artillería con 20 piezas y 8 compañías de tren. Además de 3 compañías de Minadores y 6 de Zapadores.

⁵⁶ El brigadier Antonio Burriel envió al mando del 2º Ejército de la Derecha, general Blake, un estado de fuerza de su unidad al día 5 de mayo, así como copias de los estados de fuerza del ejército francés a fecha del 8 de mayo de 1809.

⁵⁷ Ver Jan Stanislaw Ciechanowski, "Aspectos militares de la participación polaca en la Guerra de la Independencia española. Los Lanceros del Vístula", en *Actas del VI Congreso de Historia Militar. La Guerra de la Independencia Española: Una visión militar*, Volumen I, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.

En total, se podría afirmar que Suchet llevó a Alcañiz un total de 12 000 hombres, incluyendo un batallón del 64 de línea y varias compañías de Cazadores del 40º.

Españolas

Contra estas fuerzas se habían formado, con la reunión de las tropas de Perenna, Lazán y valenciana de Llamas, otro grupo español llamado de Valencia y Aragón, al mando del general Blake, que vino de Tortosa a ponerse a su frente, deseando vengar la suerte de Zaragoza. Este ejército lo organizó de la siguiente forma:

Primera columna al mando del teniente coronel Pedro Hernández de Tejada.

Voluntarios de Valencia: 7 jefes y oficiales y 347 de tropa.

2º Batallón del regimiento de Fernando VII, con 13 y 260.

Dos compañías de Granaderos de América núm. 14 con 6 jefes y oficiales y 240 de tropa.

Dos compañías de Granaderos de suizos de Trasler núm. 5 con 6 y 240.

Segunda columna al mando del coronel Martín González de Menchaca

2º batallón de Cazadores de Valencia, con 12 y 661

1º batallón de Voluntarios de Zaragoza, con 32 y 556

Tercera columna del teniente coronel Manuel Carbón.

Tiradores de Daroca, con 42 y 447.

Tiradores de Doyle, con 22 y 275.

2º batallón de voluntarios aragoneses, con 25 y 189

Compañía de Tiradores de Cartagena, con 2 y 62.

Cuarta columna del coronel José Cucalón
Batallón reserva de Aragón, con 57 y 1 104.
1º Tiradores de Murcia, con 68 y 592.

Quinta columna del coronel Ramón Pérez
Regimiento Valencia, con 39 y 1 674.

Sexta columna del coronel Luis María Andriani.
Tercer Batallón de Saboya núm. 6, con 12 y 307.
Segundo Batallón América núm. 14, con 13 y 544.

En el Parque de Artillería, tercer batallón de América 14, con 13 y 544.

Caballería con el Brigadier Ibarrola

Regimiento de Santiago con 15 oficiales, 199 de tropa con 187
caballos (dos escuadrones).

Húsares españoles, con 14 y 154 con 145 caballos (dos
escuadrones).

Húsares de Olivenza, con 3 y 92 caballos (un escuadrón).

Artillería

Seis cañones *a caballo*, con 4 oficiales, 95 hombres y 75 caballos.

Trece montados con 9 oficiales y 150 hombres.

Un pequeño parque.

Además de 6 jefes y oficiales de Ingenieros y 44 Zapadores, y la partida
suelta de Guijarro con 160 a pie y 59 montados, con misiones de guías y
exploración y reconocimiento.

En total no se llegaba a sumar los 10.000 hombres con una organización
muy heterogénea. Exceptuando las tropas de América, Saboya y Traxler,

Caballería y Artillería, el resto eran cuadros en formación que no se podían enfrentar a los veteranos de Jena, Austerlitz y Friedland. Sin embargo, Blake se puso enfrente de las tropas francesas.

El despliegue

A eso de las siete de la mañana, y con las primeras luces, aparecieron en el paisaje los casi ocho mil⁵⁸ infantes franceses a los que acompañaban más de 600 caballos y cuatro piezas de artillería, ya en orden de combate.

Las tropas de Blake desplegaron sobre tres lomas situadas al Oeste de la ciudad de Alcañiz: el cerro de la Virgen de los Los Pueyos de Fórnoles, el cerro de las Horcas y la loma Perdiguer, en una extensión de cuatro kilómetros, poniendo sus avanzadas en las Peñas de Borrita, a unos diez kilómetros de Alcañiz. Otras lomas eran las del Corral de la Mano y el cerro de Santa Bárbara.

La primera, el cerro de la Virgen, estaba a dos kilómetros del puente sobre el río Guadalope y separada de las otras dos por un pequeño valle que daba paso a un canal de riego que comunicaba la laguna llamada La Estanca con el río. Sin embargo, el despliegue de las fuerzas españolas cometieron un terrible error: hacerlo con el río Guadalope a su espalda y con un solo paso, un solo puente, sobre el mismo. Su objetivo estaba claro: o vencían o morían, ya que la maniobra de retirada, en caso de producirse, hubiera sido imposible el hacerla tranquila y ordenada.

⁵⁸ Conde de Toreno, *Guerra de la Independencia. El 2 de mayo de 1808*, volumen III, Círculo de Amigos de la Historia, Editions Ferni, Genève, 1974, p. 92.

Por otro lado, el despliegue español contaba con la gran ventaja que, en caso de victoria sobre las armas francesas, la explotación del éxito podría hacerse con total comodidad ya que el terreno que tenían a vanguardia era suave y ondulado sin lugares propicios para esconderse las tropas enemigas.

El general Blake contaba con un total de 8.176 infantes y 481 caballos⁵⁹ pertenecientes a la división valenciana de Morella y aragonesa de Tortosa. De ellos, la proporción de Infantería con respecto a los franceses era mayor, igual la de artillería e inferior la caballería. Fue su segundo en el mando durante toda la guerra el teniente coronel Antonio Burriel de Montemayor (1777-1834).

En el primer cerro, donde se encuentra la ermita de la Virgen de los Pueyos de Fórnoles, barroca, construida en el siglo XVII, el de mayor cota, que será el ala derecha del despliegue español, tomaron posiciones los soldados, la mayoría de ellos aragoneses, pertenecientes a los cinco batallones de la Brigada del General Juan Carlos de Areizaga⁶⁰ (Barón de Areizaga), veterano de la Guerra de la Convención. Las fuerzas pertenecían a los batallones de Daroca, a las reservas de Aragón, Tiradores de Murcia y 2º de Voluntarios Aragoneses, que debían amenazar el flanco izquierdo de los franceses si se atrevían a vanzar hacia la ciudad y sus defensas.

Pedro Tejada desplegó sus fuerzas: un batallón del regimiento *Fernando VII*, 300 hombres del batallón de *Voluntarios de Valencia*, dos compañías

⁵⁹ Conde de Toreno, *op.cit.*, p. 92.

⁶⁰ El general Areizaga tenía mucha experiencia en combatir a los franceses extraída de sus acciones en la Guerra de la Convención (1793-1795), como así lo demuestra la petición que le hicieron los generales Blake, Infantado y Mendizabal sobre cuál era la mejor manera de atacar a los franceses que se habían concentrado en la ciudad de Vitoria después de la batalla de Bailén. A mediados de 1808, Areizaga vivía como coronel retirado en Goizueta (Navarra).

de granaderos del regimiento *América* y otras dos de granaderos suizos de Traxler, en las alturas de Tiro de Cañón.

Los siete batallones, valencianos de la columna 2ª, del general Pedro Roca lo hicieron en Perdiguier (cabezo o cumbre baja de Rodriguer), con dos baterías apoyándose en esas alturas; y en el centro (Cerro de las Horcas) (Capuchinos) se estableció el puesto de mando de Blake con las seis piezas de artillería desplegada en vanguardia, las tropas del Marqués de Lazán, segundo de Blake; el Brigadier José Obispo, mayor general de infantería, y la mayor parte de la Artillería al mando del Brigadier Loygorri, comandante general de la artillería. Justo enfrente y a vanguardia del puente que comunicaba el campo de batalla con la ciudad de Alcañiz.

Las piezas debieron de asentarse en alturas poco elevadas desde “donde rasen o barren la campaña”, tal y como decía el reglamento que las mejores alturas para el cañón y fusil “son colinas de quince a veinte pasos de elevación sobre un declivio de cuatrocientas (sic) toesas”.

La Caballería del coronel Martín González de Menchaca, formada por destacamentos de los Regimientos de Santiago, Olivenza y Húsares Españoles, se ocultó en unos olivares cercanos, del cerro Perdiguier, en el ala izquierda del despliegue defensivo, pero un poco adelantada para atacar el flanco derecho de los franceses, caso de amagar un ataque central.

Los combates

Suchet, que siempre estudiaba el terreno enemigo y su despliegue (que si era desventajoso, rehuía el combate) antes de ordenar cualquier ataque buscando el fallo del enemigo, se dio cuenta del error que habían cometido los españoles al haber desplegado con un río a su espalda y con un único punto de paso. Este despliegue español era muy bueno en caso de victoria, pero tremendamente peligroso en caso de derrota.

La idea de maniobra francesa fue entonces la de atacar en profundidad el centro, el puesto de mando, con la idea de tomar el puente e impedir el repliegue de las alas españolas. De esa manera, creía, tomaría una gran cantidad de prisioneros. Pero para distraer las fuerzas de las alas de sus oponentes, planificó a sí mismo sendos ataques de diversión a las lomas extremas: Los Pueyos y Perdiguier.

Suchet en sus memorias escribió:

«El examen de la posición hacía esperar que de apoderarnos de la colina de Las Horcas que, situada delante del desfiladero del puente y las avenidas de la ciudad, cubría el centro de la línea española, la defensa de las alas decaería sin grandes esfuerzos de nuestra parte, lo cual permitiría hacer muchos prisioneros».

Reunido en Hajar todo el ejército de Suchet, comenzó el ataque a las siete y media de la mañana, después de haber sido revistadas tanto sus tropas como las del general Laval.

El primer objetivo a conquistar por las brigadas de Caballería del General Wathier y las de Infantería de Laval fue la loma de los Pueyos. Quisieron apoderarse de la ermita de Fórnoles y la atacaron por el frente y por el flanco derecho por la cañada de Valdehueso, a la vez que ocupaban

las alturas próximas. Dos columnas francesas bien compactas, al menos 900 granaderos con el arma al brazo, avanzaron a paso de carga contra las filas españolas desde Cerro del Portel, la de la derecha, y la otra por el flanco izquierdo tratando de envolver los Pueyos.

Sin embargo los soldados españoles a las órdenes de Areizaga consiguieron desbaratar el ataque, en el que la Artillería cooperó con sus fuegos en tiro oblicuo con un obús, donde «una bala arrojada con mucha velocidad, y cuando más a dos o tres grados de elevación, recorre de primer golpe y de rebote una gran parte de la línea, causando los estragos que deja conocerse».

Muy posiblemente la táctica que utilizaron los infantes franceses fue la denominada «tiro de metralla». Esta se basaba en la diferencia del alcance de los mosquetes de la infantería y de los cañones de artillería. Las baterías se asentaban fuera del alcance de los mosquetes de la posición que se debía conquistar y atacar con ellas usando unas cajas cilíndricas llenas de explosivo que explotaban al tocar el suelo. El alcance eficaz artillero se estimaba en cuatrocientos metros, y cuando el objetivo estaba ya muy castigado o cuando la infantería bombardeada salía para silenciar a los cañones, era cuando los atacantes atacaban con todo sus medios.

El general Gabriel Jean Fabre (1774-1858), a la cabeza del 114 y del 1º del Vístula, emprendió el ataque de las Horcas, alcanzando con orden el pie de la colina, donde tropezaron con un foso o cortadura que introdujo desconcierto en la columna debiendo detenerse. Todas las columnas francesas iban precedidas de una nube de tiradores y llevaban varias piezas de artillería.

Pero volviendo a la batalla, Suchet mandó repetir la carga a pesar del certero fuego español que diezmaba continuamente las filas francesas:

«que acción tan obstinada y que ataques tan tenaces de parte de los franceses», le decía Lazán a su prima en correspondencia epistolar después de la batalla.

Blake, con el ánimo de distraer al enemigo, ordenó que la caballería de Martín de Menchaca irrumpiese en el centro del despliegue por el flanco izquierdo del atacante. Cazadores de Valencia y el 1º de Voluntarios de Aragón, con la Caballería, rompieron la marcha y atravesando la línea francesa, la cortaron en dos enlazando con las tropas de Areizaga en el caserío de Tella, reconquistado por estos en la persecución de los franceses en su descenso de los Pueyos.

Mientras eso ocurría con la Infantería, la caballería española se dirigió a atacar a la francesa pero sin poder vencer a los duros dragones franceses, teniendo que retirarse a los Pueyos al abrigo de los infantes de Menchaca, que a su vez tuvieron que acogerse en el mismo lugar con los de Areizaga. Esa victoria pírrica animó a los franceses a seguir avanzando con más dureza sobre Los Pueyos, pero los defensores actuaron con mucha valentía y coraje obligando a que les volviesen a dar la espalda.

Acción de la artillería de Loygorri

Suchet cambió de táctica. Ordenó atacar con brío las alas españolas, las lomas de Los Pueyos y de Perdiguer, a la vez que una considerable fuerza de 2.666 hombres, del primer Regimiento del *Vístula* y del Regimiento *114 de Línea*, con el arma al brazo al mando de Fabre, se dirigía rápidamente al centro del despliegue español donde se encontraba el cuartel general de Blake. Fabre había desplegado sus tropas en el Cerro del Hambre, en el centro del espacio.

La Legión del Vístula la mandó el general Józep Grzegorz Chlopicki, que participó en la batalla. Y de este regimiento el general Suchet hizo degradar a un oficial por mala conducta y cobardía frente al enemigo. El 1 de agosto de 1809, figuraban 17 desertores en el primer regimiento, que eran fusilados en cuanto se les capturaba. La mano férrea de Suchet se dejaba notar en todas las unidades, como la del 121 regimiento de línea, que devolvió a Francia a seis de sus oficiales por incapacidad, tanto física como militar.

Los Generales, Areizaga, que defendió heroicamente la ermita de Fórnoles, y Roca, no podían ir en ayuda de su general en jefe al estar empeñados en cruenta lucha. Blake solo disponía de la artillería del Brigadier Loygorri y de las tropas de Infantería de los regimientos *Saboya 6*, *América* y *Valencia* para defenderse. Éstas, a pesar de estar desplegadas en los flancos y que fusilaban materialmente a los franceses, no podían contenerlos emprendiendo algunos de aquellos la huida.

No hay que olvidar que las armas se cargaban por la boca, todas ellas eran de ánima (tubo del cañón) lisa y se atacaba con el baquetón, con el grave inconveniente que si el tiempo era húmedo el cebo quedaba inservible si se mojaba. El mosquete de infantería apenas tenía un alcance

eficaz muy limitado. El fusil de chispa tenía llave de pie de gato que, al actuar sobre el gatillo, golpeaba contra el pedernal y producía una chispa que encendía el polvorín.

La velocidad de fuego que llegaba a alcanzar una tropa bien instruida era de dos disparos por minuto. «A cien metros, con un blanco de la altura de un hombre y un fusil de buen calibre, solo el cuarenta por ciento de los disparos llegaban a destino, y esto en las mejores condiciones de tiro».⁶¹

Las *Bocas de Fuego*, algunas del 2º batallón del 2º regimiento de artillería a pie, se encontraban desplegadas en batería. Eran solamente 19 piezas, seis de ellas de una compañía *a caballo*, situadas unas de otras a diez o doce pasos. Las ánimas eran lisas, de avancarga y con la recámara de menor diámetro que aquella, al mando del Mayor General del Arma Ignacio López Pascual. También disponían de un pequeño parque con todos los repuestos y necesidades de la batalla.

Los artilleros que servían las piezas, 13 oficiales y 245 artilleros, se mostraron impertérritos en sus puestos cumpliendo fielmente las órdenes que les daba su Brigadier, y exactamente cuándo se las daban. El fuego artillero era lento, espaciado, calculado y eficaz. Tan es así que los oficiales franceses al pensar que quizás el motivo de esa lentitud en las descargas se debían a la escasez de municiones, ordenaron avivar la velocidad de la marcha arrollando a las avanzadillas españolas y, mientras se acercaban peligrosamente hasta el foso situado delante de las líneas de piezas, ya daban vivas y hurras porque daban por conquistada la posición.

⁶¹ Zvrikine, A.A. y Chukardín, S.V., “La revolución industrial”, en *Historia de la Humanidad*, Planeta Sudamericana, tomo 7, p. 486, Barcelona, 1977.

Pero en las líneas de piezas nadie se movió. Los tubos estaban a cero cargados con metralla,⁶² la pólvora (la carga) en su sitio y el sirviente con el botafuego encendido en la mano esperando la orden de sus oficiales⁶³ para introducirlo en el oído o fogón. Entre ellos estaban el comandante Pascual de Antillón y Mazo, los capitanes Joaquín de Montenegro, Joaquín Lirón de Robles y Manuel de Zara, y el teniente Juan Calixto Ojeda. Y es muy posible que entre sus filas de mandos estuviese alguno de los 47 subtenientes que salieron del Colegio de Artillería el 4 de enero de 1809, en Sevilla, mientras duraba su deambular por España.

Poco a poco los soldados franceses, dando los gritos de *hurra* presagiando el triunfo, se acercaban más y más... y cuando estaban casi tocando los cañones, se dio la orden de fuego.

La descarga en masa fue tan impresionante que una vez que el humo se hubo dispersado, había en el suelo multitud de soldados que ahogaban el sonido de las siguientes y continuas descargas con sus gritos y lamentos de dolor. Los cañones disparaban uno tras otro sin dejar reaccionar al enemigo, pero dejando espacio de tiempo para la recarga y continuar el fuego. Los sirvientes introducían con celeridad y precisión en las bocas de las piezas la pólvora, el taco de madera y por último el proyectil empujándolo con el atacador. Aunque a lo mejor en esta ocasión emplearon los cartuchos embalados que estaban formados por la bala, el salero o taco de madera adaptado al proyectil y unido a él con unas tiras de

⁶² El bote de metralla era un cilindro de hojalata relleno con bolas de hierro. Esta modalidad de tiro se utilizaba a corta distancia, inferior a 300 metros. La «pollada» era una variante del bote de metralla. Estaba formada por platos de madera y funda de tela embreada. (José Navas Ramírez-Cruzado y Antonio Ostende Barallobre, *200 años de la guerra de la Independencia. 1808-1814. La historia y su enseñanza*, O&R, Editores, Madrid, 2008.

⁶³ E. de Oliver Copons, *El Alcázar de Segovia*, p. 274. *Estandarte. El 46 Regimiento de Artillería en el 150 aniversario de su creación*, Vitoria, 2 de julio de 1952.

hoja de lata, y el cartucho de papel o el saqueto de tela con la pólvora precisa para el disparo y que iba atado al salero.⁶⁴

Al final del siglo XVIII, el tipo de proyectil de artillería más empleado contra personal al descubierto era el de metralla. Este podía ser de “saquillo de metralla, disco o lecho de madera con un vástago central rodeado de balas de fusil envueltos por un saquillo de lona, o bote de metralla en el que los balines iban en el interior de un cilindro de hoja de lata.⁶⁵

Pero ya mucho antes, en 1803, el teniente de artillería inglés Henry Shrapnel (1761 – 1842) ideó una pieza metálica llena de explosivos y metralla, provista de una mecha con espoleta, que explotaba a media altura. Mejoró las granadas añadiendo a la estructura tradicional de carcasa de plomo fundido rellena de bolas de plomo y explosivos un temporizador que permite que las granadas exploten en el aire, dando lugar a que la lluvia de metralla producida caiga desde arriba. En la batalla de Vimeiro, 1808, guerra de la Independencia, los ingleses la usaron por primera vez comprobando sus efectos devastadores.

Los franceses no pudieron hacer otra cosa que abandonar el campo de batalla lanzándose colina abajo en un completo desorden. Dos compañías de polacos habían muerto en el cauce de la acequia del estanque. Iban por su cauce con la intención de envolver a las tropas españolas.

⁶⁴ Antonio de Sousa y Francisco, *700 años de artillería. Evolución histórica de los materiales de artillería y sus municiones*

⁶⁵ Antonio de Sousa y Francisco, *op.cit.*

La victoria española había sido contundente con la valiente ayuda de los civiles. Según nos dice Eduardo Jesús Taboada Cabañero en su libro⁶⁶ *Mesa Revuelta. Apuntes de Alcañiz*, Establecimiento Tipográfico de La Derecha, San Miguel 12, Zaragoza, 1898:

Los alcañizanos, sin distinción de edades ni sexos, aguantaron todo el día junto a las tropas españolas. Frente al enemigo no estaban ociosos, iban de aquí para allá, ofreciendo a nuestros soldados aguas compuestas, licores, cigarrillos, hilas y trapos; con fraternal solicitud curaban a los heridos y con valor temerario visitaron las extremas vanguardias para prodigar consuelo.

La batalla duró hasta las dos de la tarde. Los franceses fueron tenaces y obstinados en sus ataques a pesar de la superioridad de fuego española. No obstante la acción a punto estuvo de ser victoriosa para los de Suchet. Algunos regimientos españoles que acababan de llegar de Valencia con tropas nuevas “echaron a correr en desorden”.⁶⁷ Sin embargo, la serenidad de los artilleros, lo acertado de sus tiros, que con su metralla mataba a muchos soldados, y según la correspondencia de Lazán a su prima, “la presencia del General Blake y la mía, hizo que la tropa algún tanto volviera a hacer su deber...”,⁶⁸ hizo que los franceses diesen media vuelta y se retirasen del campo de batalla dando la victoria al ejército de Blake.

Los franceses de Suchet estuvieron haciendo esa noche “morisquetas, sin atacar, y esta noche pasada, bonitamente, se han largado dejándonos el campo libre”. Afirmaba Lazán, a la vez que comentaba que esa victoria les daba un gran crédito entre los pueblos de alrededor, que poco a poco iban

⁶⁶ Eduardo Jesús Taboada Cabañero, *Mesa Revuelta. Apuntes de Alcañiz*, Establecimiento Tipográfico de La Derecha, San Miguel 12, Zaragoza, 1898.

⁶⁷ M. de Pano, op.cit.

⁶⁸ M. de Pano, op.cit.

rebelándose contra el invasor no queriéndoles dar nada de lo que pedían: ni raciones ni nada. Además, las tropas del coronel Ramón Gayán, por el Jalón, y las del Brigadier Perena, por el Gállego, amenazaban su marcha.

Blake no se atrevió a perseguir más a los franceses ya que no confiaba en su caballería, “que anduvo floja en aquella jornada”.⁶⁹ Pero los mismos que se retiraban sufrieron de sus propios errores y temores. A la voz de que llegaban los españoles los soldados huyeron despavoridos “haciendo fuego unos sobre otros (...) hombres, caballos, furgones, equipajes, todo marchaba confusamente, y revueltos y sin orden entraron en la villa de Samper de Calanda, donde Suchet, herido levemente en un pie, fijó su campo”.⁷⁰

El pánico lo contagió un tambor que dijo haber visto “a la caballería española cargar y rendir al segundo regimiento del Vístula. Fue fusilado por orden de Suchet en presencia de toda la tropa para escarmiento.

Suchet cuando llegó a Zaragoza el día 6 de junio, herido en un pie, dio estrictas órdenes para reestablecer la disciplina entre sus tropas y ordenó reparar las fortificaciones de la ciudad por temor a ser allí atacado. Atrincheró Torrero y toda la acequia, barreó el Arrabal, mejoró las fortificaciones de la Aljafería y ordenó que iniciase el camino hacia Pamplona de lo más pesado de la Artillería e impedimenta, para que no cayese en poder de los españoles si tenía que abandonar la ciudad de una manera precipitada. Sabía que las guerrillas de “Gayán se habían adelantado por las orillas del Jalón y los de Perena se aproximaban por el

⁶⁹ Conde Toreno, op.cit, p. 93.

⁷⁰ José Muñoz Maldonado, *Historia política y militar de la independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 a 1804*, Imprenta de José Palacios, calle del Factor, Madrid, junio de 1833.

lado opuesto al puente del Gállego”.⁷¹ Suchet y los suyos llamaban a los españoles vencedores de Alcañiz los “osados”.

A lo largo de la dura jornada, no solo lucharon los soldados españoles. Los alcañizanos sin distinción de sexos, aguantaron todo el día junto a las tropas españolas atendiéndolas en lo que necesitaban: «aguas compuestas, licores, cigarros, hilas y trapos; atendían a las heridas de quién las sufriesen y se acercaban hasta las vanguardias de una manera heroica».

⁷¹ Enrique Rodríguez-Solís, *Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia*, tomo primero, p.444, Barcelona, 1895.

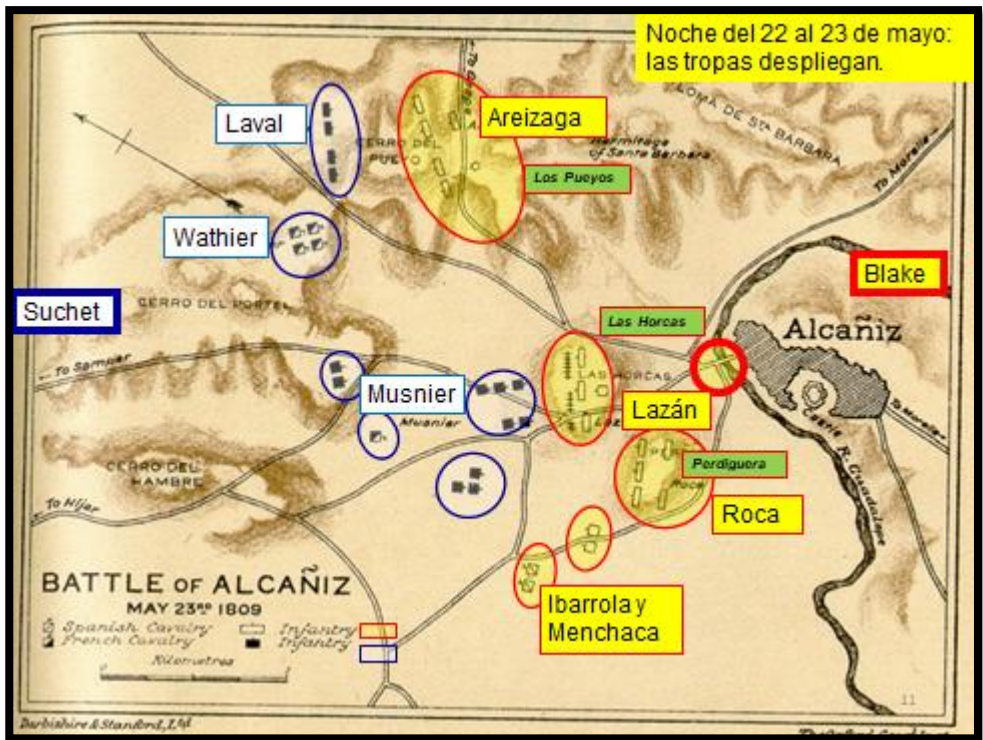


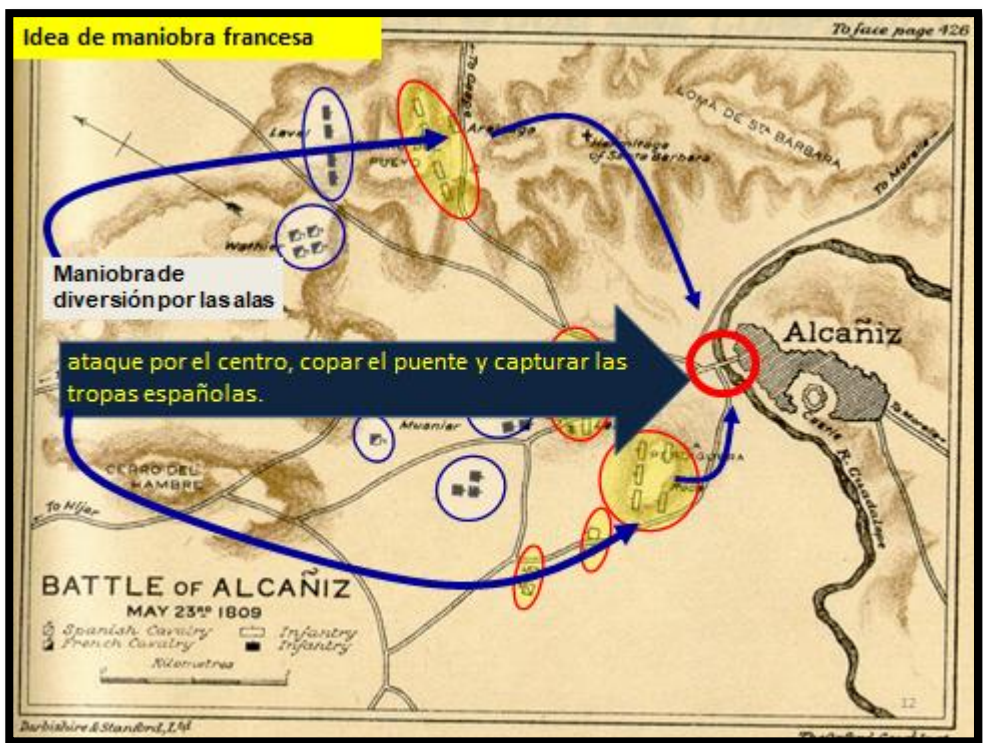






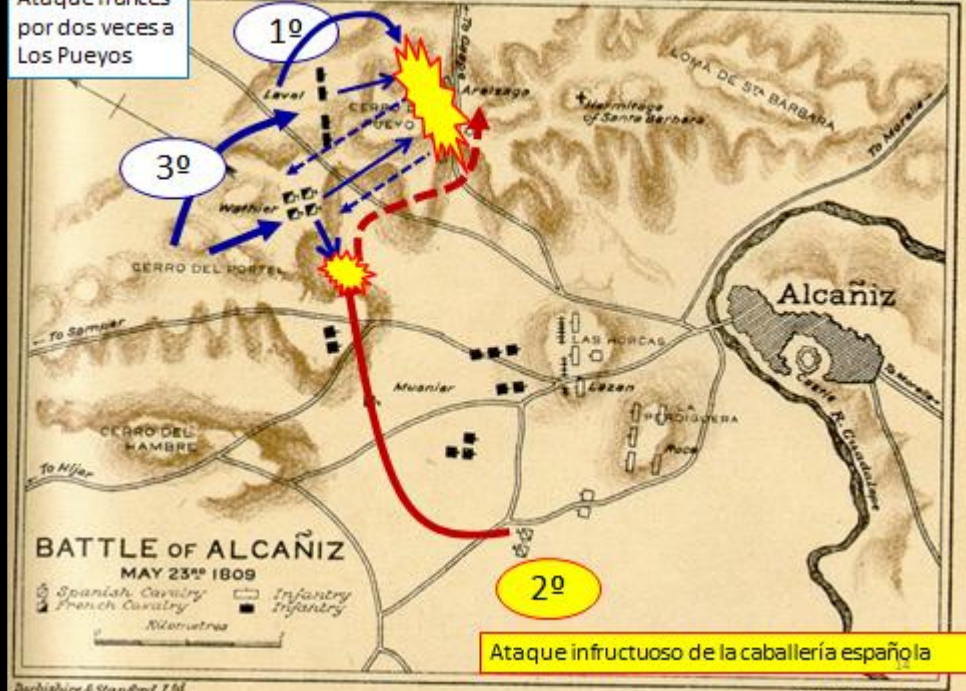






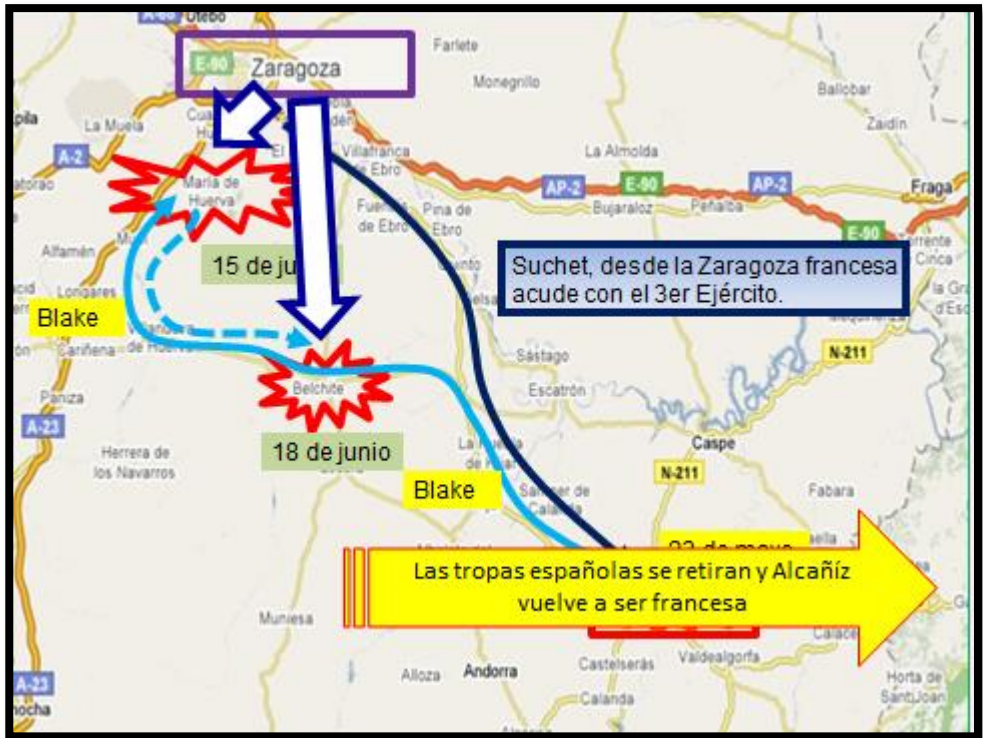
Ataque francés por dos veces a Los Pueyos

To face page 426



Ataque infructuoso de la caballería española





El sabor de la victoria

El brigadier Loygorri vengó con su acción en la batalla las derrotas sufridas en las de Llinás, Molins y Valls. Blake escribió que había escogido a Loygorri para que se incorporare al ejército reunido de Aragón y Valencia por sus relevantes cualidades.

Al día siguiente de la victoria, las tropas españolas tuvieron un *Te Deum* de acción de gracias en Alcañiz y realizaron una salva de artillería en acción de homenaje, a la vez que llegaban más tropas de refuerzo: el Regimiento de Almería, el Provincial de Álava y otros. La Junta de Valencia proveyó socorros y la Junta Central a través de dos correos semanales, aportó a Blake ayuda en oro para lo que fuera necesario.

El juicio de valor que Luis Palafox explicó a su prima de cómo había sido el comportamiento de las tropas españolas es digno de contarlo, sobre todo por la poca humildad del que lo cuenta:

«Las Tropas Aragonesas han hecho su deber como acostumbran y también los tiradores de Murcia, y solo los valencianos son los que han aflojado y muchos oficialillos de varios cuerpos que vergonzosamente han huido, lo que es regular tengan un castigo ejemplar. Te aseguro (sigue diciendo la carta) que hemos tenido un día bien malo; así Blake como yo sofocados porque vimos perdida la acción; y los franceses ya casi encima de nuestra batería. Yo, dando palos a todos los soldados y haciéndoles subir otra vez a la línea, y quiso Dios que al fin se consiguió de algunos; y sobre todo el estar allí nosotros presentes, a pesar de las balas que silbaban por encima de nuestras cabezas, fue lo que decidió la victoria».⁷²

⁷² M. de Pano, op.cit.

Como premio a la excelente actuación de la Artillería, Loygorri fue ascendido a Mariscal de Campo, el día 1 del mes siguiente, junio, tan solo ocho meses después de su ascenso a brigadier, y condecorado con la Cruz de 4ª Clase de la Nacional y Militar Orden de San Fernando el 14 de mayo de 1815, “por el mérito distinguido en grado heroico que contrajo en la gloriosa batalla de Alcañiz”.⁷³ Esta era la denominación de la condecoración que figuraba en el primer Reglamento de la Orden. Hoy le hubiera correspondido la Gran Cruz Laureada.

El general Blake narró lo ocurrido en el parte oficial con estas palabras:

«Para ejecutar este terrible ataque, adelantó su formación hacia la nuestra y al abrigo de un extraordinario fuego de fusilería y artillería, hizo marchar una columna de 2.000 hombres por el camino de Zaragoza, que dividía por medio nuestra posición. En su curso arrolló cuanto se le puso por delante, no bastando a contenerlo ni el fuego de nuestra infantería, ni el acertado y vivo de la artillería; despreciando con serenidad los riesgos que se le oponían, corría impetuosamente a apoderarse de las baterías den centro; pero toda su furia vino a estrellarse en la roca impenetrable que le opuso nuestra artillería. Seguramente que si los oficiales que la servían no hubiesen conservado la increíble serenidad y valor para esperar al enemigo, no haciéndole fuego de metralla hasta que casi tocaban las bocas de los cañones, quizás hubiesen logrado romper la línea...; en el frenesí de su ataque llegó el enemigo casi a rodear una de las baterías».

El historiador alemán Andreas Daniel Berthold von Schepeler, que había luchado en el ejército inglés, apuntó por su parte en uno de sus trabajos⁷⁴ que:

⁷³ Hoja de Servicios.

⁷⁴ *Geschichte der Revolution Spaniens und Portugals und besonders des daraus entstandenen krieges*, 3 volúmenes, Berlín (Mittler), 1827.

«Entre tanto el combate se había extendido a toda la línea, y una columna de 2 000 hombres se adelantó por la carretera a paso de carga contra el centro español, deshizo cuanto halló, sin detenerse por el fuego oblicuo que le dirigían..., y no encontró su disolución sino delante de la batería misma, servida con una sangre fría incontrastable».

El general Pedro de la Llave alabó a la artillería española diciendo que la victoria fue debida sin duda “por la firmeza impávida de una artillería brillantemente dirigida”. Y el general José Gómez de Arteche y Moro dejó reflejado en su magna obra⁷⁵ de la guerra de la Independencia: «LOS artilleros españoles, dirigidos por sus oficiales, fueron los héroes de aquella acción; cuyo resultado elevó su nombre y el del Cuerpo a la cumbre de las reputaciones colectivas más gloriosas».

Y finalmente, el mismo Loygorri afirmaba de esa acción en la carta que envió al rey Fernando VII el 24 de octubre de 1814 que “...el ejército de Aragón y Valencia salvado en Alcañiz por la firmeza impávida de una artillería brillantemente servida, que desbarató las columnas de ataque y ocasionó la victoria”. En la misiva daba a conocer también todo lo que la Artillería española había hecho por él ante una descortesía para con el Cuerpo en el día del cumpleaños de SM.

La narración del conjunto del ataque final nos lo muestra Luis Sorando en su trabajo *La batalla de Alcañiz del 23 de mayo de 1809*:

«Arma al brazo, con gallardo continente y resuelto paso, avanzaron los Imperiales por el llano, sin alterar un instante su correcta formación, a pesar del fuego de la artillería e infantería españolas que hacían más vivo y

⁷⁵ *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, tomo VI, primer capítulo, Madrid, 1868 a 1903.

certero a medida que se iban aproximando; más nada contiene la furia francesa y arrolladas las guerrillas caían los enemigos sobre el cerro de las Horcas, manifestando su confianza en la victoria por hurras y entusiasmo que les animaba, cuando a pocos pasos de las piezas, vacila la columna, se detiene y entrega momentos después a la fuga más desordenada. El fuego vivísimo de los infantes de Saboya, América y Valencia, y sobre todo la metralla de la artillería española, brillantemente dirigida por el brigadier García Loygorry y servida con una firmeza, serenidad y sangre fría imponderables, habían barrido materialmente las primeras fracciones de la columna y desbaratando las demás, dando victoria a las nuestras» .

El resultado final de la batalla, según Lazán, fue explicado así en la ya tantas veces repetida carta a su prima:

«los franceses se han dejado más de cuatrocientos hombres en campo tendidos, y se regula su pérdida entre muertos y heridos en unos 1 500 hombres. La nuestra no se sabe a punto fijo, pero no creo pasará entre todos de unos 300 hombres, incluidos los heridos y los muertos».

Los heridos fueron atendidos en un primer momento en los campamentos españoles, donde acudieron los vecinos de Alcañiz, para ayudar en lo que pudieron dándoles: «Agua, vino, aguardiente, hilas para las heridas y todo aquello que estaba en su posibilidad y alcance».⁷⁶

Mientras que Luis Antonio Pellicer Marco⁷⁷ nos apunta según documentación del nieto de Blake que:

«Recorrido al amanecer, el campo de batalla, se encontraron 500 cadáveres enemigos, principalmente en las acequias de riego; según las gentes, han abandonado en su huida y los heridos que han hecho transportar, se puede calcular la pérdida de 2.000 hombres».

⁷⁶ IV Jornadas sobre Historia y Patrimonio de la Comarca del Bajo Aragón.

⁷⁷ Op.cit.

Y continúa afirmando que «los españoles, sin embargo, perdieron 300 soldados entre muertos y heridos». Añadiendo a pie de página que “Joaquín Blake, hijo del general en jefe, calcularon 2 000 las pérdidas francesas; Toreno da la de 800; Schépeler dice que los españoles encontraron más de 500 muertos. (Tomado del libro de Domingo Gascón). Y que «Nicolás Sancho, presbítero, cifra el número de 1 000 muertos y 40 prisioneros: Quedó el campo cubierto de cadáveres y sobre todo la acequia del estanque próximo a la Cruz de las Eras, en el que murieron dos compañías de polacos», que se dirigían a cubierto de ella a ponerse a retaguardia de los españoles.

Pero no podemos olvidar que las batallas las ganan unos, y los otros las pierden. En este caso la perdió el prototipo de soldado francés que estaba a las órdenes del general Suchet. Soldado que según el general mencionado en carta de 1 de junio (después de la derrota de Alcañiz) al Ministro de la Guerra estaba en una situación deplorable cuando accedió al mando del III Cuerpo. En la misiva decía:

«He encontrado los servicios en un estado deplorable, los transportes completamente inexistentes, falta absoluta de arcones de ambulancia, la artillería, de 40 piezas, no puede enganchar más de 16 tiros, por soldados desgraciados. He visto regimientos desnudos como en el 93, soldados sin calzado y sin pantalones, he encontrado un cuerpo de Oficiales detestable, muy poco espíritu, un lenguaje y una manera de servir de lo más reprensible...».⁷⁸

Durante los actos que se realizaron conmemorando el primer centenario de la batalla, el coronel director de la Academia de Artillería Gabriel Vidal, regaló a la ciudad de Alcañiz una fotografía del retrato del general García

⁷⁸ Jean Louis Reynaud, “contraaguerrilla en España: el mariscal Suchet”, en *Revista de Historia Militar*, núm. 66, p. 137, Madrid, 1989.

Loygorri, de su hoja de servicios y del cuadro conmemorativo existente en la citada Academia de Segovia. Estas fotografías fueron expuestas para el público en general en el escaparate del comercio de Paricio.

Actualmente este retrato se encuentra en el Salón de Comisiones del Ayuntamiento de Alcañiz. El coronel de artillería Pablo Gil Ruiz,⁷⁹ vocal de protocolo de la Asociación Conde de Gazola, explica lo relativo al mismo:

«Afirma Gil Ruiz que es de su época de Coronel del Cuerpo de Artillería, empleo que alcanzó en febrero de 1806. El retrato original debió realizarse al finalizar su Mando de Director de la Maestranza de Sevilla, hacia finales de 1807 cuando fue destinado en noviembre al Ejército que se reunía en Extremadura, mandando la Artillería de la División del Ejército de Castilla, para invadir Portugal junto a las tropas francesas del General Junot.

En la obra no se ven referencias al escudo de armas del General García Loygorri, ni a los muchos hechos de armas en los que participó, es sencillo con tan solo el distintivo de Caballero de la Orden de Santiago, muy diferente al que está depositado en la Academia de Artillería de Segovia, plagado de simbología y detalles de su vida. Este retrato de Alcañiz tan sencillo es más bien un reflejo de una época de tiempos convulsos y turbulentos en la Historia de España.

El original, muy probablemente, fue destruido tras la invasión de las tropas francesas y el expolio producido en nuestro territorio, con el factor añadido del trato vejatorio de los franceses hacia su familia durante la ocupación, por lo que significaba la figura del ilustre Mariscal de Campo García Loygorri.

⁷⁹ Pablo Gil Ruiz, <https://www.condedegazola.com/album/retrato-de-garcia-loygorri-que-esta-en-el-salon-de-comisiones-del-ayuntamiento-de-alcaniz/>

Este retrato bien puede ser una copia del original realizado para la Maestranza de Sevilla; “copia de cortesía” para la familia, que debió guardar a buen recaudo de la inquina de los franceses.

Por tanto la donación efectuada, en 1909, de este retrato de García Loygorri, por su bisnieto el Duque de Vistahermosa, a la ciudad de Alcañiz en el centenario de la gloriosa batalla de Alcañiz por la que se le concedió la Cruz Laureada de San Fernando de cuarta clase, primer laureado en la historia de la Artillería española, adquiere un valor especial tanto por la generosidad y gratitud de la familia de un valor conservado en difíciles circunstancias como por la simbología histórica de la época».

En el pie del retrato se puede leer: «El Excmo. Sr. Teniente General D. Martín García y Loygorri, Director, Ynspector y Coronel Gral. De Artillería, retratado cuando era Coronel del Cuerpo. Nació en Corella en 5 de junio de 1759 y Murió en Madrid a 30 de enero de 1824».

Y al pie del cuadro: «A la ciudad de Alcañiz dedica este retrato de su bisabuelo. El Duque de Vistahermosa. Mayo de 1909».



Retrato de Loygorri. Ayuntamiento de Alcañiz.
Asociación Conde de Gazola.

El secreto del triunfo artillero

Las victorias en las batallas, aunque sean parciales, son fruto en la mayoría de las ocasiones de la preparación e instrucción de las tropas. En el caso de la artillería, el punto 25 de los *Principios generales sobre el movimiento, posición y buen uso de la artillería de batalla*⁸⁰ dice que:

«La artillería no debe jamás abandonar las tropas a que está destinada, ni estas a la artillería. De la puntual observación de esta máxima, derivada de que la tropa y la artillería han de sostenerse siempre mutuamente, resulta hacer irresistible un ejército o parte de él en el ataque, e impenetrable en su defensa. Es necesario pues que las tropas de infantería, caballería y artillería tengan una recíproca confianza de que no se abandonarán en las acciones en que se hallen combinadas sus armas para ofender o defenderse, en la inteligencia de que de separarse cualquiera de ellas en los momentos decisivos, resultará indispensable atraerse la derrota.

El temor de perder gente o las piezas no debe servir nunca de disculpa para retirar éstas antes de tiempo: los últimos disparos a boca de cañón son los verdaderamente sangrientos, y detienen por lo común al enemigo: así, cuando convenga, o las órdenes prevengan que se defienda el puesto o batería hasta el extremo, no se dejará hacer fuego mientras no esté el enemigo a tal distancia que no se pueda cargar ínterin llega».

Evidentemente y una vez visto lo que ocurrió en Alcañiz, la carga de los franceses fue frenada por los disparos artilleros españoles mucho antes de que lo mencionado en la última frase del párrafo anterior ocurriese.

En cuanto a la distancia de empleo de la munición de metralla, nos dice los apartados 30 y 31 (p.201) del mismo tratado que:

⁸⁰ Martín García Loygorri, *Colección de ejercicios facultativos para la uniforme instrucción de la tropa del Real Cuerpo de Artillería*, Madrid, 1814, p. 199.

«Desde cuatrocientas toesas hasta doscientas [de distancia del enemigo] se tirará con bala; y desde esta última distancia hasta la de cien toesas se usará la metralla gruesa de hierro tirando de frente; pero si se puede enfilear al enemigo, o dirigirle los tiros con notable oblicuidad o contra columnas, se empleará siempre bala rasa».

«Cuando el enemigo diste menos de cien toesas se dejará de tirar con metralla gruesa, y se usará de la menuda, a menos de enfilear exactamente las líneas enemigas, o de estar éstas muy próximas a las tropas propias, pues en estos casos se deberá tirar con bala, y hacer el fuego vivo. En el caso de no haber metralla de balas de hierro, se tirará con bala rasa hasta que el enemigo esté de setenta a ochenta toesas de distancia, entonces se usará la metralla de balas de fusil en saquillos; a muy corta distancia o a quemarropa será el fuego muy sangriento siempre que se tire con la mayor viveza, y con menos pólvora que la de la carga regular, pues con cargas fuertes se apelotonan las balas de plomo, y todas las de metralla se esparcen más».

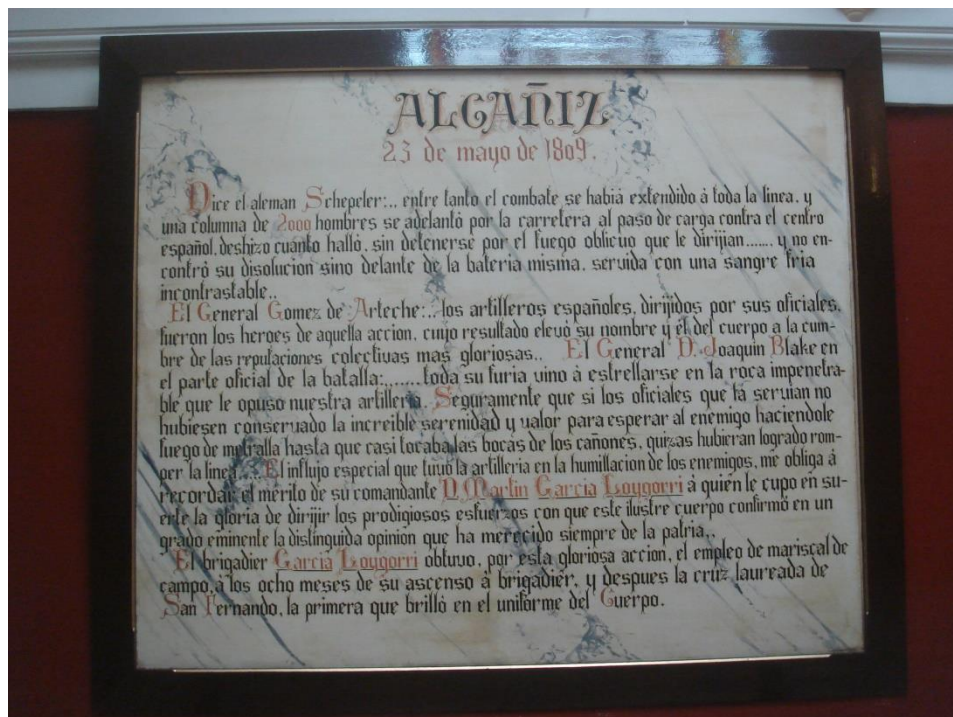
Sobre la disciplina de fuego también nos asesora el tratado. En su punto 34 (p.202) nos enseña que no se han de disparar nunca todas las piezas a un tiempo, sino una después de otra alternando así los tiros de tal forma que no se deja reposar al enemigo, y se impide cuando esté cerca de la batería, que fue lo que ocurrió en Alcañiz, no se arroje sobre ella aprovechando el tiempo que no hay fuego mientras recargan las piezas.

Sin embargo no fue Alcañiz dónde la Artillería “ganó” sus primeros laureles de victoria. Diez meses antes había triunfado en la Batalla de Bailén (19 de julio de 1808) donde se derrotó por primera vez al ejército Imperial de Napoleón. La artillería, en este caso, contribuyó con sus fuegos precisos y abundantes, a pesar de la inferioridad numérica, a producir la confusión del enemigo.

En el parte de operaciones el general Castaños dijo que “el acreditado Real Cuerpo de Artillería, además de participar en todos los afanes y triunfos referidos, ha inmortalizado su gloria con admiración en ambos ejércitos, pudiéndose asegurar que sus oportunos rápidos movimientos y el acierto de sus fuegos (que desmontó 14 piezas al enemigo) señalaron desde luego, o por mejor decir, fijaron desde el principio la victoria”⁸¹. Y fue tal el éxito de la Artillería que los franceses dijeron, para no ser humillados en exceso, que estuvo dirigida por manos inglesas, cuando estos, los británicos, todavía no habían puesto el pie en España.

Años más tarde, en 1814, el mismo Loygorri reflejó la hazaña de Alcañiz en la carta que envió al rey Fernando: «(...) hable el ejército de Aragón y Valencia salvado en Alcañiz por la firmeza impávida de una artillería brillantemente servida, que desbarató las columnas de ataque y ocasionó la victoria».

⁸¹ José Gómez de Arceche, *Guerra de la Independencia*, Madrid, 1875.



Mural relativo a la batalla de Alcañiz de la Academia de Artillería de Segovia. Archivo autor.

La Cruz de distinción de la batalla de Alcañiz

El 14 de mayo de 1815, casi un año después de que *El Deseado* regresara a España de su cautiverio francés, premió éste mediante una Real Orden al Ejército de Aragón por su acción en la batalla de Alcañiz al mando del general Joaquín Blake.

Ese día, la Real Orden impresa fue comunicada al general por el Ministro de la Guerra, López Ballesteros, pero no le fue concedida hasta el 5 de junio siguiente mediante un Real Despacho.⁸² El motivo de la concesión fue para recompensar a los individuos que habían participado en la batalla. También se creó la Cruz de Galicia para los que fueron integrantes del ejército de Galicia o de la izquierda.



Medalla de Alcañiz

⁸² Código de referencia 6176.28. Signatura antigua: SHM, Blake, Caja 1, Carpeta 0, doc. 32.

La Cruz de distinción es en figura del aspa de San Andrés, cuyos brazos esmaltados en rojo en forma triangular, rematan con un globito de oro. Tiene sobre su parte superior una corona de laurel, y entre los brazos unas llamas de color de fuego y sangre, formando su centro un óvalo en campo blanco con la cifra de F. VII en letras de oro, y alrededor del óvalo, un círculo dorado con un letrero que dice *Alcañiz*. La cinta de que pende la cruz, es roja.

Francisco de P. Mellado⁸³ nos dice en su trabajo sobre la Cruz de Alcañiz que:

«Cruz de distinción concedida por Fernando VII en 14 de mayo de 1815 al ejército de la izquierda por la batalla ganada al general francés Suchet, el 23 de mayo de 1809. Es igual a la de Albuhera, con la diferencia de que en la orla del escudo céntrico dice *Alcañiz* y que ésta se cuelga de cinta encarnada».

Esta insignia, llamada «Alcañiz», fue muy respetada en el Ejército durante algunos años, figuraba en su reverso la indicación de dónde había luchado el que la llevaba, en qué ala, si en el *centro*, en la *derecha* o en la *izquierda*.

⁸³ Francisco de P. Mellado, *Enciclopedia Moderna. Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio*, Tomo décimo, Establecimiento tipográfico de Mellado, Madrid, 1851, p. 286.

Partes de la batalla del general Blake

El general Blake no tardó mucho en dar parte⁸⁴ de la batalla a la más alta autoridad de la nación. Del mismo podríamos extraer la intención del mismo: la inmensa necesidad de buenas noticias que el pueblo español precisaba oír. De aquí la extraordinaria rapidez en redactarlo y enviarlo hasta Sevilla.

El mencionado parte decía:

«El Capitán General del ejército de Aragón ha remitido por extraordinario el parte siguiente.

Excmo. Sr.: Los enemigos reforzados con casi toda la guarnición de Zaragoza, y con las tropas que tenían esparcidas en diferentes puntos de la parte de acá del Ebro vinieron a atacarme ayer en mi posición delante de esta ciudad. El general Suchet que acababa de suceder a Junot, queriendo sin duda señalar su entrada al mando con alguna ventaja notable, no se proponía menos que la entera destrucción del naciente ejército que S. M. se ha dignado poner a mi cargo; y para conseguirlo vino desde Zaragoza a mandar esta expedición, trayendo en su compañía a Wattier y otros generales. No tenía idea el general Suchet, según parece, del carácter animoso y firme de las tropas españolas, y ha aprendido bien a su costa a conocerlas. Ni el fuego vivo de su artillería, ni la superioridad de su caballería, que era entre doble y triple de la nuestra, ni la repetición de cuatro ataques, ejecutados con el mayor ardor por lo más selecto de su infantería, hicieron salir de sus posiciones ni una vara a las valerosas tropas

⁸⁴ Gaceta extraordinaria del Gobierno, sábado 3 de junio de 1809, Sevilla.

españolas. Siempre encontraron los franceses la resistencia más obstinada, fueron rechazados con grandísima pérdida, y perseguidos, hasta que al fin desengañados de las dificultades de su intento, se aprovecharon de las tinieblas de la noche para efectuar su retirada. No me detengo ahora en los detalles, ni en averiguar el mérito digno de particular premio, por no retardar el aviso de tan agradable satisfacción en informar a V. E. que nunca he visto a los franceses atacar con tanto empeño como en esta ocasión, ni oponérseles tan bizarra resistencia, y faltaría a la justicia si no manifestase franca y sencillamente, que esta importante victoria se debe en la mayor parte al valor y acierto con que mandó la derecha el mariscal de campo Juan Carlos Areizaga, y a la brillante conducta del brigadier Martín de Loygorri, comandante general de artillería, y de todos los individuos de todas clases de este distinguido cuerpo.

Lo pongo todo en noticia de V. E. para que se sirva elevarlo a la de S. M. a quien me tomo la libertad de rogar encarecidamente, que sin perjuicio de las demás recompensas, que será justo distribuir en el ejército por el mérito contraído en la batalla de ayer, se digne promover desde luego a Teniente General a Juan Carlos Areizaga, y a Mariscal de Campo a Martín de Loygorri. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel General de Alcañiz, 24 de mayo de 1809. Excmo. Sr. Joaquín Blake. Excmo Sr. Antonio Cornel.

S. M. ha leído con la mayor satisfacción la brillante defensa que ha hecho este ejército, y ha mandado se manifieste así al expresado general, diciéndoles tan bien persuadido de que su acreditado valor ha dado ejemplo y estímulo al de sus tropas. Que deseando premiar si distinguido mérito, le concede la Encomienda del Peso Real de Valencia, dispensándole la anualidad y el decenio para que desde

luego principie a disfrutarla, y sin perjuicio de los demás premios, que se distribuirán en el ejército, concede S. M. el ascenso a Teniente General a Juan Carlos de Areizaga, y a Mariscal de Campo a Martín de Loygorri».

No cabe duda de que para las tropas españolas el triunfo sobre los franceses fue innegable. Sin embargo, para los franceses, comenzando por el propio Suchet, el encuentro fue solo un combate de reconocimiento, quitando el mérito de la victoria a aquellos.

30 de mayo de 1809.

Excmo. Sr.- Participé a V. E. con fecha de 21 del corriente, la evacuación de Alcañiz por los enemigos, y su retirada a Hajar, Puebla de Hajar y Samper. En este último pueblo dejaron un destacamento de bastante consideración. El día 21 envié a D. Casimiro Loy, teniente coronel de húsares españoles, con 80 caballos de su regimiento y 200 voluntarios de Valencia, para que hiciese un reconocimiento de la situación enemiga. Lo verificó atacando a los que estaban en Samper, obligándolos a abandonar sus ranchos y mochilas, y retirándose a la Puebla de Hajar.

Entre tanto, le vinieron al enemigo las tropas que esperaba de Zaragoza, en número de 3.500 hombres. Habiendo completado con este aumento 10 000 infantes, 800 caballos y 12 piezas de artillería, se puso en marcha para atacarnos. Con la noticia de su venida nos dispusimos para recibirle.

La Vega de Alcañiz, que ha sido nuestro glorioso campo de batalla, está rodeada de montañas más o menos altas, y a varias distancias de la posición que ocuparon las tropas. A la de dos tiros de fusil de la ciudad, se elevan unas colinas accesibles a la caballería. Su continuación está solo interrumpida por el camino de la capital, que las atraviesa por el centro, descendiendo suavemente por todas partes a la llanura. En estas colinas, formó el grueso de nuestro ejército, apoyando sus flancos en dos baterías, que con otras colocadas en el centro, flanqueaban perfectamente toda la extensión de la línea.

La parte de la Vega que yacía a nuestra derecha, era la más baja, de modo que hacía una cañada tanto más peligrosa, cuanto estaba más poblada de árboles. Las alturas que rodean a toda la huerta, terminan a poca distancia de dicha cañada, adelantándose a todas ellas, una más

elevada, donde hay una ermita, que es como la llave del camino de Caspe, que corre en esta dirección.

Para impedir al enemigo que se aproveche de las ventajas que le ofrecía el terreno por este flanco, se colocaron en la expresada ermita 2000 hombres, compuestos de los batallones de Daroca, reserva de Aragón, todos al mando del mariscal de Campo D. Juan Carlos Areizaga.

En una de las alturas que están al frente de nuestra posición, se situó la vanguardia, que la formaban un batallón de Fernando Séptimo, 300 hombres del batallón de Voluntarios de Valencia, dos compañías de granaderos del regimiento de América, y otros dos de Suizos de Traxler. Estos cuerpos estaban a las órdenes de teniente coronel del Fernando Séptimo D. Pedro Tejada.

En los olivares de la izquierda, se pusieron tropas ligeras con el fin de evitar que el enemigo nos envolviera, dirigiéndose por los caminos de Alcorisa o Calanda, que están por aquella parte. Finalmente, la caballería compuesta de dos escuadrones de húsares españoles, otro de Olivenza, al mando del brigadier Miguel Ibarrola, formó delante de la posición en el camino de Zaragoza.

A las seis de la mañana se dejó ver el enemigo por las alturas que estaban al frente, haciendo un fuego vivo sobre nuestras avanzadas, las que se fueron retirando a los cuerpos a que se correspondían. Las primeras tropas que encontró fueron las de la vanguardia, a las cuales de mi orden se juntó la caballería con dos piezas de artillería volante. No podían resistir estas fuerzas la superioridad con que fueron atacadas por el enemigo, y consiguiente a mis instrucciones, se replegaron haciendo la debida resistencia. la infantería a la ermita de la derecha, y la caballería y artillería a abrigarse bajo el fuego de las baterías de la posición. Entretanto estas

dirigían sus fuegos con el mayor acierto a la formación enemiga, que estaba al principio de la Vega, comenzando desde luego a resentirse de los efectos de nuestra artillería, que dentro de poco le habían de ser tan funestas.

Nunca dudé de que el enemigo atacaría por la derecha, y así fue la dirección que más reforcé, y de la que tuve más cuidado. Efectivamente, por esta parte principiaron su ataque. Le era absolutamente indispensable el apoderarse de la ermita, arrollando los cuerpos que la guarnecían, para poder enseguida atacar la posición. Para ejecutarlo, se presentaron los enemigos por el frente y flanco derecho del puesto que mandaba Areizaga, ocupando todas las alturas inmediatas. Luego que lo tuvieron efectuado, rompieron un fuego vivísimo de fusilería apoyado con el de alguna artillería. Se le correspondió con la mayor actividad y firmeza tanto por nuestra infantería, como por un obús que desde la posición se había enviado a la ermita. No por esto desistieron de su empeño, y siguiendo sus gruesas guerrillas por toda la extensión de la línea un fuego muy sostenido, con la que nosotros habíamos avanzado, trataron de apoderarse de la posición de Areizaga, haciendo adelantar, al abrigo de los fuegos de su posición general, una columna sólida. De novecientos a mil granaderos que la componían, con el arma de brazo, paso de ataque y gritos horribles, se llegaron hasta el pie de las alturas del puesto. Todo este aparato y furia francesa fue recibida con serenidad y firmeza española. La columna desapareció en pocos minutos. Españoles bisoños vieron las espadas de los famosos aguerridos granaderos franceses. Animadas nuestras tropas ligeras, persiguieron a las de los enemigos que ocupaban las alturas sosteniendo el fuego por ambas partes con igual tesón.

Viendo que a pesar del escarmiento que había experimentado el enemigo, en el puesto de Areizaga no se observaba movimiento en su

formación que indicase desistir del plan de tomarle, mandé al coronel D. Martín de Menchaca, que con su columna compuesta de los batallones 1º de Voluntarios de Zaragoza y 2º de la brigada de cazadores de Valencia, atacase al enemigo por el centro para hacer una diversión a favor de nuestra derecha. Verificó Menchaca esta operación formando escalones, y apoyándose a una casa que estaba al frente de la que poco antes habían desalojado al enemigo algunas tropas que para el efecto había mandado Areizaga.

Conforme yo lo había previsto, el enemigo volvió de nuevo a querer posesionarse de interesante posición de la ermita, sin olvidar a Menchaca, que en la situación indicada sostuvo un fuego vivísimo y con el apoyo del general de su línea, hubo igual columna e iguales gritos que en primer ataque. Por nuestra parte igual serenidad y firmeza logrando el mismo triunfo que la vez primera. Para este segundo ataque, había yo mandado pasar la caballería del camino de Zaragoza al de Caspe, que costeara el puesto de Areizaga. Al ir a desembocar de los árboles de la Vega, recibió una descarga de la infantería francesa, de la que fue herido el Brigadier D. Ángel Ibarrola. Habiendo preparado de este modo al enemigo el que su caballería cargara con ventaja sobre la nuestra, lo verificó, obligándola, principalmente por su seguridad, a retirarse a la posición.

Desesperanzado el enemigo de forzar la derecha y no pudiendo sufrir el desaire de tener que retirarse, atacó a la tropa de Menchaca. Esta columna, que no se adelantó con otro objeto que el de hacer una diversión, tuvo sobre sí en un momento fuerzas muy superiores. Su posición era poco conveniente para resistirlas, y así después de haber aguantado mucho más de lo que podía esperarse se retiró defendiéndose a la posición, a excepción del primer batallón ligero de Zaragoza, que lo verificó al puesto de Areizaga, este suceso que bien considerado, debió

desengañar a los enemigos de la imposibilidad de vencernos, los animó por el contrario a romper nuestra línea por el centro.

Para ejecutar este terrible ataque, adelantó su formación hacia la nuestra, y al abrigo de un extraordinario fuego de fusilería y artillería, hizo marchar una columna, compuesta de dos mil hombres por el camino de Zaragoza, que dividía por medio nuestra posición. En su curso arrolló cuanto se le puso por delante, no bastando a contenerla, ni el fuego de nuestra infantería, ni el acertado y vivo de la artillería, despreciando con serenidad los riesgos que se le oponían, corría impetuosamente a apoderarse de las baterías del centro. Pero toda su furia vino a estrellarse en la roca impenetrable que le opuso nuestra artillería. Seguramente, que si los oficiales que la servían no hubieran conservado la increíble serenidad y valor, para esperar al enemigo haciéndole fuego a metralla hasta que casi tocaba las bocas de los cañones, quizá hubieran logrado romper la línea, a pesar del vivo fuego de fusilería de un batallón del 2º regimiento de Saboya, otro de América y del primer regimiento de Valencia, que estaba sobre la izquierda del centro. En el frenesí de su ataque, llegó el enemigo casi a rodear una de las baterías. Los que se adelantaron perecieron por el fuego de nuestras tropas, principalmente del de los voluntarios de Valencia, que después del ataque de la vanguardia se habían retirado a la posición general.

Así quedó desecha la columna que debía romper nuestra línea, y dirigiéndose al pueblo quitarnos toda esperanza de retirada, obligando a nuestra tropa a dispersarse. Pero la tenacísima resistencia que experimentó el enemigo en el ataque, le frustró en poco tiempo su atrevidísimo plan. Efectivamente a estas tropas francesas, que contaban ya con la victoria por hallarse cerca de las nuestras, se las vio retirarse llenas

de desorden, dejándose sembrado de cadáveres el camino, que algunos momentos antes habían pisado con tanta confianza del vencimiento.

Terminado este último empeño, perseguido por nuestras tropas el enemigo hizo alto en las mismas alturas en que se había dejado ver al principio de la acción. Después de siete horas de fuego quedaron los ejércitos a la vista de la amena vega de este pueblo que los dividía. El español más indiferente se hubiera enternecido e inflamado en el amor a su patria, al ver el hermoso país que naturaleza le ha concedido, y que ella misma convida a defender. El enemigo parece que sentía dejar el campo de batalla a unas tropas q quienes ni aun se digna dar este nombre. Nosotros le esperábamos con la constancia y firmeza que debe distinguir al soldado de una nación libre de su injusto agresor. En esta situación sobrevino la noche que aprovechó el enemigo para su huida, dejando muchos muertos y despojos en el camino de Samper.

Recorrido al amanecer el campo de batalla, se encontraron 500 cadáveres enemigos, principalmente en las acequias de riego, y añadido a estos los que según informes de las gentes del país, han abandonado en su huida, como igualmente los heridos que han hecho transportar, se puede calcular su pérdida en 2000 hombres. La nuestra es la que se expresa en el adjunto estado.

La bizarría que mostraron en todos los puntos los jefes, oficiales y tropa, me obligaría a nombrar individualmente a cuantos concurren a esta gloriosa acción, si la satisfacción de sí mismos con que se complace y engrandece el ánimo de los verdaderos soldados, no me dispensase de esta ocupación, ciñéndome a nombrar aquellos de quienes las circunstancias exigieron mayores esfuerzos. Pero estoy persuadido que serán siempre imitados por sus dignos compañeros o súbditos.

La importancia de la posición que tuvo a su cargo el mariscal de Campo D. Juan Carlos Areizaga, y el empeño que hicieron los enemigos en ocuparlos, proporcionaron a este general ocasión de desplegar sus vastos conocimientos, y manifestar una firmeza de ánimo digna de la santa causa que defendemos. Tampoco debo de hacer mención particular de los Comandantes de columnas D. Pedro Hernández de Tejada y D. Manuel Carbón que el mismo Areizaga recomienda, porque en las situaciones particulares en que ambos se encontraron, no hubieran llenado sus deberes, a no estar dotados del carácter intrépido y sereno que ha brillado en ellos con tan glorioso motivo. Faltaría a la justicia y a la gratitud si no expusiere a S. M. lo que he debido al valor tranquilo y constancia patriótica del Teniente General marqués de Lazán, que a mi lado todo el tiempo de la acción, contribuyó eficazísimamente a inspirar a la tropa desprecio de los peligros y confianza en la victoria.

El influjo especial que tuvo la artillería en la humillación de los enemigos, me obliga a recordar el mérito de su comandante el brigadier D. Martín García Loygorri, a quien le cupo en suerte la gloria de dirigir los prodigiosos esfuerzos con que este ilustre cuerpo confirmó en un grado eminente la distinguida consideración al acierto y valor con que el mariscal de campo D. Pedro Roca, mandó la izquierda.

Lo participo todo a V. E. para que se sirva elevarlo a la noticia de S. M.

Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel General de Caspe, 30 de mayo de 1809.- Excmo. Sr. Joaquín Blake.- Excmo. Sr. D. Antonio Cornel.

¿Por qué Blake no explotó el éxito?

La explotación del éxito es una maniobra táctica que utiliza una fuerza armada cuando ha vencido en una batalla a su enemigo. El objetivo es anular por completo al adversario. ¿Por qué no lo hizo el general Blake después de ver cómo los franceses se retiraban unos kilómetros después de la acción de su artillería? Él mismo afirma que no lo hizo porque veía a su propia caballería en mal estado y no se quiso arriesgar en esa acción.

La buena toma de decisiones influye en el resultado final de las batallas y de las guerras, y una de ellas fue el ordenar Blake al día siguiente que: «sin la menor contemplación, ni morosidad, arresten y remitan al Cuartel general todos los individuos del Ejército de cualquiera clase o carácter que fuesen y se hubieren dispersado abandonando indignamente a sus compañeros de armas». Obviamente el general no quería traidores en sus filas.

Batallas de María de Huerva y Belchite, 15 y 18 de junio de 1809.

Al finalizar la batalla de Alcañiz, el General Blake, como ya hemos apuntado, rehusó perseguir a las tropas francesas, que retrocedían desordenadamente hacia Zaragoza, con la excusa de que no poseía suficiente Caballería además de que ésta no se encontraba en su mejor momento. Decidió permanecer en aquella ciudad reorganizando sus fuerzas para salir unos seis días más tarde hacia Zaragoza. Blake había recibido refuerzos de hombres de la Junta de Valencia, y dinero de la Junta Central.

En esta ocasión, las fuerzas que intentarían liberar ésta ciudad de la presencia francesa estaba compuesta por tres Divisiones de Infantería, unos 17 000 hombres más la guerrilla, al mando de los Generales Pedro Roca, Luis Palafox (marqués de Lazán) y Juan Carlos de Areizaga. La Caballería, unos 800 caballos, iba al mando del Brigadier Juan D'Onojú y la Artillería, unas 25 piezas, al mando de Loygorri.

Otro personaje que luchó en las dos batallas de Alcañiz, en la de María Huerva y Belchite, además de estar en los dos Sitios en Zaragoza y participar en una partida guerrillera, fue el brigadier de caballería Agustín Tena, nacido en la Muela de Aragón, del que más adelante haremos una pequeña reseña de sus acciones en la Guerra de la Independencia.

La dirección de marcha de las fuerzas desde Alcañiz fue dando un rodeo al sur de Zaragoza a través de la localidad de Belchite, donde llegó el 12 de junio, y continuaron hacia Fuendetodos y Villanueva de Huerva, aunque la División de Areizaga con 5 000 hombres se dirigió a Botorrita (carretera de Teruel, a dos leguas y media de Zaragoza), con la intención de sorprender a las unidades enemigas de la división Fabre, que se encontraba en Muel.

Blake creía firmemente que los franceses, después de la derrota de Alcañiz, no iban a presentar nueva batalla, y que con la acción de envolvimiento, Suchet se retiraría hacia Tudela y dejaría libre la ciudad de Zaragoza. Pero no fue así. El



Batalla de María de Huerva. Biblioteca virtual. Ministerio de Defensa.

General Suchet reorganizó lo más rápido que pudo su ejército, corrigió los errores que le habían llevado a la derrota, restableció la disciplina, que había sido muy castigada en Alcañiz, y consolidó las fortificaciones de Zaragoza, los montes de Torrero y el palacio de la Aljafería; y ante la posibilidad de graves acontecimientos preparó a la guarnición para una batalla y posible retirada hacia Pamplona, además de pedir refuerzos a Tudela, de donde llegaron dos regimientos, aunque no obstante ya habían partido hacia Pamplona los enfermos y heridos, el parque y los bagajes inútiles, a fin de que el ejército tuviese máxima libertad de movimientos.

En cuanto tuvo noticias de la presencia española en la zona de Botorrita, desplegó sus tropas entre el monte de Torrero y las alturas de Santa Fe⁸⁵ (convento de cartujos), a unos nueve kilómetros de Zaragoza, bajo las órdenes de Habert y Musnier (Infantería), Wattier (Caballería) y Kliski (Lanceros polacos) desplegados en una línea perpendicular al río Huerva. La caballería la dejó en el Burgo de Ebro. En Muel estableció bajo las órdenes del general Fabre unos 1 200 hombres. En total eran al menos 12 000 hombres a los que muy pronto se sumarían los dos regimientos mencionados procedentes de Tudela, y las tropas de Fabre que, como veremos a continuación, regresaban de Plasencia de Jalón.

Las tropas españolas seguían su avance y con nuevas incorporaciones eran ya más de 17 000. El día 13 una avanzadilla de Areizaga llegaba a Botorrita, mientras que el grueso con Blake se encontraba en Fuendetodos. Al saber éste que Fabre se había adelantado hasta Longares intentó hacer una maniobra de pinza con sus tropas y las de Areizaga. Pero el francés al ver que el camino a Zaragoza había sido cortado, abandonó un convoy de logístico de víveres y se retiró a Plasencia de Jalón (Zaragoza). La segunda división francesa intentó ayudarles pero sin éxito.

⁸⁵ Monasterio cisterciense fundado en 1341 circa.

Blake avanzó en la mañana del día 15, muy lentamente, hasta María de Huerva, cruzó el arroyo Salado y desplegó más allá sus tropas ante los franceses. Los movimientos españoles para formar la línea de batalla duraron hasta después del mediodía. Los franceses, ante la pasividad de sus enemigos se dedicaron a comer el rancho e incluso aliviaron a sus caballerías de los arreos.

Las españolas estaban organizadas en columnas mandadas por coroneles. Pedro Roca se mantuvo todo el tiempo, al lado del general Blake, en primera línea. El Marqués de Lazán mandaba la segunda línea. La Caballería a las órdenes del general Odonojú desplegó a la derecha, en la parte más llana, con algunos infantes y en ambas orillas del río Huerva. Las 17 piezas de artillería cubrían el intervalo entre ambas Divisiones. Las fuerzas desplegadas eran cerca de los 12.000 hombres, mientras que Areizaga, con otros 5 000, se mantenía expectante en Botorrita.

Los franceses estaban quietos en sus posiciones, esperando los regimientos que llegaban de Tudela, y ambos ejércitos se observaban. Laval abandonó Torrero y se estableció en reserva en Zaragoza y con el ánimo de que ésta, aprovechando la circunstancia, no se sublevara.

A las dos de la tarde del 15 de junio, a la altura de Cadrete, comenzaron los franceses los combates moviéndose por el centro al haber llegado las fuerzas que esperaban. Blake intentó envolver el ala derecha francesa pero la reacción de estos atacando el centro y la izquierda española casi les da el triunfo si no llega a ser por el fuego eficaz de la Artillería de Loygorri. Musnier recibió la orden de cruzar el cortado que separaban sus fuerzas de las españolas, pero recibió un duro castigo de éstas teniendo que ser auxiliado por las tropas de su compañero el general jefe de Estado Mayor Harispe, siendo éste herido en la batalla.

Pero una fuerte tormenta, “una horrorosa tronada con lluvia y viento”,⁸⁶ confundió a atacantes y defensores, suspendiendo el combate durante una hora, de tal modo que obligó a Suchet a modificar su táctica. Al aclararse el cielo atacó con su caballería, al mando de Wattier, delante de la infantería de Habert la derecha española. Ésta se encontraba desplegada en desventaja a la vez que la caballería propia, de menor entidad que la francesa, se encontraba entre sus filas. De resultas del ataque la caballería española quedó desecha y los mandos, el brigadier Odonojú y el coronel Menchaca, fueron hechos prisioneros. Formaron parte de la caballería atacante un Escuadrón del regimiento de caballería de la legión polaca, al mando del coronel Kliski. Coronel que también combatió en Alcañiz sin sufrir bajas.

En esta misma acción los jinetes franceses llegaron sin obstáculos hasta el puente sobre el río Salado apresando la batería que allí se encontraba. Casi toda la artillería de Loygorri, hasta quince cañones, cayeron en manos de los franceses. Solo se consiguieron salvar nueve. El resto se había atascado en el barrizal que se había formado en las vaguadas y hondonadas donde habían cometido el terrible error de ser asentadas las piezas, y no pudieron atravesar el puente mencionado, única vía de comunicación para ser usada por los carruajes. El final llegó pronto a pesar de la firme resistencia y actitud que manifestaron los regimientos de Lazán, los *Saboya, Valencia, América y Granada*, así como los generales Blake y Roca. Sin embargo, al llegar la noche, las tropas abandonaron el campo de batalla huyendo por los barrancos y cañadas para llegar a Botorrita, donde aún permanecían impertérritas las unidades de Areizaga.

Blake, que no acertó a usar bien la reserva de Areizaga, estuvo reorganizándose en Botorrita todo el día 16 y salió desordenadamente

⁸⁶ Conde de Toreno, op.cit., p 95.

hacia Belchite cuando supo que se le acercaba el General Laval. Esta manera de abandonar el campo de batalla por parte del general Blake, indujo a la guerrilla de Gayán, que había luchado a su lado en Alcañiz y en María, a abandonarle.

Suchet, por su parte, regresó a Zaragoza donde llegó en la noche del 15 después de ordenar a Laval que explotase el éxito, aunque no pudo hacerlo al ser extraviado por sus guías en la marcha, y dejó que las tropas de Blake llegasen y se organizarasen en Belchite. El número de bajas españolas fueron de 2 000 frente a las 800 francesas.

Hasta allí, por la Puebla de Albortón, donde llegó el día 17, se dirigió Suchet para acabar con la resistencia española. Las tropas de Blake, aunque reforzadas por el regimiento de *Granada*, procedente de Lérida, pero disminuidas por el abandono del cuerpo franco de Ramón Gayán, estaban muy desmoralizadas en contra de la euforia que presidía en los franceses. El coronel José Bellido combatió a las órdenes de Blake resultando herido grave en la cabeza por un disparo en la batalla de María. Por su valor fue ascendido a brigadier.

Ese mismo día 17 de junio Joaquín Blake envió al Ministro de la Guerra Antonio Cornel, un parte explicando la acción sostenida contra los franceses en María de Huerva. Relacionado con esta batalla y la siguiente de Belchite, entre el 13 de enero y 8 de marzo, ambos de 1810, el Fiscal del Crimen de la Real Audiencia de Sevilla Miguel Gómez García, remitió al general Blake su «dictamen respecto a la causa seguida para la investigación de los motivos de la dispersión y fuga del Ejército de la

Derecha en las acciones sostenidas contra los franceses»⁸⁷ en las dos plazas citadas.

Aun así desplegó sus fuerzas en tierras de Belchite: el ala derecha en el Calvario, el centro en Santa Bárbara - en el centro del pueblo -, y el ala izquierda las distribuyó hasta la ermita de Nuestra Señora el Pueyo. En algunos puntos se establecieron hasta tres líneas, los tiradores se situaron en los olivares y la caballería se apostó en el camino de Zaragoza.

El conjunto de fuerzas españolas fueron tres divisiones al mando de los generales Roca, Lazán y Areizaga, más una División de Caballería al mando del brigadier Juan O'Donojú.⁸⁸

La batalla comenzó el 18. Las tropas francesas llegaron por La Puebla de Albortón. La división francesa de Musnier atacó la izquierda española. Habert amagó sobre la derecha y en el centro se produjeron diversas escaramuzas. Las españolas de la izquierda se replegaron al centro al no poder aguantar el empuje francés, pero la artillería respondía bien a los tiros de sus enemigos.

El ejército francés, que había tomado el camino por la Val de Madrid y la Puebla de Albortón, atacó las alas españolas con acierto. Musnier lo hizo sobre la izquierda y Habert sobre la derecha haciendo que los españoles no pudieran aguantar el empuje y retrocedieron nuevamente hacia Alcañiz, Tortosa y Morella.

El miedo y el pánico habían cundido entre las filas de éstos al estallar diversas granadas entre ellos que hicieron explotar el cajón de un obús

⁸⁷ S.H.M. Blake, Caja 3, Carpeta 29, Fecha(s): 13-1-1810/8-3-1810.

⁸⁸ Discurso: Rafael Rondán y Guerrero, *Los farmacéuticos españoles en la Guerra de la Independencia*, 24 de enero de 1947.

y cincuenta y dos granadas. El miedo, que se contagió entre las tropas al oír la voz de “sálvese quien pueda”,⁸⁹ produjo una gran desbandada que dejó sin fuerzas a los generales Blake, Roca y Lazán. Las tropas eran bisoñas y muchos de los soldados eran casi niños. Suchet lanzó su caballería por la brecha conseguida y envolvió a las tropas españolas que no dejaban de huir. Solo varias compañías que estaban desplegadas en las afueras y en el casco urbano, resistieron.

Estas actitudes de la tropa ante los combates y las tropas disciplinadas de Napoleón fueron en parte lógicas. El ejército español se estaba reconstruyendo con soldados bisoños y jóvenes del campo que no conocían nada de la guerra.⁹⁰ En lo que respecta a la artillería de Loygorri, apenas 9 piezas que le quedaban después de la derrota de María de Huerva, cayeron en poder de los franceses, así como municiones y aparejos.

Las bajas españolas fueron de unos 500 muertos y 4.000 prisioneros y todo el ejército de Aragón y Valencia quedó disuelto. El teniente coronel de Ingenieros Pedro Hernández de Tejada murió el día 19. La división Lazán regresó a Tortosa, los regimientos de Roca marcharon a Morella, y Blake, con el resto de fuerzas, se dirigió a tomar posesión de la capitánía general de Cataluña y socorrer a la sitiada Gerona desde hacía ya mes y medio.

El mismo día 18 los franceses entraron de nuevo en Alcañiz, donde se quedó la 2ª División con 9.946 hombres al mando de Musnier, hasta el 11 de julio de 1813. Suchet, por su parte, regresó a Zaragoza donde reorganizó sus fuerzas.

⁸⁹ Enrique Rodríguez-Solís, op.cit., p, 445.

⁹⁰ Ver Gregorio Cayuela, “Los soldados en el conflicto. Leones heridos”, en Revista *La Aventura de la Historia*, núm. 112, Arlanza Ediciones, Madrid, 2008, p. 62.

Pero volvamos por un momento a la desbandada española en Belchite. El general Blake en el parte que dio de la acción a la Junta Central, decía lo que sigue:

«De repente principió a huir desordenadamente un regimiento, en el que dicen que cayó una granada francesa sin reventar; le siguió otro, igualmente sin disparar un tiro; a éstos le siguió otro, y finalmente, en algunos minutos se encontró abandonada la posición que defendían, quedándose solos los generales y algunos oficiales en ella, sin poder reunir un cuerpo que hiciera frente al enemigo.

(...) estas dispersiones son harto frecuentes, por desgracia, en nuestros ejércitos (...) Unos pocos hombres, que dan mal ejemplo de huir, desorganizan todo un ejército, y para disculpar su cobardía mienten diciendo que el enemigo ha recibido grandes refuerzos...».⁹¹

La Junta Central contestó que los que habían huido merecían un castigo ejemplar y que no era casualidad el que esos hechos se reprodujesen con asiduidad. La razón para que eso ocurriese, nos apunta Fernández-Solís que fue debido a que «muchos oficiales deseaban que la guerra terminase para entrar al servicio del intruso José y de Napoleón, y gozar tranquilamente de sus empleos, aumentados con el premio ofrecido a los traidores... ya solo quedaban en el noble suelo aragonés las guerrillas».

Pero no todo fueron parabienes para los generales al mando en estas dos batallas: María de Huerva y Belchite. El general Francisco Vivanco y Barbaza-Acuña, que había luchado en las dos anteriores y en la de Alcañiz, afirmó:

«Don Joaquín Blake, en razón a que sin embargo de la común opinión que gozaba de tener muchos conocimientos militares, el que relata hizo la

⁹¹ Enrique Rodríguez-Solís, op.cit., p, 446.

observación de que siempre al tiempo de poner en ejecución los planos trazados en el bufete, se confundía y no atinaba el medio de llevarlo a efecto, sin duda porque le faltaba la primera cualidad de un guerrero al frente de las líneas de su contrario; por eso se perdieron las batallas de María y Belchite...».

Añadiendo por su parte Manuel Muriel Hernández en su tesis doctoral⁹² que en las batallas citadas el general Blake dio prueba de su incapacidad para el mando de un ejército en campaña.

⁹² Manuel Muriel Hernández, *Manuel Lorenzo: Militar y Gobernador de Santiago de Cuba*, Universidad Complutense, Madrid, 2012, p. 77.

ARAGONESES.

Por orden del Emperador he venido á tomar el mando de su tercer cuerpo: el Rey de España y de las Indias, vuestro augusto soberano me ha nombrado Gobernador general de Aragon, y me ha revestido del supremo poder. A mi llegada he hallado en vuestro territorio un ejército enemigo que por los medios mas violentos trataba de excitar una sublevacion general. El pacifico habitante era arrancado por fuerza de sus labores; el hijo obligado á abandonar á su padre, y los padres constreñidos á entregar á sus hijos sin pena de muerte. Así ejercían los Españoles la mas tiránica crueldad contra los Españoles mismos.

Treinta mil hombres y una numerosa artillería han venido á amenazar á Zaragoza; pero los habitantes de esta ciudad han dado un grande exemplo á la España, pues han permanecido tranquilos á la presencia de dos ejércitos que se batian; haciendo ver de esta suerte quanto sabian respetar su juramento.

La batalla de Zaragoza asegura la tranquilidad de vuestro pais; la de *Betschite* acaba de imprimir el terror en los enemigos del Emperador, y de precipitar su fuga mas allá de las fronteras de Aragon. Quatro vanderas, millares de hombres entre muertos y prisioneros, treinta y una pieza de cañon, de quarenta á cinquenta cajas de municiones, seis mil fusiles, almacenes de viveres y vestidos han caido en poder del ejército frances; disipando así en una campaña de quatro dias á aquel ejército presuntuoso, cuyos Xefes se lisongearban de encerrarnos en Zaragoza.

¿Por quién se ha vertido tanta sangre? Por los Ingleses, por hereges que no tienen otro placer ni otra felicidad que armar unos contra otros á los habitantes del continente.

Mis tropas no impedirán recojais vuestras cosechas, ni embarazarán vuestras poblaciones, sino que permanecerán en los campos, prontas á protegeros y á asegurar vuestro reposo.

Ayudad mis intenciones, llamad á vuestros hijos, baxo el seguro de que no serán inquietados; pero si es que tardan á obedecer mi voz me veré obligado á considerarlos como enemigos y á confiscar la parte de bienes que les pertenece.

La manutencion del ejército se cargará igualmente á los trece Corregimientos de Aragon; y un diputado de cada cabeza de Partido formará una junta en Zaragoza para asegurar la justa reparticion de los impuestos.

Desde el 1.º de Julio se abritán en la Capital todos los Tribunales del Reyno; y antes de un mes todos los Corregidores y Alcaldes recibirán de mi parte nuevas instrucciones.

La Religion y sus ministros serán respetados; pero que no olviden que su primer debér es predicar al pueblo la paz, el amor y respeto á su soberano.

Habitantes de Zaragoza: he manifestado al Rey vuestra laudable conducta; estoy cierto de que su corazon será penetrado, y espero que os dará las mas señaladas pruebas de su benevolencia.

Quartel general del Campo de Alcañiz 19 de Junio de 1809. Firmado—*El Conde del Imperio Suchet.*

Concuerda con su original.

El Ayudante Comandante, Xefe del Estado mayor.

Saint-Cyr nagues.

Bando de Suchet sobre la administracion de Aragón

El obelisco de Alcañiz

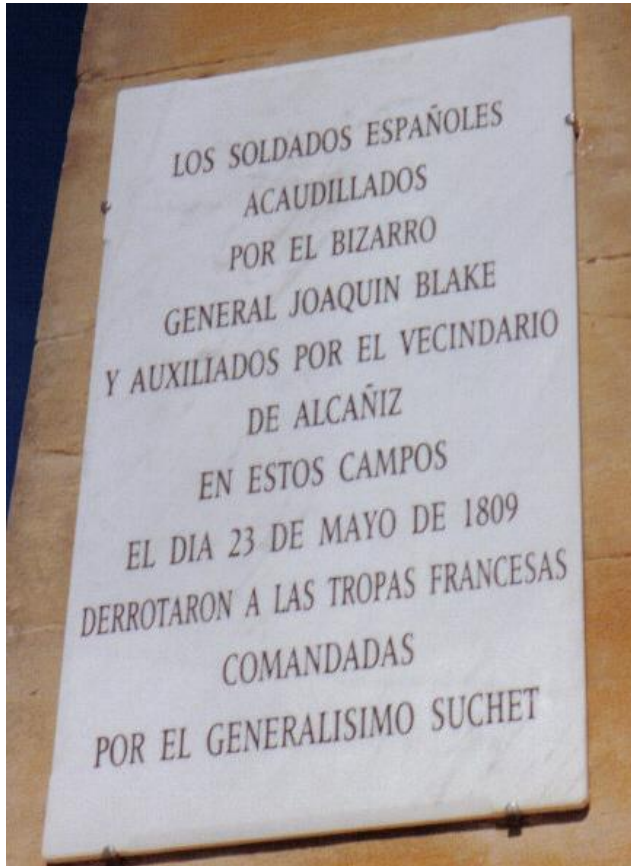
En la conmemoración del primer centenario de la Batalla de Alcañiz, los naturales del lugar, a través de la Junta magna nombrada para organizar los festejos, decidieron levantar en la loma de los Pueyos un sencillo obelisco el 23 de mayo de 1909, diseñado por el arquitecto aragonés Luis de la Figuera, con el ánimo de perpetuar la memoria de un hecho glorioso de su historia. El obelisco está dedicado al Ejército y al pueblo de 1809. El arquitecto visitó la ciudad y el lugar dónde se iba a elevar el obelisco el lunes 22 de febrero de 1908.

El concurso de la obra se anunció por pregón y fue otorgada al hijo del pueblo y destajista Francisco Andreu Villalba, a 40 pesetas el metro cúbico de sillería, los procedentes de la cantera de los Pueyos, y al de 80 los de Malaire. El labrado y colocación de los lápidas de mármol fue encargado al escultor Álvaro Sánchez, que cobró 450 pesetas; y los adornos metálicos a Pascual González, de Zaragoza.

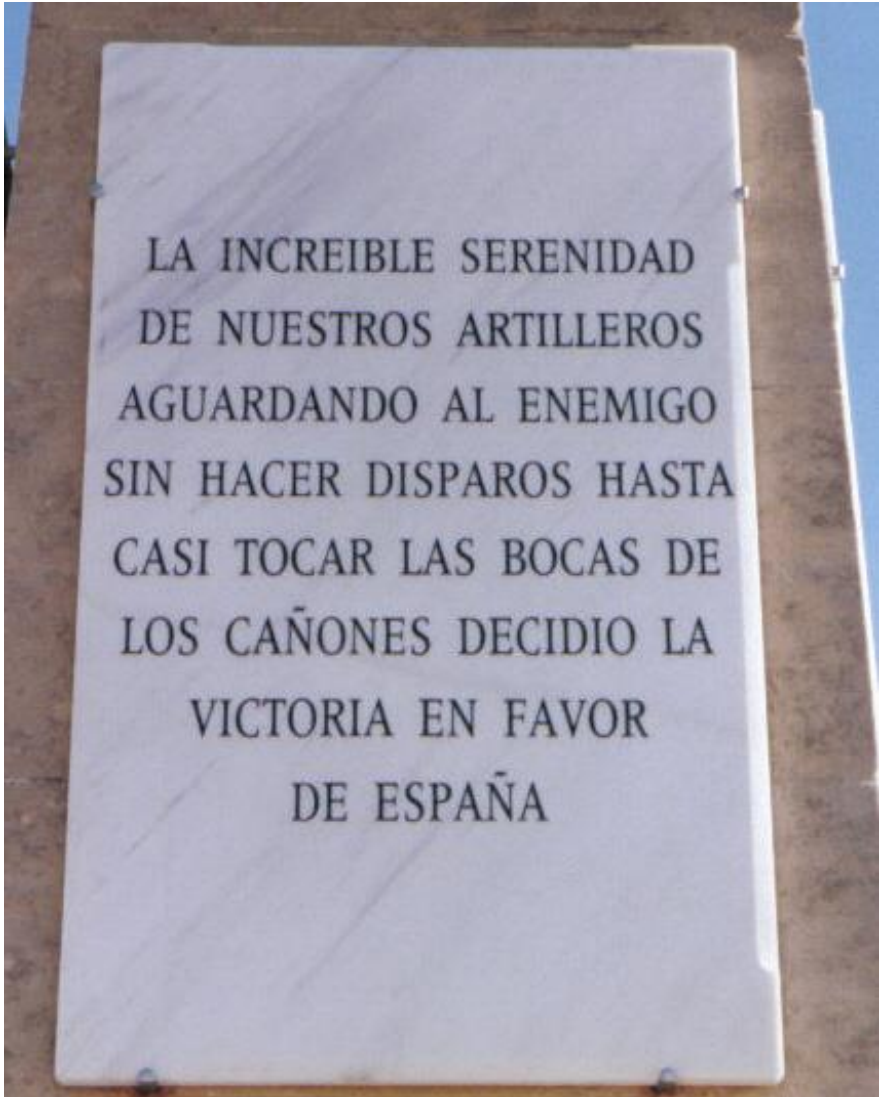
La obra se construyó con piedra caliza de las canteras de Malaire (Alcañiz) y de los Pueyos, mármoles blancos de Italia y adornos metálicos. Lo típico del obelisco es el achaflanado de las esquinas en su parte superior que dan lugar a que aparezca una cruz que corona el monumento. A la inauguración del mismo acudieron el Arzobispo de Zaragoza, Juan Soldevilla Romero,⁹³ que bendijo la obra; el Gobernador Civil de Teruel, el Subsecretario de Hacienda, Rafael Andrade; representaciones de las Corporaciones de la Comarca y de los Centros de Cultura, así como los descendientes de algunos de los héroes de la jornada el Duque de Vistahermosa, Barón de Areizaga y Calonge.

⁹³ Fue asesinado en Zaragoza el 4 de junio de 1923 por los anarquistas Francisco Ascaso y Rafael Torres Escartín.

En cada uno de los lados del obelisco hay cuatro sendas placas de mármol con las leyendas:



Archivo autor



Archivo autor



Archivo autor



ESTE OBELISCO
SE HA ERIGIDO
POR
SUSCRIPCION PUBLICA
EN HONOR
DEL EJERCITO Y DEL PUEBLO
COMO MEMORIA
DEL
PRIMER CENTENARIO
Y FUE BENDECIDO
EN
23 DE MAYO DE 1908
A PRESENCIA DE
MILLARES DE PERSONAS
POR E EXCMO
Dⁿ.D. JUAN SOLDEVILA
ARZOBISPO DE ZARAGOZA

Archivo autor

Esta suscripción popular a la que se refiere el texto fue a través de la compra, por parte de los vecinos, de cuatro periódicos que se editaron de una manera extraordinaria los días 23 de los meses de febrero, marzo, abril y mayo de 1909, en las celebraciones del primer centenario de la batalla de Alcañiz. Los precios que se pusieron para la venta del «periódico dedicado a conmemorar la fecha gloriosa de 23 de mayo de 1809» fueron de una peseta por veinticinco céntimos cada suscripción en toda España; diez céntimos el número suelto ordinario y dos pesetas el número extraordinario de mayo, admitiéndose los pagos en sellos de quince céntimos.

Sin embargo el dinero no alcanzaba para realizar la obra. Se sabe que el arquitecto Luis de la Figuera fue muy desinteresado en sus estipendios y que más de novecientos vecinos dieron su humilde cuota de veinticinco a cincuenta céntimos. Por el lado contrario, la Diputación de Teruel dio mil pesetas; el nieto de Blake, Joaquín Blake Orbaneja, quinientas; el barón de Areizaga, cien, y muchas personalidades políticas y del gobierno del momento también ofrecieron su parte.

El Arzobispo de Zaragoza Soldevilla bendijo el periódico y ofició la misa de campaña del 23 de mayo de 1908.

Para completar el recuerdo del primer centenario, fue inaugurada una placa en la plaza de España de Alcañiz en la que se puede leer: «A los héroes y víctimas del 26 de enero de 1809 recuerdo de la ciudad de Alcañiz en su primer centenario de la independencia».

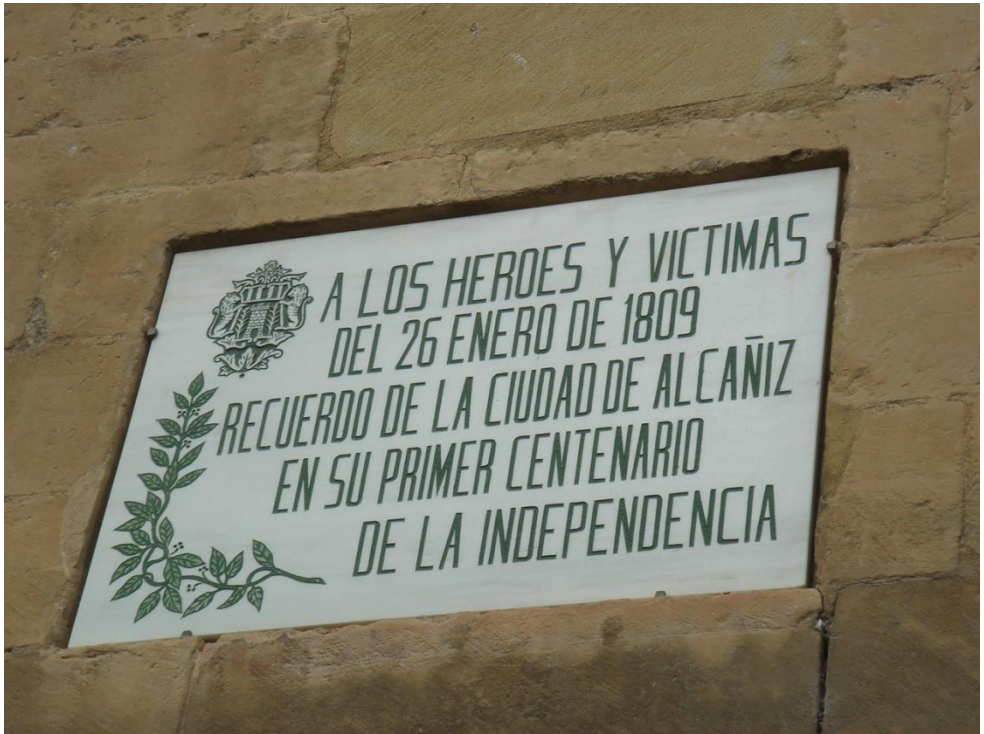


Foto autor



Obelisco de Alcañiz. Archivo autor.

La polémica de la primera Laureada

El origen de la máxima condecoración militar, la Cruz Laureada de San Fernando, tuvo su origen en un proyecto de reglamento que presentó el teniente coronel de Infantería, diputado suplente por Buenos Aires, en la sesión de Cortes de Cádiz de 27 de enero de 1811.

En ese proyecto presentó la idea de instituir una orden con objeto de premiar el mérito militar en campaña, titulándola «la espada de San Fernando», que fue la base para la firma del decreto núm. LXXXVIII, de 31 de agosto de ese año, 1811, creando la Orden Nacional de San Fernando, reformada en 1856 fue como Real y Militar Orden de San Fernando. La base que subyacía al crear esta condecoración fue el deseo de que «solo el distinguido mérito sea convenientemente premiado y que nunca pueda el favor ocupar el lugar de la justicia».

El emblema constaba de cuatro aspas o brazos iguales, que se unían en un centro circular, donde se veía, empuñando una espada, la efigie de San Fernando, esmaltada en las cruces de oro y grabada en las de plata. En torno al círculo estaba escrito, en el anverso, una leyenda que decía: “al mérito militar”; y en el reverso: “La Patria”.

La acción, “mérito distinguido en grado heroico”, de nuestro biografiado que fue galardonada con la “Cruz de la 4ª Clase de la nacional y militar orden de San Fernando”,⁹⁴ se realizó el 23 de mayo de 1809, más de dos años antes de su invención, y concedida mediante un Real Despacho de 9 de marzo de 1816, 6 años más tarde. Por lo que nos encontramos en la duda, siempre ha existido, en saber quién fue el primer laureado: si el

⁹⁴ Archivo General Militar de Segovia. Hoja de servicios. (sección 1ª, legajo G-1612).

primero en el tiempo que hizo una hazaña digna de ser premiada, o el primero en el tiempo en que fue concedida después de los largos procesos de los juicios contradictorios.

El texto que decía el Real Decreto mencionado era: “(...) se le concede la cruz de la cuarta clase de la nacional y militar Orden de San Fernando por el mérito distinguido en grado heroico que contrajo en la gloriosa batalla de Alcañiz, dada a los franceses en 23 de mayo de 1809, se la cual se halló de comandante general de su Arma”.

El capitán de Infantería Celestino Rey Jolí publicó en *El Memorial de Infantería*⁹⁵ que el primero de los laureados fue Lord Wellington, “el Duque de Hierro”, por los servicios prestados a España en el final de la guerra de la Independencia. De los oficiales también se encuentra como uno de los primeros laureados el alférez de Caballería de Almansa Hipólito de Silva de la Hera, por Real Cédula de 18 de diciembre de 1816, por haberse batido cuerpo a cuerpo con 10 dragones enemigos y haber hecho prisionero al oficial que los mandaba.

Por una Real Orden del 27 de mayo de 1817 fue nombrado Loygorri Vocal de la Asamblea de la orden nacional y militar de San Fernando, en representación de los caballeros cruces de 4ª clase.

⁹⁵ *El Mundo Militar*, núm. 358, año XI, Madrid, febrero de 1918.



Laureada del general Loygorri en el Museo de la Academia de Artillería. Segovia. Archivo autor.

De las clases de tropa figura como uno de los primeros laureados el sargento de Caballería Antonio García, apodado *El Inmortal*, al haber asistido a 37 acciones de guerra y ser herido 32 veces. En otra ocasión fue hecho prisionero y mandado fusilar, pero fue recogido con vida de entre un montón de cadáveres también fusilados y logró sobrevivir. Se presentó entonces al General Ballesteros y fue recibido en las Cortes en 1813, donde le ascendieron a oficial y mandaron instruir el correspondiente expediente para ingresar en la orden.

Entre los marinos encontramos al capitán de fragata Nicolás Otero que murió al mando de la Goleta Ave Fénix en lucha contra un buque corsario francés, al norte de la isla de Santo Domingo, en el mar de las Antillas el 26 de junio de 1811.

No obstante todo lo escrito se ha llegado al común acuerdo entre los estudiosos del tema, que la primera le corresponde a Loygorri al haber sido su acción de guerra en fecha tan temprana de 1809. Aunque no obstante esta afirmación, es digno mencionar que el teniente de artillería Rafael de Arango recibió la Cruz de 1ª clase por la defensa del Parque de Monteleón el 2 de mayo de 1808, aunque no se le concedió hasta 1823.⁹⁶

La Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando de 4ª Clase se encuentra Cedida en Depósito en el museo de la Academia de Artillería de Segovia, donada por su sucesor y heredero Mariano García-Loygorri y Martínez de Irujo, Duque de Vistahermosa, el 28 de enero de 1989.

También el sable del general fue donado en Depósito a la Academia. Fue el 21 de noviembre de 2017 cuando se celebró el acto. Firmaron en el acta de cesión el Excmo. Sr. D. Cristóbal García-Loygorri y Urzaiz, Duque de Vistahermosa, como depositante del sable, la Ilma. Sra. Dña. Cristina García-Loygorri y Jordán de Urriés, primogénita del Duque, el Coronel Director de la Academia de Artillería Ilmo. Sr. D. José María Martínez Ferrer; como testigos del depositante intervinieron el Ilmo. Sr. D. Carlos García-Loygorri y Urzaiz, y el Excmo. Sr. D. Fernando García-Mercadal y García-Loygorri, General Auditor. Por parte de la Academia de Artillería intervino como testigo el Ilmo. Sr. D. Francisco Morejón Rodríguez, Secretario de la Inspección del Arma de Artillería y responsable de la Biblioteca y Museo. También participaron como testigos por parte de la

⁹⁶ José Luis Isabel Sánchez, *Acerca de la Orden de San Fernando*.

Asociación Conde de Gazola el Teniente General Excmo. Sr. D. Antonio de la Corte García, como presidente de la misma y el General de Brigada, Excmo. Sr. D. Luis Feliú Bernárdez.⁹⁷

En el curso de la Guerra de la Independencia solo hubo ocho oficiales de Artillería que obtuvieron la Cruz Laureada. Además de Loygorri fueron Manuel Velasco, Juan Barbaza, Pablo Miranda, José M. de Reina, José Herrera Dávila, José Medrano y Francisco Nevot, que la obtuvieron de primera clase.

⁹⁷ Fuente: página web de la Academia de Artillería.

Bando de Suchet, 19 de junio de 1809

Después de la derrota de Suchet en Alcañiz, que no la nombra en el bando, y de sus victorias en las batallas de María de Huerva y de Belchite, el general Suchet edita al día siguiente de la victoria sobre el ejército español en tierras belchitanas, un bando para que todos los ciudadanos de Zaragoza y de Aragón sepan de su propia mano cuáles son sus intenciones para desde en ese momento en adelante. Por un lado agradece, por otro solicita y finaliza amenazando si sus órdenes no son cumplidas.

Decía:

Aragoneses,

Por orden del Emperador he venido a tomar el mando de su tercer cuerpo: el rey de España y de las Indias, vuestro augusto soberano me ha nombrado Gobernador general de Aragón, y me ha revestido del supremo poder. A mi llegada he hallado en vuestro territorio un ejército enemigo que por los medios más violentos trataba de excitar una sublevación general. El pacífico habitante era arrancado por fuerza de sus labores; el hijo obligado a abandonar a su padre, y los padres constreñidos a entregar a sus hijos so pena de muerte. Así ejercían los españoles la más tiránica crueldad contra los españoles mismos.

Treinta mil hombres y una numerosa artillería han venido a amenazar a Zaragoza; pero los habitantes de esta ciudad han dado un gran ejemplo a España, pues han permanecido tranquilos a la

presencia de dos ejércitos que se batían, haciendo ver de esta suerte cuanto sabían respetar su juramento.

La batalla de Zaragoza asegura la tranquilidad de vuestro país; la de Belchite acaba de imprimir el terror en los enemigos del Emperador, y de precipitar su fuga más allá de las fronteras de Aragón. Cuatro Banderas, millares de hombres entre muertos y prisioneros, treinta y una pieza de cañón, de cuarenta a cincuenta cajas de municiones, seis mil fusiles, almacenes de víveres y vestidos han caído en poder del ejército francés, disipando así en una campaña de cuatro días a aquel ejército presuntuoso, cuyos jefes se lisonjaban de encerrarnos en Zaragoza.

¿Por quién se ha vertido tanta sangre? Por los ingleses, por herejes que no tienen otro placer ni otra felicidad que armar unos contra otros a los habitantes del continente.

Mis tropas no impedirán que recojáis vuestras cosechas, ni embarazarán vuestras poblaciones, sino que permanecerán en los campos, prontas a protegeros a asegurar vuestro reposo.

Ayudad mis intenciones, llamada a vuestros hijos, bajo el seguro de que no serán inquietados; pero si es que tardan en obedecer mi vos me veré obligado a considerarlos como enemigos y a confiscar la parte de bienes que les pertenece.

La manutención del ejército se cargará igualmente a los trece corregimientos de Aragón, y un diputado de cada cabeza de Partido formará una junta en Zaragoza para asegurar la justa repartición de los impuestos.

Desde el 1º de julio se abrirán en la Capital todos los Tribunales del Reino, y antes de un mes todos los Corregidores y Alcaldes recibirán de mi parte nuevas instrucciones.

La Religión y sus ministros serán respetados, pero que no olviden que su primer deber es predicar al pueblo la paz, el amor y respeto a su soberano.

Habitantes de Zaragoza: he de manifestar al rey vuestra laudable conducta. Estoy cierto de que su corazón será penetrado, y espero que os dará las más señaladas pruebas de su benevolencia.

Cuartel general del Campo de Alcañiz, 19 de junio de 1809.
Firmado: El Conde del Imperio Suchet.

Concuerda con su original, El Ayudante comandante, Jefe del Estado Mayor, Saint-Cyr nagues.

Gerona, septiembre de 1809

Después del éxito de Alcañiz y el fracaso de María de Huerva y de Belchite, Loygorri participó con una División de todas las armas: cinco mil soldados de infantería, 200 caballos y dos compañías de artillería, en las operaciones pertinentes para introducir los convoyes para auxiliar a la ciudad de Gerona.

En ese verano los franceses habían opuesto sitio a la ciudad defendida por el general Álvarez de Castro, con unos 3.000 soldados y 180 piezas de artillería en los fuertes. Las divisiones galas de Verdier y Moris, con 18.000 hombres a las órdenes directas de los generales Gouvion, Saint Cyr y Augerau, machacaron literalmente su objetivo. Su artillería fue la formada por 49 piezas de gran calibre, 14 morteros, 6 obuses y 2 pedreros.⁹⁸

El general Blake, jefe del ejército de Cataluña, explicó que debía realizar una maniobra de diversión engañando a la línea enemiga con un ataque en un lugar totalmente opuesto a por dónde debería entrar el convoy de socorro. Blake mandaba una vanguardia al mando del brigadier Enrique O'Donnell, y tres divisiones mandadas respectivamente por los mariscales de campo Loygorri, Jaime García Conde y Pedro Cuadrado que operaron sobre Gerona, Bañolas y Santa Coloma de Parnés.

A lo largo de esta campaña, Blake, capitán general de Cataluña, mantenía perfectamente informados a sus mandos. Entre los meses de julio y noviembre de 1809, les envió minutas de correspondencia sobre los movimientos de fuerzas en el Distrito y sobre el socorro a la plaza de Gerona.

⁹⁸ *Al pie de los cañones*, op.cit.

En la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre pudo introducir en la Plaza tropas y un gran convoy de 1.500 acémilas (mulas) con municiones de guerra y boca. Un correo que llegó a Tarragona el 5 de septiembre procedente de Santa Coloma del Farnés, en las inmediaciones de Gerona, les dio la agradable noticia de que el general Loygorri y el Mariscal de Campo García Conde atacaron con tanto acierto a los enemigos que sitiaban aquella plaza, que después de hacerles unas pérdidas considerables, les tomaron tres baterías con 18 cañones, tres obuses y otros útiles de guerra, a la vez que el coronel Dr. Robira, que estaba a la derecha del río Ter, arrolló una división enemiga compuesta de tres mil hombres de los que muy pocos lograron salvarse.⁹⁹

El 26 de éste mismo mes de septiembre avanzó desde las alturas de Santa Felaya para hacer frente a los franceses, ocupando y atrincherando Bruñola y sus alturas, formando la derecha de la línea en la que se sostuvo contra las crecidas fuerzas enemigas, que intentaron arrojarlo el 19 y el 20 del mes de octubre. En la primera acción logró que el francés se replegase a sus campamentos de San Dalmay, y en la segunda a abandonar estos y retirarse a un bosque muy distante con bastantes pérdidas de muertos, heridos y prisioneros.

La acción se desarrolló cuando en la mañana del 19 de octubre, descubiertas francesas de unos 500 hombres se acercaron a Bruñola sin que fuera permitido su avance. Al día siguiente, el 20, fueron unos 3.000 hombres y 250 caballos enemigos los que a través de los bosques se acercaron a Bruñola por la parte de San Dalmay rompiendo el fuego. Loygorri, que mandaba la posición, hizo avanzar a sus guerrillas mientras que el brigadier Enrique O'Donnell se adelantó por el centro. Las guerrillas, formadas por Granaderos Provinciales de Castilla La Nueva y de

⁹⁹ *Diario de Mallorca*, martes 12 de septiembre de 1809.

Granaderos y Cazadores de Guardias Walonas, rechazaron el ataque francés haciéndole volver a sus campamentos, desde donde ya se retiraba O'Donnell después de haber quemado sus campamentos.

En el mes de octubre, el mariscal de campo Loygorri formaba parte del ejército primero de la derecha que se encontraba sobre Gerona, Bruñola y Santa Coloma de Farnés. Loygorri mandaba a los Brigadieres Miguel Iranzo y Conde de Pinohermoso, con las unidades respectivas de la 2ª división de Granaderos provinciales, Soria y Granaderos de Kayser; y 2º de cazadores de Orihuela, 4º Batallón de Marina, Voluntarios de Tarragona y el 1er Tercio de Tarragona. En total eran 168 Jefes y Oficiales y 4.286 de tropa.

Gerona capituló el día 11 de diciembre de 1809 y en la tarde del día siguiente, 13, Blake y Loygorri se fueron a Tortosa dejando, al parecer, una no muy buena impresión. Felipe Aner de Esteva e Ignacio Miguel de Sallés enviaron desde Vich un oficio al Presidente y Junta Superior en la que afirmaban sobre la marcha de los dos generales con sus hombres: «Dios les dé más acierto que en esta provincia, la que siempre se acordará de estos nombres para execrar su memoria».¹⁰⁰

¹⁰⁰ José Grahit y Grau, "Partes inéditos sobre Gerona en 1809", p. 28.



El Gran día de Gerona. César Álvarez Dumont.

Director e Inspector y Coronel General del Real Cuerpo Nacional de Artillería, Cádiz 22 de julio de 1810

La guerra contra el francés iba despacio y daba tiempo al cumplimiento de todos los trámites burocráticos. El 3 de enero de 1810, Blake, teniente general de los Reales Ejércitos, envió un certificado a Loygorri dando cuenta de su nombramiento como Comandante General de Artillería en el Ejército de Aragón y Cataluña, así como de sus servicios en las acciones de Alcañiz (Teruel), María de Huerva (Zaragoza) y Belchite (Zaragoza) y el socorro a Gerona.

Después de haber perdido Gerona, Loygorri a las órdenes del general Blake regresó al Cantón de Tortosa (Tarragona) donde se dedicó a labores de organización de un completo tren de batalla. No obstante este cometido, Loygorri no desatendió sus otras obligaciones. Así en marzo de 1810, atendió un oficio de la Junta Superior de Aragón y parte de Castilla, reunida en Cherta (Tarragona), por el que se le solicitaba si podía atender alguna de las dos peticiones que había realizado el *guardalmacén* llamado Pedro Gutiérrez. Debía conseguir al menos 32 duros para adquirir dos tornos que necesitaban los armeros para realizar su trabajo.¹⁰¹ Siguiendo en comunicación con la Junta, Loygorri se mostró muy sensible con la falta de tornillos o caracoles de cerrajero que aquella necesitaba. Se estaban usando en un principio los que habían sido embargados a los operarios de Tortosa, por lo que se decidió comprar.

¹⁰¹ Herminio Lafoz Rabaza, *Actas de la Junta Superior de Aragón y parte de Castilla (1810)*, Fuentes Históricas Aragonesas núm. 56, Institución «Fernando El Católico», Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 2011, p. 246.

Estos dos simples ejemplos del día a día de la logística de campaña, eran los que ocupaban el tiempo del mariscal Loygorri. No solo de grandes problemas y temas de Estado estaba llena su agenda.

El 12 de mayo de 1810, aunque con oficio del 24 del mismo mes, fue nombrado por el general Enrique José O'Donnell, el Conde del Abisbal, gobernador militar y político de Tortosa pero manteniendo el mando de la artillería del 2º ejército, mientras éste no tuviese que operar defensivamente. Tomaba el mando al haber ascendido el general Pedro Cuadrado.

En su mandato, Loygorri ordenó completar y reforzar las fortificaciones de la ciudad. Fortificaciones que estaban rodeadas de un foso que fue protagonista de una acción artillera durante el sitio del 18 de mayo de ese año de 1810. El teniente Juan Barbaza descolgó 2 piezas ligeras y disparó desde pocos metros a los zapadores franceses que se encontraban minando.

En este intervalo de tiempo, Loygorri a punto estuvo de ser nombrado interinamente, por el general de Cataluña Enrique O'Donnell y en sustitución del mariscal de campo Francisco Marcó del Pont, como mando de las tropas y gente armada que se encontraba en Aragón como le correspondía al ser su segundo Comandante General y con dependencia y subordinación a sus órdenes. La Junta se encontraba en este tiempo en la ciudad de Peñíscola, siendo el 17 de mayo de 1810.

A finales del citado mes de mayo y año, surgió un importante problema que llegó al despacho de Loygorri. Hilario Jiménez, Director de Provisiones, dio parte al citado desde Tortosa, que el río Ebro llevaba ya seis días con un gran caudal siendo imposible que los barcos con trigo pudieran navegar hasta Mequinenza, habiendo pensado el utilizar caballerías. Misión

también imposible por la falta manifiesta de éstas. Sin embargo, un enlace comunicó que el castillo de Mequinenza estaba suficientemente abastecido por el vecindario, por lo que no era necesario llevar más. Por otro lado, como era muy peligroso que el grano cayese en manos francesas, que de vez en cuando aparecían en las orillas de los ríos Segre y Cinca, Loygorri pidió al ministro del castillo que decidiese qué hacer con el trigo.

Hilario Jiménez, con fecha del 30 de mayo desde Tortosa, envió 156 cahíces de trigo a Mequinenza, el estado del río lo permitía así como la presión del enemigo, a bordo de dos barcos. Pero nada más partir vio que los comisionados que se habían enviado anteriormente a la misma plaza regresaban con los 7.000 duros y las treinta cargas de tocino que les llevaban. Los franceses habían cortado todos los caminos, por lo que Loygorri, comandante general del Cantón de Tortosa determinó que toda la carga se almacenase en el mismo Tortosa, con toda la vigilancia posible, hasta mejor ocasión. Al día siguiente, y en el mismo tono logístico, el mismo Loygorri comunicó las remesas de cartuchos que se había enviado al general Francisco Palafox. Refiriendo que para las próximas remesas haría falta caballerías que Tortosa no tenía.

Estos envíos de armamento y munición fue una constante en la guerra. A modo de ejemplo, lo que se necesitaba en diferentes frentes eran cartuchos de balas de a tres cuartos y balas de onza.

El 6 de junio de 1810, reunida la Junta en Peñíscola (Valencia), se abordó la contestación que Loygorri había enviado el día anterior al marqués del Palacio sobre el aviso que se le dio para ser nombrado capitán general para el Ejército y Reino de Aragón. Con esta medida, decía Loygorri, el rey Fernando VII se interesaba por el «desgraciado Reino de Aragón». Por otro lado y en la fecha del día siguiente, 7 de junio, estimó Loygorri que todo el

tren de artillería de campaña y su parque se refugiase en Peñíscola en el caso de que Tortosa fuese amenazada por el francés.

En junio de ese año, el Consejo de Regencia del Reino le hizo ir a la plaza sitiada de Cádiz donde le dieron, el 22 de julio de 1810, el nombramiento en calidad de interino de Director, Inspector y Coronel del Cuerpo Nacional de Artillería, para que se hiciera cargo de la Artillería que defendía Cádiz. Era el nuevo mando superior de toda la artillería.

De acuerdo a la defensa de Tarifa en 1811, Loygorri, siguiendo órdenes del Ministro de la Guerra ordenó que se embarcasen con urgencia a esa plaza «cuatro cañones de *a* 16, dos obuses de nueve pulgadas y dos morteros, con sus montajes, cureñas de repuesto, municiones y demás correspondiente».

En relación con la carta magna, la Constitución de marzo de 1812, *La Pepa*, Loygorri, junto a novecientas personas más, firmaron un escrito de afirmación y aceptación de la misma el 23 de enero del mencionado año en la ciudad de Cádiz. En la Isla de León se produjo la proclamación y el juramento de la misma el 2 de abril mediante un acto castrense y religioso en el que participaron militares españoles, portugueses e ingleses, así como civiles de toda condición. El mencionado acto finalizó con una comida. La mesa del Estado Mayor se engalanó con las banderas de cada una de las nacionalidades presentes. En la española se podía leer en uno de sus lados: «Viva la triple alianza de España, Inglaterra y Portugal»; y en el otro: «Gloria eterna a la Constitución, al Congreso y al Gobierno español». Loygorri se sentó en esta mesa presidencial junto a personajes tan importantes como el general británico Cook, el comandante general de Marina, Miguel de Sousa; el conde de La Bisbal, uno de los regentes del reino y el coronel inglés, distinguido en la defensa de Tarifa, Skerret, entre otros.

El 15 de agosto de 1812, fue nombrado General en jefe de las tropas y línea de la Isla de León, pero manteniendo el cargo anterior. El nombramiento fue como consecuencia de «la pericia por hacer levantar a las tropas francesas el sitio de la isla de León». El 12 de diciembre de este mismo año, hubo de salir en la madrugada para obligar a los franceses a levantar el sitio que desde principios de 1810 tenían establecido sobre la Isla de León y la ciudad de Cádiz. Una vez logrado su objetivo, Loygorri persiguió a los franceses, acompañado de tropas inglesas al mando del teniente general Hoc, con tanto acierto que no tuvieron tiempo los franceses de destruir todas sus pertenencias y repuestos.

En premio a su excelente actuación para que los franceses no tuvieran el éxito esperado en el sitio impuesto a las islas gaditanas, la Regencia del Reino le concedió en propiedad la Dirección General de Artillería el 1 de septiembre de 1812, y pronto, muy pronto, comenzó a estudiar y dirigir el Cuerpo que adoraba: la Artillería.

La Real Orden¹⁰² nombrándolo decía:

«Ministro de la Guerra. A Don Martín García y Loygorri digo hoy lo que sigue»:

«Queriendo la regencia del reino darle a V.E. una prueba de lo satisfecha que está de sus méritos y servicios y de los que últimamente tiene contraídos en la interinidad de la Dirección General de Artillería, se ha servido elegirle y nombrarle por Director general en propiedad de esa arma».

¹⁰² Real Orden nombrando al general Martín García y Loygorri director general de Artillería. Archivo Histórico Nacional, Signatura: DIVERSOS-COLECCIONES,127,N.65

«Lo traslado a V.SE. de orden de S.A. para su inteligencia y gobierno. Dios Guarde a V.E. Ciudad de Cádiz, septiembre de 1812».

Carvajal

José María Carvajal Urrutia (1762-1832) fue militar y político que ocupó el cargo de Ministro de la Guerra durante la Guerra de la Independencia.

En 1813, editó, con autorización de la Regencia del Reino un Reglamento provisional para la creación y servicio de los Batallones del Tren de artillería. Hasta ese momento el mencionado tren estaba organizado por capataces y muleteros contratados. Sistema totalmente antimilitar, a los ojos del general de La Llave, y de los que decía que «eran ignorantes de toda especie de evoluciones».¹⁰³ Era muy normal que a los primeros disparos, los capataces y muleteros abandonasen los cañones a su suerte.

Se contempló crear un tren compuesto por una plana mayor y tres compañías, dos de ellas con soldados conductores de tiro, y la tercera con soldados de carga, con una plantilla, para caso de guerra, de 104 hombres, 132 mulas y 14 caballos. En el conjunto del reglamento viene todo perfectamente especificado en cuanto a las escalas, uniformidad marchas, guarniciones, etc.

El 23 de febrero de 1814, Loygorri comunicó al Secretario de Estado del Despacho de Guerra un acuerdo de la Junta Económica de la Maestranza de Cartagena, sobre la necesidad de retejar la mayor parte del edificio. Mientras que el 16 de enero de 1819, el mismo Loygorri transmitió al Secretario de Estado y del Despacho de Guerra el informe del Comandante

¹⁰³ Pedro de La Llave, op.cit. p., 24

Director del Parque de Artillería de la Maestranza, sobre la ruina de una bóveda del edificio.

El colegio de Artillería durante la Guerra de Independencia

Martín García Loygorri, que ya vimos fue cadete del Colegio de Artillería en Segovia, manifestó siempre un gran amor por él y por todo lo que le rodeaba. Ese interés se manifestó mucho cuando llegó a ser director general de la Artillería el 22 de julio de 1810. Comentamos a continuación algunas de las medidas que hubo de tomar para lograr el buen desarrollo de aquel.

Desde que las tropas francesas ocupasen Segovia y por ende el Alcázar, sede del Colegio de Artillería, éste no había dejado de ir de acá para allá alejándose de su presencia, preservando su esencia a la vez que continuaba, con más espíritu que medios, con la formación de los futuros oficiales del arma.

La primera llegada de los franceses a Segovia fue avisada en mayo de 1808, confiando los ciudadanos que el Alcázar y sus cañones darían buena cuenta de los intrusos, pero el invasor apareció por la parte baja de la ciudad entrando por el Azoguejo, siendo inútiles los esfuerzos realizados por los grupos de soldados que, mal armados, no pudieron evitar la entrada del extraño. Por otro lado, en el Alcázar habían quedado unos cuarenta cadetes que tampoco pudieron resistir el corto asedio impuesto, debiendo capitular el 6 de junio de ese mismo año.

Sin embargo esta conquista, al poco tiempo y como consecuencia de la derrota francesa en la batalla de Bailén del 19 de julio, los franceses salieron de Segovia regresando en el mes de octubre los profesores y cadetes que habían salido. Las clases se reanudaron inmediatamente pero,

otra vez y muy pronto, los franceses regresaron a la toma de Segovia donde ya se instalaron durante bastante tiempo.

Bajo la nueva amenaza de la llegada francesa, el Colegio salió de la ciudad del Eresma el día primero del mes de diciembre de 1808 y no regresaría a ella hasta cinco años y veinticuatro días después. A lo largo de este tiempo el Alcázar fue utilizado por el ejército francés sirvió como prisión de soldados y oficiales españoles. La estancia de estos allí era penosa en todos los sentidos. Esta situación de abandono fue paliada en gran medida por la generosísima actuación de algunas señoras segovianas dirigidas por la Condesa de Mansilla Doña Francisca Campuzano que, después de conseguir que los franceses les dejaran entrar en el Alcázar, pudieron atender a los prisioneros. La acción de la Condesa fue agradecida tanto por España como por los invasores, siendo galardonada posteriormente con la charretera de capitán de infantería y una pensión como título honorífico. Otros nombres de damas de la localidad nos lo recuerda Oliver-Copóns:¹⁰⁴ Francisca Esteban, Manuela, Basilia de la Fuente, etc.

El primer destino más o menos estable del Colegio errante, después de pasar por Salamanca y Orense, fue Sevilla. Marcharon por tierra hasta las ciudades portuguesas de Oporto, Coimbra, Abrantes y Lisboa, donde tomaron el día 1 de marzo un barco mercante que los dejó en Huelva, para continuar a Sevilla donde llegaron el 14 de marzo de 1809. Las clases se reanudaron al poco, pero el 30 de enero del año siguiente los acontecimientos obligaron a su nuevo cierre y la orden de reabrirlo en la

¹⁰⁴ Eduardo de Oliver-Copons y Fernández Villamil (1853-1934), aunque se retiró de coronel de Artillería, fue ascendido a General de brigada con carácter honorífico en 1919. En la Academia del Arma hay un retrato suyo con el uniforme de general de brigada, pintado en 1924 por E. González Mango. Fue Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.



Alcázar de Segovia

isla de Menorca, al estar ésta muy protegida por la escuadra inglesa, fondeada en el puerto de su capital. Concretamente en el cuartel de Calacorp situado en un arrabal de la población de Villacarlos, «distante media legua de Mahón»¹⁰⁵ y ya mencionada en el ataque al fuerte de San Felipe.

Tuvieron que salir de Sevilla en dirección a Cádiz de una forma precipitada dejando todos los efectos, libros e instrumentos topográficos y de tiro necesarios para la enseñanza, al sacerdote Antonio María de Tolesano. Los profesores oficiales se incorporaron a la Campaña, los alumnos más aventajados fueron promovidos a Subtenientes y el resto partió hacia las islas Baleares. Pero el traslado no se pudo realizar con la

¹⁰⁵ Pedro Antonio Pérez Ruiz, *op.cit.* p.143.

celeridad deseada, y en julio de 1810, el nuevo director general, Loygorri, hizo lo imposible para que las clases se reanudaran en un cuartel de Artillería de Cádiz con solo dos profesores de los designados. Éstos fueron el teniente coronel José Bergara y el capitán Julián Solana, 2º profesor y ayudante mayor, respectivamente, de la Real Academia Militar de la Isla de León. Casualmente el director de esta Academia era en aquel tiempo el teniente coronel Mariano Gil de Bernabé, que había sido profesor del Colegio de Segovia.

Al finalizar la guerra, Bergara recibió el encargo de Loygorri, entonces Director General del Cuerpo, de escribir una *Relación histórica de la suerte del Colegio de Artillería desde 1808 a 1814*, obra que se ha perdido.

Bergara, director en funciones, elevó a Loygorri el 3 de septiembre de 1810, un escrito en el que le solicitaba para el buen desarrollo de las clases y de las prácticas, un equipo completo de instrumentos topográficos y de dibujo. Entre estos pedía un teodolito, un semicírculo de pínulas, una plancheta y un nivel de agua con la vara de nivelar. Pero eran tal las escaseces en todos los sentidos, que en lugar de comprarlos se pidieron a los departamentos de la Marina, pero contestaron que tampoco disponían de esos medios. La dirección general de Artillería no cejó en su empeño y ordenó el 18 de marzo del año siguiente, 1811, que se pidieran a Inglaterra. La contestación no se hizo esperar. Le dijeron que volviese a realizar la solicitud una vez que los tiempos de zozobra hubiesen pasado. Así que Loygorri repitió la petición el 19 de mayo aludiendo la gran necesidad del Colegio de Cadetes sobre los instrumentos de geometría práctica. Finalmente, el 17 de junio se ordenó desde el gobierno español librar en varias partidas la cantidad de 20.000 reales para adquirir lo necesario.

A pesar de que la guerra estaba en su máximo apogeo, Loygorri no dejó de lado ninguna de sus responsabilidades. Así, el 6 de julio de 1811,

escribió un oficio al general Joaquín Blake, para comunicarle la aprobación de la solicitud presentada por su hijo, Joaquín Blake y Tovar, para ingresar como cadete en el Colegio de Artillería. Y el 8 de octubre de 1812, el mismo Director General se interesó por temas familiares del cadete mencionado, enviándole una carta cuando el alumno se encontraba en Cádiz. En otra ocasión, agosto de 1811, pasó a la comisión de Justicia del Congreso de los Diputados un certificado remitido por él mismo sobre una causa criminal que se seguía en Valencia contra un artillero que estaba a sus órdenes. Y el 13 del mes de mayo anterior Loygorri debió dar testimonio a la citada comisión de justicia sobre una causa que se seguía contra él en su departamento de artillería.¹⁰⁶

La fecha del embarque de los cadetes hacia Menorca estaba cerca, y en los preparativos el teniente coronel Bergara hizo una petición que hoy día nos podría parecer ridícula, pero que en aquel tiempo tenía su importancia en el sentido de incidir en la educación cristiana de aquellos jóvenes. Pidió una capilla portátil para que los cadetes pudieran seguir oyendo la santa Misa en Mahón, diariamente, sin salir del Colegio.¹⁰⁷ La petición la elevó Loygorri a la Secretaría de Estado y de Guerra, que ordenó que desde el Arsenal de La Carraca se facilitase la misma con los ornamentos, vasos sagrados y demás enseres correspondientes, para que «armándose en cualquiera de las salas del Colegio pueda suplir la de una estable».

El 10 de octubre de 1810, embarcó en Cádiz en la Fragata *Lucía* el Colegio con destino al puerto de Palma de Mallorca donde llegó el 31 de noviembre siguiente. En esta ciudad se alojó la expedición en el Colegio de Monte-Sión de los PP. Jesuitas que, a pesar de que las instalaciones no eran

¹⁰⁶ https://www.congreso.es/busqueda?p_p_id=buscador&p_p_lifecycle=0

¹⁰⁷ Pedro Antonio Pérez Ruiz, *Biografía del Colegio-Academia de Artillería de Segovia*, Academia de Artillería, Segovia, 1960, p.146.

lo suficientemente espaciosas, recibieron y trataron a los componentes del Colegio con suma cortesía. La estancia en la isla de Mallorca se alargó más de lo debido por diferentes causas pero, por fin, el 16 de enero de 1811, embarcó casi todo el Colegio en un buque fletado por la Hacienda española, tardando en arribar a Mahón la friolera de 17 días por el mal estado de la mar.

La futura sede se estableció en la localidad de Villacarlos¹⁰⁸ el 28 de enero de 1811, después de un más que azaroso viaje por el mar Mediterráneo. A los tres días se reanudaron las clases bajo la tutela del director el teniente coronel José Bergara. El Colegio estaba compuesto al principio por 4 profesores, 23 cadetes, 7 miembros de la Plana Mayor, y hasta 6 dependientes (ordenanzas o sirvientes). Más tarde se unieron más cadetes y más profesores aunque las dificultades de vida y subsistencia fueron muchas y constantes. Un ejemplo nos ilustra: durante una semana solo pudieron comer potaje y bacalao.

Pero no pudieron quedarse allí mucho tiempo. Debido igualmente a la escasez de edificaciones, el 12 de junio de 1811 fue trasladado de nuevo el Colegio a la ciudad de Palma de Mallorca, por orden del Consejo de Regencia, ésta vez a bordo de la Fragata *Prueba*. De nuevo en la isla, fueron alojados e instalados en un local del *Cuartel Nuevo*, próximo a la Lonja, donde se fabricaban municiones y cañones para abastecer a los ejércitos de operaciones, pasando posteriormente a ocupar, después de vencer muchas reticencias, unos locales pertenecientes a la Sociedad Económica de Amigos del País, a la Universidad y al Seminario.

¹⁰⁸ Ver el apartado en este trabajo del *Sitio y Conquista del Fuerte San Felipe en Menorca, 1781*.

Estas dificultades mencionadas debieron ser afrontadas por Loygorri, como Director General, enviando una carta desde Cádiz al subinspector de Artillería de Mallorca el 12 de febrero de 1812, en términos duros y tajantes para que cumplieren, él y el Capitán General, las órdenes dadas por la Regencia del Reino en el sentido que ya conocemos: el desalojar definitivamente los locales al efecto para que se instalase el Colegio de Artillería. Sin embargo y a pesar de la energía de Loygorri, las órdenes aun tardaron mucho tiempo en cumplirse.

Aunque eran tiempos de muchas carencias económicas en toda la nación, Loygorri no faltó al cumplimiento de su misión buscando lo mejor para el Colegio. El 24 de octubre de 1811, desde Cádiz escribió una carta al Ministro de la Guerra diciéndole que si no se libraban los caudales que se adeudaban desde hacía más de seis meses, el Colegio se vería en la terrible tesitura de cerrar y dejar a los alumnos a su suerte.

El 5 de septiembre de 1812, llegó el Colegio a Palma de Mallorca a bordo de la fragata inglesa *Brunnet*, y después de la estancia obligada de 8 días en el Lazareto y de algunos días ocupados en la organización, las clases comenzaron a impartirse de nuevo el 25 de septiembre de 1812, después de vencer todas las inimaginables oposiciones encontradas, animadas desde la isla de León (Cádiz) por la ingente labor de Loygorri.

La calidad de la enseñanza creció al llevar, por iniciativa del Mariscal de Campo, profesores civiles de gran talla desde Barcelona, para impartir docencia de Química y Matemáticas, como fue la figura de Francisco Carbonell (1758 – 1837), Director en Barcelona de los cursos de Química organizados por la Junta de Comercio y que había sido discípulo de Joseph-Louis Proust (1754 – 1826) en Madrid. Con respecto a las clases que impartió este profesor de química y matemáticas, decir que la dirección del

Colegio estimó oportuno dejar que a ellas asistiesen todo aquel que quisiera, fuera civil o militar, ya que allí era el único sitio donde se enseñaban estas disciplinas.



Lápida dedicada a Louis Proust en Segovia. (Archivo autor)

Proust, discípulo de Antoine Lavoisier (1743-1794), había sido traído a España por el rey Carlos III para cooperar en el desarrollo científico del país. Fue contratado por el embajador de España en Francia Aranda. Siendo ya profesor de química del Colegio de Artillería, Proust desarrolló en el laboratorio de química del centro una importante labor docente y de investigación, formulando en 1795 la Ley de las Proporciones Definidas, tal y como reza en el monolito situado en los jardines frente al “Real Laboratorio de Química”, frente al Alcázar de Segovia.

De Lavoisier se trajo desde Francia la traducción de su *Tratado elemental de química* para que formase parte de la bibliografía del Colegio.

Loygorri también ordenó abastecer en 1813 la biblioteca de Monte-Sión con una expedición de 65 cajones, en los que se encontraban muchos libros de Segovia e instrumentos rescatados del Museo de Artillería cuando se marcharon de Madrid los franceses como consecuencia de la batalla de Salamanca. La operación de recuperación la realizó el capitán Antonio Loriga. También se adquirió, en 1817, por insistencia de Loygorri, una magnífica colección mineralógica del naturalista doctor Casimiro Gómez Ortega.

En este asunto de los libros es preciso recordar que fue el 9 de enero de ese año de 1813, cuando Loygorri comunicó al Director del Colegio que había llegado a Cádiz todo ese material, repartidos en sesenta y cinco cajones, debido en parte al celo del profesor Francisco Datoli, y que se lo enviaría lo más pronto posible a la biblioteca de Monte-Sión. La fecha de llegada de la carga fue en el mes de junio siguiente de la mano del coronel José López. Datoli fue muchos años profesor del Colegio y escribió varios libros que fueron empleados como textos en el Alcázar. Dos de estos fueron *Curso de matemáticas para el uso de los Oficiales y Caballeros*

Cadetes del Real Cuerpo de Artillería y La explicación de las láminas de Morla.

Pero no solo fue preocupación del director del Arma la enseñanza. También se preocupó de que la educación y moral de los cadetes internos fuese tal y como debía ser bajo su punto de vista. El 7 de octubre de 1813, propuso al ministro de la guerra que debían desaparecer del entorno del colegio los cadetes supernumerarios y los soldados distinguidos porque “...llevan tabaco, comida, y enseñan a los internos las mujeres públicas, que los pervertirán cuando salgan del Colegio...”.¹⁰⁹ El 2 de noviembre siguiente, una Real Orden suprimió su presencia en el centro. Al igual que se suprimió el vino y las salidas al campo incrementando el concepto de la disciplina.

En cuanto al estado civil del profesorado, recordó Loygorri al Subinspector de Mallorca, el 24 de junio de 1812, que la Junta de Jefes no propusiese a ningún oficial casado para la Compañía de Cadetes porque era mejor para el correcto desarrollo del Centro, como ya se venía haciendo en Segovia.¹¹⁰

En otro orden de cosas, estas más lúdicas, Loygorri siguiendo las peticiones de los mandos del Colegio solicitó del Consejo de Regencia la pertinente autorización para que se crease una Escuela de Natación. Aludían que el rigor de la época veraniega y su formación física invitaban a que todo el mundo supiese nadar. Esta nueva asignatura se sumaba a las que ya se impartían en Mallorca, que eran las mismas que en Segovia: Física, Química, Geometría especulativa y práctica, fortificación, dibujo Militar y baile. Loygorri atendió la solicitud pero exigió a la Junta que

¹⁰⁹ Pedro Antonio Pérez Ruiz, *op.cit.*, p. 155.

¹¹⁰ Archivo del Patronato del Alcázar de Segovia.

formalizase la petición con todo detalle para poder emitir la correspondiente Real Orden.

Cuando el Colegio regresó al Alcázar de Segovia en el mes de noviembre de 1814, después de la guerra de Independencia, una de las primeras órdenes que dio Loygorri como Director General fue la reimpresión del *Tratado de Artillería*, de Tomás de Morla, que había desaparecido de la Biblioteca del Colegio a la llegada de los franceses, junto con su *Arte de Fabricar Pólvora*, y *La Colección de ejercicios facultativos*.

Al parecer, los franceses cuando llegaron al Alcázar respetaron la biblioteca, sala de máquinas e instrumentos así como la clase de Química, pero se llevaron la colección de ejemplares de la primera edición (1784) del *Tratado de Artillería* de Morla. Este robo supuso, sin embargo, que la obra de Morla se conociese en Francia, aumentando el prestigio científico del Colegio en ese país y en el extranjero.

La reimpresión de las citadas obras se realizaron en 1816 en la imprenta de Espinosa, sita en la segoviana calle Potenda, con algunos de los artículos corregidos y mejorados por los profesores del Centro. Sobre todo los relacionados con la pólvora y la fundición de bronce. Esta iniciativa fue a instancia de Loygorri por la petición del profesorado mencionado, que arguyeron que ya habían pasado más de treinta años desde la edición de la obra, y las ciencias naturales y físicas habían cambiado. Pero no solo rectificaron algunos conceptos, sino que se añadió un quinto tomo titulado *Colección de explicaciones de las láminas del Tratado de Artillería para uso de la Academia de Caballeros Cadetes del expresado Real Cuerpo*.¹¹¹

Por otro lado había insistido Loygorri ante el ministro de la guerra, el 26 de junio de 1814, en que los libros que se encontraban en el palacio del

¹¹¹ María Dolores Herrero de Quesada, *Al pie de los cañones*, op.cit.

marqués de Almenara, marqués que había huido con los franceses, fueran enviados al Colegio. La razón que le movió a Loygorri a escribir al ministro fue porque tres días antes, el 23, Loygorri regresaba del Museo Militar y al pasar muy cerca de las ruinas del convento de Santa Bárbara, le venció la curiosidad y entró en los jardines y en la propia casa conocida por marqués de Almenara. Una vez en ella recorrió las diversas estancias y encontró en una de ellas muchos libros, tanto ordenados en estanterías como sueltos y sin clasificar. Esta visión llevó al Director del Cuerpo a imaginar que muchos de aquellos textos habían sido producto de robos y saqueos por parte del francés, y viendo la imposibilidad de retornarlos a sus legítimos dueños, solicitó al rey que fueran donados a las bibliotecas del Colegio de Artillería y al Museo Militar, en la inteligencia que si alguien reclamaba cualquiera de ellos, se le daría con toda complacencia. La propuesta de Loygorri fue aprobada por la RO del 13 de julio de ese año.

El 25 de julio de 1814, terminó sus estudios la quinta y última promoción de Monte-Sión. El 13 de octubre de ese año embarcó el Colegio en la fragata *Sabina*, atracando en Alicante seis días después, el 19. Desde esta ciudad se organizaron dos columnas para dirigirse de nuevo a Segovia, donde llegaron los días 25 y 28 de noviembre respectivamente. La primera partió el día 29 de octubre estuvo al mando del capitán 1º de la compañía, brigadier Joaquín Ruiz de Porras, mientras que la segunda, al mando del capitán 2º de la misma, coronel José López, salió el 1 de noviembre. El 26 de octubre de ese año 1814, Loygorri envió un escrito al Ministro de la Guerra agradeciéndole el excelente comportamiento de los capitanes y de la tripulación de los buques de la Armada que realizaron el transporte.

Después de seis años de ausencia obligada, las clases en el Alcázar dieron comienzo muy pronto, el 1 de diciembre, a pesar de los graves desperfectos que los franceses habían producido en las instalaciones y de

las no menos graves penurias económicas que padecía. Entre otras funciones, los franceses usaron el Alcázar como depósito de prisioneros.

Pero no solo por estos desperfectos se debieron abordar reformas en el edificio del Alcázar. El número de cadetes que ahora llegaban eran 150 en lugar de las 100 que habían salido. Situación que ya se advirtió al Alcaide, de la casa de los condes de Chinchón. Así como que se le insinuó que el Teniente Alcaide debía ser un oficial del Colegio, soltero, para que pudiesen ser ocupadas las estancias que aquél ocupaba antiguamente con su familia. Loygorri creía que la mejor opción del profesorado del Colegio era la de ser soltero. Esta postura ya la había manifestado Loygorri a través de una carta que firmó en Cádiz el 24 de junio de 1812. En ella señalaba la conveniencia de no nombrar a ningún profesor para el Colegio que fuera casado.

Entre las múltiples reformas que se abordaron en El Alcázar, se encontraban el arreglo de las salas *Cordón* y *Piñas*, ésta para despacho del rey, situando a su lado la alcoba de SS.MM. La sala *Cordón* se decoró con el armario armero donde se colocaban los cien fusiles con sus correajes que usaban los cadetes en los días de gala.

Sobre el año de 1815, Loygorri pretendió que la enseñanza de la química alcance en el Colegio de Artillería las metas que se habían trazado en la época de Proust. Para ello buscó la instalación de los mejores laboratorios y la adquisición de la mejor colección de minerales. Para lograr estos fines se ayudó del farmacéutico y químico local Antonio Bartolomé, y del jefe fundidor de la fábrica de bronce de Sevilla, el oficial Vicente Ezpeleta. En el plan de estudios de la Academia de 1819, se incluyó la asignatura de *Química Mineral*, construyéndose un laboratorio químico con un gabinete de Ciencias Naturales y Mineralógico.

La colección principal de minerales, como ya se ha apuntado, fue comprada por la Academia en 1817 al sobrino del naturalista José Ortega, Casimiro Gómez Ortega. Loygorri, mediante una carta del 20 de julio del año mencionado dirigida al Secretario de Estado del Despacho de la Guerra, solicitó la compra del Ramo Mineralógico del Gabinete de Historia Natural de José Ortega y su sobrino, Casimiro Gómez Ortega. En mayo de 1821 se inauguró el laboratorio y el gabinete bajo la dirección del que fuera teniente coronel César González, rehabilitándose La Casa de la Química. César González fue profesor a pesar de haber sido separado del cuerpo de artillería por afrancesado.

Para la compra de la colección, Loygorri propuso sacar el dinero vendiendo al menos mil quinientos quintales de piezas (cañones) de bronce inútiles.

El oficio¹¹² enviado por Loygorri al Secretario de Estado el 8 de noviembre de 1817 decía:

«Es bien savida la necesidad de la química para ejecutar con conocimiento las operaciones de nuestras fábricas de artillería, armas, municiones, incluso la polvora, laboratorios de fuegos artificiales &a y para adelantar en la elección de las primeras materias de su conbinación y de las labores que producen los artefactos de todas las especies que usa y construye el Real Cuerpo de mi cargo».

«La ciencia del análisis y de la conbinación más adecuada de las substancias y materias es muy indispensable al estudio de un oficial de artillería pues no hay otro modo para reconocer las polvoras, los salitres, &a los artificios como v.g. cohetes á la congreve y los metales que saber analizarlos conocer

¹¹² Catálogo de la Exposición *Las huellas de la Química, las huellas de Segovia. Química y Segovia, un recorrido histórico y científico desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad*, Academia de Artillería e IE University, Segovia, 2011, p. 20.

sus principios y poderlos convinar como sucede cuando se aligan el cobre y el estaño para la formacion de los bronces».

Se ordena perpetuar la memoria de Daoiz y Velarde. 7 de julio de 1812.

La intención de la inmensa mayoría del pueblo español de homenajear las acciones heroicas que contra los franceses realizaron en Madrid los vecinos de la ciudad y militares del Parque de Monteleón el Dos de mayo de 1808, surgió casi de inmediato de comenzar el conjunto de hostilidades contra el invasor.

Fue después de la batalla de Bailén y de las jornadas de Valencia cuando se comenzó en Madrid a conmemorar la hazaña del Dos de Mayo, más que por iniciativa oficial lo fue por la piedad de los más allegados y admiradores de las víctimas y de las Órdenes religiosas, que tanto contribuyeron a la resistencia de los españoles contra el invasor.

El abogado Wenceslao Argumosa y Bourke¹¹³ (1761-1831) ofreció a través del *Diario Madrid* un donativo para premiar el proyecto, que aprobase la Academia de San Fernando, de un monumento conmemorativo que recordase la hazaña de los madrileños. Otra idea que surgió fue la del arquitecto de la Villa de Madrid Ángel Monasterio de levantar un gran mausoleo donde se eligiera. Pero lo más significativo fue el Arco del Triunfo que se levantó junto al Ayuntamiento el mismo mes de agosto siguiente, en honor de las tropas libertadoras de Andalucía y Valencia. La primera ceremonia religiosa fue la que se celebró a comienzos del mes de noviembre en el monasterio de San Jerónimo el Real. Se rezaron responsos en lo que se llamó Campo de la Lealtad, donde habían sido fusilados 48 civiles de Madrid.

¹¹³ Escribió *Los cinco días célebres de Madrid*, dedicados a la Nación y a sus heroicos defensores.

Sin embargo, después de la nueva capitulación de Madrid el 4 de diciembre, la celebración de los actos del Dos de mayo se realizó solamente en los pueblos y provincias que estaban libres de la presencia francesa. La Junta Central había dispuesto el 13 de mayo de 1809, que se celebrase el aniversario del acto de luto en todos los pueblos de la monarquía.



Muerte de Velarde durante la defensa del Parque de artillería de Montealeón. Dos de mayo de 1808. Joaquín Soroya. 1884. Wikimedia Commons.

Más tarde le correspondió a la artillería, que había sido la primera en Madrid y que su actuación en los campos de batalla y en la defensa de las plazas dio todo lo que pudo de sí misma, honrar a sus mártires. El mariscal

de campo Loygorri, director y coronel general del Arma, recibió en Cádiz una representación oficial de los oficiales de Artillería destinados en el departamento de Galicia, que le insinuaron el perpetuar la memoria de los capitanes Luis Daoiz y Torres (1767-1808) y Pedro Velarde y Santillán (1779-1808) inscribiendo sus dos nombres en todas las banderas de los regimientos del arma para que sirviera de estímulo, incluir a ambos en los extractos de revista del departamento donde estuviese el Colegio *como presentes* en su misma clase de capitanes y que se permitiese a los oficiales usar en los aniversarios del Dos de Mayo una banda negra atada al brazo izquierdo.

Daoiz y Velarde fueron promovidos a subtenientes, después de acabar con aprovechamiento sus estudios en el Alcázar, en el mes de enero de 1787 y el 11 de enero de 1799, respectivamente. Velarde, doce años más joven que su compañero, era más intuitivo. Daoiz, por su parte era más moderado y prudente en su actitud. Velarde destacó en el campo científico. Se conservan en la Academia de Artillería de Segovia los trabajos que realizó en la cuña de la cureña del cañón «Gribeauval». Y en la Academia de Ciencias de París, donde fue profesor, están depositados algunos estudios que realizó sobre el cálculo del cronógrafo «Grobert». La máquina de Grobert se usaba para medir la velocidad inicial de los proyectiles.

Por otro lado, Daoiz, ocupaba otras ramas del saber. Hizo con Alcalá Galiano dos viajes a América sirviendo la Artillería de Mar, combatió en Cádiz contra los ingleses; participó en la defensa de la plaza de Orán y luchó en la guerra del Rosellón.¹¹⁴

¹¹⁴ Fernando Barbero Rondón, *Lección del Dos de Mayo de 1808*, leída en el Alcázar de Segovia, 2 de mayo de 1975, Imprenta de la Academia de Artillería, Segovia, 1975.

El general tomó como buena la idea y trabajó algún tiempo en presentar una propuesta al Gobierno, para llevar a cabo de la mejor posible ese sentido homenaje. De esa propuesta nació un Decreto¹¹⁵ de las Cortes de Cádiz el 7 de julio de 1812, mediante el que la Regencia del Reino daba las normas precisas para perpetuar la memoria de los capitanes del Cuerpo Daoiz y Velarde, muertos el 2 de mayo de 1808.

En él se dispuso que:

a) En todos los extractos de revista debían figurar sus nombres, encabezando la lista de cada unidad, “como presentes”. El jefe más antiguo que se hallare presente en el momento de ser nombrados por el Comisario, debía responder “como presentes y muertos gloriosamente por la libertad de la Patria, el 2 de mayo de 1808”.

b) Sus dos nombres debían ir en cabeza de la lista de los capitanes del Cuerpo.

c) Erigir un monumento sencillo y majestuoso, cuando las circunstancias lo permitan, frente a la puerta del Colegio de Segovia, en el que en su pedestal figurasen sus nombres con letras de bronce, explicando brevemente su hazaña y el día de su heroica muerte. (*este Decreto no aparece recogido en la Colección Legislativa*).

d) Escribir un elogio de ellos para que cada año, al principio de curso, se leyera a los Caballeros Cadetes, para estimularles a seguir su ejemplo.

Cinco días más tarde, el 12 de julio, Loygorri ordenó que el Director de Estudios del Colegio en Mallorca, capitán 1º de la compañía de caballeros cadetes, Joaquín Ruiz de Porras, escribiese el elogio de los mencionados héroes para leérselo a los cadetes, no sin antes haber sido aprobado por el mando correspondiente; y al profesor de dibujo, teniente coronel Joaquín

¹¹⁵ Christian Demange, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Marcial Pons Historia, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004, p. 37.

de Góngora, que diseñara el proyecto de monumento. Góngora, una vez elaborada su propuesta, fue llevada en mano hasta Cádiz por el capitán Agustín del Barco donde quedó registrada en el depósito de planos de la Secretaría de la Dirección General. Hoy día este boceto se conserva en el Museo del Ejército.

Pero no fue hasta el 5 de enero de 1814, cuando comenzaron definitivamente las investigaciones y trabajos necesarios para el cumplimiento del mencionado Decreto. La razón fue simple y llanamente que el asiento de las Cortes y el del Gobierno de la Nación, así como las militares, políticas y administrativas, se trasladaron de Cádiz a Madrid.

Sin embargo, el monumento se inauguró, aunque parezca mentira, casi cien años después. La primera piedra de la obra, realizada por Aniceto Marinas, se colocó el 6 de mayo de 1908 en presencia del rey Alfonso XIII, y la inauguración fue el 15 de julio de 1910. El conjunto se compone de piedra, granito, bronce y mármol. Al acto de la primera piedra acompañaron a S. M. el Infante Carlos de Borbón; el presidente del Consejo de Ministros, Antonio Maura; el general Basilio Fernández Grande, presidente de la comisión ejecutiva del monumento, y el capitán general Fernando Primo de Rivera, amén de otras. Aniceto Marinas fue condecorado por el rey Alfonso XIII con Cruz del Mérito Militar.

La descripción escrita en el lado del monumento que mira al alcázar se lee: «para eterna memoria y admiración perpetua, las Cortes y la regencia del reino, el 7 de julio de 1812 decretaron la erección de este monumento, y el rey D. Alfonso XIII sancionó su construcción por ley de 3 de julio de 1908».

En el lado opuesto, el que mira a la puerta de los jardines, como relata José Luis Martín en su libro *La escultura segoviana*, se lee: «a los capitanes de artillería D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde. La nación española».

Al lado sur, reza la siguiente leyenda: «el capitán D. Luis Daoiz con su heroica resolución y sacrificio el 2 de mayo de 1808 en la defensa del Parque de Monteleón señaló a la patria el camino de su honor e independencia. Sevilla: 1767. Madrid 1808».

Y al norte: «el capitán D. Pedro Velarde abrazando el partido más digno de su espíritu y honor, el 2 de mayo de 1808 en la defensa del Parque de Monteleón, dio con su heroísmo gloria a la patria y ejemplo al mundo. Muriedas: 1779. Madrid 1808».

El monumento quedó rodeado de una artística verja, también de Marinas, fundida en Trubia. En ambos actos, presididos por el Rey Alfonso XIII, estuvieron presentes lo más granado de la Artillería, como así debía ser.

Pero no quedaron ahí las inquietudes de Loygorri. Sabía que el brigadier Francisco Novella y Azabal había sido muy amigo de Daoiz y de Velarde, y que había estado junto a ellos en los sucesos del 2 de mayo. Y aprovechando la estancia en Cádiz del mencionado para partir hacia Filipinas con el grado de Subinspector, Loygorri le encargó que hiciese antes de zarpar un extenso escrito reflejando todo lo que supiese de la muerte de ambos. Más tarde, el 11 de marzo de 1813, Novella entregó al Director General la llave del féretro donde fue enterrado Daoiz, «para eterna memoria de su contemporáneo, compañero y amigo», y varios Reales Despachos y documentos de éste que habían sido recogidos el día de su muerte por el oficial de Cuenta y Razón Manuel Almira, que había acompañado a Daoiz en el combate, en su muerte y para darle sepultura.

Novella¹¹⁶ remitió desde Cádiz entre los días 13 y 26 del mes de marzo *La Memoria certificada sobre la vida militar y política de los capitanes de la Artillería nacional Luis Daoiz y Pedro Velarde, en la que va designado el memorable sacrificio que hicieron por la Patria el 2 de Mayo de 1808 en Madrid.*

Y por fin, delegó lo mismo al Mariscal de Campo del Cuerpo José Navarro Falcón que, en la mencionada fecha del 2 de mayo, era en Madrid el Comandante de artillería de la plaza y Coronel de la Junta Superior Económica. Cargos estos que delataban que había sido el jefe del capitán Daoiz, que mandaba el destacamento de artilleros del 5º Regimiento, y también el jefe del capitán Velarde, que era en aquel momento el secretario de la referida Junta.

También recibió Loygorri algunos fragmentos de documentos donde Velarde había plasmado los planes que había trazado para luchar contra los franceses. A Loygorri se los entregó después de la guerra el tío de Velarde, don Julián, con quien había vivido en Madrid.

Las Cortes de Cádiz, que permanecieron en esa ciudad incluso en el intervalo que las tropas francesas habían abandonado la capital, promulgaron que se diese al pueblo de Madrid un testimonio del aprecio nacional debido a su inalterable constancia, por haber sido el primero que derramó su sangre y por el júbilo que demostró a las tropas nacionales y aliadas que entraron con el duque de Ciudad Rodrigo.

Las Cortes determinaron el 2 de mayo de 1811 a iniciativa del sr. Aznares, que todos los años en esa fecha se celebrasen honras solemnes en las iglesias mayores de todos los pueblos de la monarquía, a la que

¹¹⁶ Juan Pérez de Guzmán y Gallo, *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid. Relación histórica documentada*, Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Madrid, 1908.

asistirán las primeras autoridades que en ellas existiesen, con formación de tropas, salvas militares, y cuanto las circunstancias de cada pueblo pudieran proporcionar para la mayor pompa de esta función tan patriótica como religiosa.

A esta proposición se añadió otra de Pérez de Castro, que fue aprobada por unanimidad.

«Que los inmortales nombres de los dos oficiales de artillería, Daoiz y Velarde, sean inscritos con letras de oro en unas tablas que se colocarán desde ahora para siempre en la sala de sesiones de las Cortes, en memoria eterna de la heroica resistencia que hicieron, y gloriosa muerte que sufrieron en este día, defendiendo la libertad de su patria y religión».

A estas dos se sumó también la del sr. Capmany, que también fue aprobada. Decía «que en el calendario se señale con letra cursiva en el día Dos de Mayo: *Conmemoración de los difuntos, primeros militares de la libertad española en Madrid*».

Además de que cuando las circunstancias lo permitiesen, se levantase en la Plaza Mayor, o en el Prado de Madrid, un monumento que recordase constantemente que Madrid había sido heroico en grado eminente.

Años más tarde, en el aniversario del hecho en 1817, Loygorri quiso que en la oración fúnebre el nombre del teniente de Infantería Jacinto Ruiz fuese incorporado a la misma. Cuando Velarde ya había fallecido y Daoiz gravemente herido era llevado a su casa, el teniente Ruiz continuó con la defensa del Parque desde las habitaciones interiores si intimidarle para nada el elevado número de soldados franceses que le asediaban.

Años más tarde se seguía recordando la obligatoriedad del cumplimiento de los homenajes. El 2 de abril de 1820, cuando se acababa

de establecer en España el llamado posteriormente Trienio Liberal por el pronunciamiento de Rafael del Riego, el secretario del despacho de la gobernación recibió de S.M. el Rey el Decreto de Homenaje a los capitanes, que a su vez reenvió a las comandancias generales con fecha 24 de abril.



Monumento a Daoiz y Velarde. Detrás el Alcázar y a la izquierda la Casa de la Química. Segovia, 1910. Biblioteca virtual Defensa.

Minut.º de Juana.

Pr. en 24 de Junio.

Exmo. Sr.

El Sr. Sr. del Depto. de la Gobern. de la Península y Isla. 2.º del actual me dice lo siguiente

Con esta fecha se ha servido el REX dirigirme el decreto que sigue:

Enternecido mi sensible corazon por el doloroso recuerdo de las desgraciadas victimas que fueron inmoladas en esta Corte el dia 2 de Mayo de 1808, y decidido á tributarlas el justo homenaje de respeto y veneracion que decretaron las Córtes generales y extraordinarias de la Nacion con fecha de 2 de Mayo de 1811, y las ordinarias con la de 14 de Abril de 1814, he venido en mandar, de acuerdo con la Junta Provisional, que el 2 de Mayo de este año, primero de la restauracion de la libertad civil de las Españas, se solemnice cual corresponde á la voluntad nacional, tan unánimemente pronunciada sobre su objeto, y en la forma que dispusieron las Córtes en los mencionados decretos, cuyo tenor es el que sigue:

1.º Las Córtes generales y extraordinarias vivamente penetradas de los tristes y gloriosos recuerdos, que en todo buen patriota no puede menos de renovar el presente dia, y deseando que mientras haya en los dos mundos una sola aldea de españoles libres, resuenen en ella los cánticos de gratitud y compasion que se deben á los primeros mártires de la libertad nacional, decretan: Que en la iglesia mayor de todos los pueblos de la Monarquía se celebre en lo sucesivo con toda solemnidad un aniversario por las victimas sacrificadas en Madrid el 2 de Mayo de 1808, á que concurrirán las primeras Autoridades que en ellos existieren; y habrá formacion de tropas, salvas militares, y cuanto las circunstancias de cada pueblo pudieren proporcionar para la mayor pompa de esta funcion, tan patriótica como religiosa; quedando así consagrado para siempre aquel insigne acontecimiento, y al paso que perpetuamente suban hasta al cielo nuestros ardientes votos por el descanso de sus almas, sea su memoria constante estímulo de los esforzados, aliento de los débiles, vergüenza de los insensibles, y sempiterna afrenta de los infames, que cerrando los oidos á los clamores de la patria se afanan en balde por verla sujeta á la coyunda del tirano.

2.º Las Córtes queriendo perpetuar por todos los medios posibles la gloriosa aunque triste memoria del 2 de Mayo, en cuyo dia sellaron con su sangre los primeros mártires de la patria su generoso y heroico amor á la libertad é independencia de la Nacion, han tenido á bien decretar lo siguiente: „El dia 2 de Mayo será perpetuamente de luto riguroso en toda la Monarquía española.“ Lo tendreis entendido, y comunicareis á quien corresponda para su cumplimiento. Rubricado de la Real mano.

De orden de S. M. lo comunico á V. para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca. Dios guarde á V. muchos años. Madrid 24 de Abril de 1820.

Lo que del N.º orden traslado á V. para su intelig. y efectos correspondientes. Dios que á N.º. en el Madrid 6 de Mayo de 1820. (Firma)

te Sr. Comand. Genl. de Canarias.

Oficio recordando la celebración de los homenajes. Asociación "Conde Gazola".

2 de mayo de 1814. Restos de Daoiz y Velarde.

El 14 de abril de 1814, las Cortes dictaron un Decreto que decía:

«Las Cortes, queriendo perpetuar por todos los medios posibles la gloriosa, aunque triste memoria del Dos de Mayo, en cuyo día sellaron con su sangre los primeros militares de la patria su generoso y heroico amor a la libertad e independencia de la nación, han tenido a bien decretar lo siguiente: el día Dos de Mayo será perpetuamente de luto riguroso en toda la monarquía española».

Desde la nueva ubicación de las Cortes en el Palacio de doña María de Aragón en Madrid, comenzó la larga y fastuosa ceremonia de aquel aniversario.

El 23 de abril de 1814, Loygorri y varias personalidades del Municipio y Villa de Madrid, acompañados de un inmenso gentío, presenciaron el inicio de la excavación en la plazuela de Las Descalzas que conduciría a la mina de la iglesia de San Martín, derruida en 1811, donde se encontraban las sepulturas de los capitanes, aunque se temía que los restos de los dos artilleros hubieran sido mezclados o confundidos con otras personas allí sepultadas. Pero no fue así. Los obreros que habían movido los cuerpos en su momento, habían tenido el cuidado de colocar los de Daoiz y Velarde en unos lugares apropiados para evitar la confusión del futuro.

La obra quedó finalizada el día 28, y el 29, en presencia del coronel de artillería Guinea, se completó el paso franco que daba paso a la sala donde se encontraban los restos, al lado de un esqueleto colocado de pie al lado de una pared. Ambos restos se encontraban con sus uniformes de artillería, aunque Velarde estaba tapado con el hábito de la orden seráfica

(franciscana), ya que al parecer había sido sacado del Parque casi desnudo, al haber sido su cadáver ultrajado por la soldadesca francesa que ansiaron trozos de paño verde de su casaca de Estado Mayor de Artillería. Por esta razón, su cuerpo fue envuelto en una tienda de campaña y amortajado con un hábito franciscano de limosna. Daoiz, por su parte, portaba una cinta rosa, y todas las telas se encontraban manchadas de sangre.

La situación y el hallazgo de los restos de los dos capitanes nos lo cuenta el general Arteche, que lo toma a su vez de Tamarit,¹¹⁷ de la siguiente manera:¹¹⁸

«Por manera que al descubrir sus sepulturas, como se hallaban colocados sobre los demás, encontraron los cadáveres enteros, aunque consumidas sus carnes, excepto alguna en los brazos y piernas, particularmente el de Daoiz, quien por estar enterrado en caja, conservaba aún restos del uniforme: al tiempo de moverlos se deshicieron y fueron colocados todos sus huesos en una espuerta grande, sin mezclarlos con otros. Todos los huesos exhumados fueron amontonados en las ruinas de la iglesia, pero los de aquellos héroes quedaron en la espuerta, colocados en una pieza grande que había en dicha mina, a donde regularmente eran trasladados los restos de las personas distinguidas, a los pies del esqueleto del padre de don Manuel Godoy, que estaba entero y lo dejaron de pie arrimado a la pared. ¡Extraño y sorprendente contraste; la muerte reunía en un mismo recinto y colocaba a la par los restos del padre de aquel que fue indirectamente causa de tanta catástrofe y los de sus más nobles víctimas»!

¹¹⁷ Emilio Tamarit, *Dos de mayo de 1808 en Madrid*, Tipografía del Sagrado Corazón, Madrid, 1908.

¹¹⁸ Enrique de la Vega Viguera, "Aniversario del Dos de Mayo", en *Ejército*, núm. 448, Ministerio del Ejército, Madrid, mayo, 1977, p. 7. Archivo Municipal de Madrid, 17-27-20, *Exhumación de los restos de las víctimas del 2 de mayo y Monumento que perpetúe la memoria de este día*.

Loygorri, como director general de Artillería, dio sendas órdenes para los días 30 de abril y 1 y 2 de mayo de 1814, para levantar y trasladar, con los honores de ordenanza precisos, los cuerpos de los capitanes héroes del 2 de mayo, Daoiz y Velarde, desde su sepultura actual hasta una definitiva.

El 1 de mayo, entre las doce y la una de la tarde se exhumaron de la mina de la arruinada parroquia de San Martín los restos de ambos capitanes y fueron trasladados sin aparato en urnas provisionales al Salón de Parada del Parque de Artillería. En el acto, presidido por Loygorri, estuvieron presentes todos los oficiales del Cuerpo que se encontraban en Madrid, así como los Ministros e individuos «apantetados del ramo de Cuenta y Razón¹¹⁹ del mismo, el Juzgado general y el particular de Madrid».

Un subteniente de la compañía del capitán Agustín del Barco al mando de dos piezas tiradas por mulas y la correspondiente tropa para servirla a pie, se situó a las once de la mañana en la altura de San Jerónimo, inmediata al Prado, dejando a su espalda la puerta del Cuartel de Dragones del Rey. En esa disposición saludó con tres cañonazos justo en el momento en que un cabo avisó del exacto momento en que los cadáveres eran exhumados, y continuó disparando un cañonazo cada media hora hasta el toque de retreta.

Todos los invitados, vistiendo el uniforme llevando los oficiales chaleco blanco, se reunieron a las once de la mañana en la Secretaría de la Dirección General de Artillería. La fuerza que iba a dar los honores de ordenanza fue la 4ª compañía del 2º batallón del 4º regimiento del Cuerpo, de guarnición en Madrid, al mando del capitán Joaquín Álvarez Maldonado. Toda la unidad estaba formada con todos sus oficiales en el patio del Cuartel a la hora marcada, la Bandera arrollada, con corbata negra, la

¹¹⁹ La artillería era autónoma en su gestión financiera a cargo del Cuerpo de Cuenta y Razón.

portaba el caballero cadete Joaquín Blake, y las cajas, los pínfanos y todos los instrumentos de música iban enlutados.

Una vez revistada la fuerza de acuerdo con la Ordenanza, rompió filas después de hacer pabellones con los fusiles y montar las guardias precisas hasta la llegada de los carruajes con los restos de los héroes en urnas provisionales, selladas con el sello del Cardenal Arzobispo de Toledo. Loygorri iba acompañado en esa ocasión por su hijo, pequeño todavía, pero que llegaría a ser Alcalde Corregidor y alcanzar el título de Conde-Duque de Vistahermosa.

Cuando llegó la comitiva la Compañía formó en batalla, presentaron armas, se batió marcha y los oficiales y la Bandera saludaron a los restos de los héroes. Se les rendían honores de capitán general con mando en plaza y que hubieran muerto en ellas. Un piquete de un teniente y 16 hombres se configuró como guardia de centinela y honores a los cuerpos.

Durante todo el día muchas personas, el general Castaños y el señor Juan Downie entre ellos, guardando el debido respeto y decoro, visitaron los restos en el salón. Downie fue un personaje escocés muy pintoresco. Héroe de la guerra en Sevilla, solicitó que se le entregasen como reliquias dos botones de la casaca de Daoiz y un diente de la calavera de Velarde.

Al toque de oración, el salón y el Parque se cerraron, manteniendo la guardia de honor, hasta las cinco de la mañana del día siguiente, que se volvió a abrir hasta las nueve y media. Hora que comenzaron los actos propios del entierro.

El día 2, que comenzó al toque de diana con una nueva serie de disparos de cañón cada media hora, se encontraban a las ocho en punto de la mañana en la Secretaría de la Dirección general los mismos miembros que

habían asistido a las exequias el día anterior. Todos iban de uniforme riguroso y con luto para acompañar al Director general al salón de Cortes a recibir la Diputación de las mismas y acompañarla al Parque. El Cuerpo en esa marcha siguió en dos hileras a la escolta de Caballería que la precedía.

A la misma hora, ocho de la mañana, cuatro piezas de Artillería *a caballo* al mando del capitán de la 1ª del 3^{er} Escuadrón, Agustín Barco, estaban en la calle Fuencarral, inmediata al Hospicio. Acompañaban a la comitiva dos subalternos de la batería y la tropa correspondiente de batidores y clarines con sordinas. Su cometido fue encabezar la marcha en su recorrido por las calles Red de San Luis, calle de la Montera, Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo al Prado para pasar por la capilla erigida allí en honor de los fusilados por los franceses. Luego, volver por el mismo camino y llegar a la Plazuela de la Cebada andando por las calles Carretas, Concepción Jerónima y Toledo.

El carro fúnebre, estaba adornado con unos cordones de oro¹²⁰ y figuras alegóricas y alusivas a tan sentido acto. En los costados del carro se advertían dos bajorrelieves de bronce, representando el heroico sacrificio de los capitanes, y una hermosa matrona que figuraba la Religión presentando el Libro Sagrado en el que se podía leer: «Y no quisieron quebrantar la santa ley de Dios, y fueron destrozados y fue grande la ira contra el pueblo».

Volviendo a los cordones de oro mencionados, decir que sirvieron muchos años más tarde para el dosel de terciopelo rojo que cubría el sitial

¹²⁰ «En la sala del Solio del Alcázar de Segovia, se pusieron en 1816 dos escaños de madera a modo de tronos, y, sobre ellos, se colocó un dosel con el terciopelo, los cordones y las borlas que adornaron el carro fúnebre, que se construyó en 1814, para trasladar los restos de Daoiz y Velarde, en Madrid». (Ubaldo Martínez-Falero del Pozo, *El Alcázar de Segovia en la época de los Colegios (1764-1862). Distribución, usos, nomenclatura y obras*, Tomo I, Asociación Cultural “Biblioteca de Ciencia y Artillería”, Segovia, 2011, p. 282.)

del salón del Trono donde la reina Isabel II recibió a la Corte en una de sus visitas al Alcázar de Segovia. El carro tirado por ocho caballos fue seguido por todos los comisionados formados en dos hileras. Y detrás de ellos fue la compañía de guardia de los héroes, excepto un cabo y ocho soldados que estaban colocados a ambos lados del mencionado carro. Otros ocho artilleros, estos de la compañía del capitán Agustín del Barco, llevaban de las muserolas los caballos que tiraban del carro fúnebre del Cuerpo (armón); y otros ocho, fueron los que subieron y bajaron las urnas con los restos de los capitanes. Los ocho cordones pendientes de las mismas fueron llevados por coroneles del Cuerpo.

Los caballos del tiro iban desherrados y adornados con penachos negros y largas cubiertas de terciopelo negro y franjas de oro. Toda la carrera fue cubierta por soldados zapadores y por soldados de los regimientos de infantería de Málaga, el de Soria, el de la Princesa y el de caballería del Rey, extendiendo su línea por la Carrera de San Jerónimo con dirección al Retiro.

La *Gaceta de Madrid* del 5 de mayo de ese año de 1814 nos señala cómo estuvo conformada la comitiva en la que fue, sin duda, el general Loygorri acompañando el carro fúnebre:

«Abría la marcha un tren de cuatro piezas de artillería con su respectivo destacamento y los caballos correspondientes al ceremonial. Seguían el sargento mayor de la plaza y otros oficiales entre los que se encontraban los capitanes La Llave y Goosenes, ambos de la Dirección General de Artillería, las compañías de granaderos de los cuerpos, los pobres del Hospicio, los niños doctrinos, las hermandades, las comunidades religiosas, las parroquias, el clero secular, los militares inutilizados, artilleros con hachas encendidas, el carro fúnebre triunfal, el capitán general, el Estado Mayor, generales españoles y extranjeros y oficialidad, y el Ayuntamiento de Madrid. Seguían luego el carro y urna de las inmortales víctimas

sacrificadas en el Prado, y aunque muy inferior en la magnificencia al de Daoiz y Velarde, no dejaba de llamar la atención por su sencillez y buen gusto. Tiraban de este carro otros ocho caballos enlutados, y los regidores llevaban asidas las borlas que de él colgaban. Detrás iba la compañía de guardias de honor de la provincia, las autoridades de ésta y de la capital, el Obispo auxiliar vestido de pontifical. Los tribunales, la diputación de Cortes, la guardia de honor con bandera arrollada, y últimamente la caballería del Rey con espada en mano, estandartes enrollados y trompetas con sordina».

La comitiva llegó a San Isidro a las dos de la tarde. La misa fue cantada y acompañada por una orquesta. El canónigo Francisco Vales Asenjo pronunció una oración fúnebre recordando los hechos gloriosos del 2 de mayo. A la vez que esto ocurría, la artillería desplegada en batalla hizo «tres saludos (salvas), de cuatro cañonazos cada uno». El primero cuando los restos estuvieron en la puerta de la iglesia, el segundo en la elevación del Santísimo, y el tercero cuando se depositaron definitivamente los restos en la capilla al efecto creada.

A la misa asistieron diez doncellas dotadas por la Villa en 30 reales para cada una, que recibirían el día de contraer matrimonio. De las llaves de las urnas se hicieron tres juegos, uno fue para el Obispo de Urgel, como presidente de la Comisión de las Cortes; otro fue para Loygorri, como Director general de Artillería, y el tercero fue para el Marqués de las Hormazas, como Alcalde de Madrid. Las llaves se depositaron en un arca de caoba bronceada, para entregarlas al día siguiente al Congreso Nacional por mano del Presidente de la Diputación.

Cuando la ceremonia hubo acabado, las tropas, precedidas por la artillería desfilaron delante de la iglesia en su movimiento de regreso a sus cuarteles.

Por otro lado, Loygorri encargó a un poeta anónimo una Oda dedicada a Daoiz y Velarde, que él firmaría, con el ánimo de que la Artillería se aprovechara de la gloria que representó la fecha del Dos de Mayo.¹²¹ Esta Oda fue publicada en Madrid en 1814.

Por decreto de 27 de octubre de 1815, Fernando VII concedió honores y pensiones a los familiares de Daoiz y Velarde, y ordenó que sus nombres en letras de oro figurasen en el salón de sesiones de las Cortes. Isabel II, por su parte y años más tarde, en 1852, otorgó la concesión del título de Castilla a los descendientes directos de los dos artilleros.

¹²¹ Christian Demange, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Marcial Pons, Ediciones de Historia, S.A., 2004, Madrid.

Reorganización de la Artillería

Las Cortes de Cádiz de 1812, en un decreto del 12 de abril, denominaron a la artillería como *Cuerpo Nacional*. Con este nombre estuvo hasta principios de 1817 que fue cambiado por el de *Real Cuerpo*. Al llegar el Trienio Liberal (1820-1823) por el pronunciamiento del teniente coronel Rafael del Riego, volvió a llamarse *Cuerpo Nacional*.

Atendió Loygorri con escurpulosidad, desde su puesto de Director, todo lo relacionado con la artillería, tanto en el plano facultativo, como táctico y de obra revitalizando la actividad de las fábricas y Maestranzas. En el aspecto más militar, reorganizó el tren de artillería aboliendo el sistema de capataces y muleros contratados. En 1813 consiguió de la Regencia del Reino un reglamento provisional para la creación y servicio de los batallones del tren de artillería.

Según sus determinaciones se debía crear en todos los ejércitos de operaciones y de reserva, un batallón del tren de artillería formado cada uno por una plana mayor y tres compañías, dos de ellas de soldados conductores de tiro y la otra de soldados de carga. En tiempo de guerra cada compañía debía ser de 104 hombres, 132 mulas y 14 caballos. Sus oficiales procedían de tropa y pertenecían a escala distinta de la general del Cuerpo, y los uniformes y armamento de todos eran de acuerdo a su cometido específico.

Aumentó en cien el número de oficiales del Cuerpo en julio de 1810, en noviembre de ese año creó dos escuadrones de artillería *a caballo* en las divisiones de Alicante y de Mallorca, respectivamente, y organizó el 5º departamento en Mallorca con un regimiento de 3.000 soldados llegados

de Cataluña, Aragón y Valencia. En marzo de 1811 se formaron otros cuatro Escuadrones, cada uno con tres compañías. En 1813 adecuó las ordenanzas artilleras en Ultramar, que se había dividido en doce departamentos de artillería. Estas ordenanzas habían sido aprobadas en 1807 pero no se llegaron a publicar, así que en octubre de 1812 se recogió toda la documentación y se pusieron en vigor el 22 de marzo de 1813.

En 1814 y cuando el francés ya abandonó España, el Cuerpo estaba formado por una compañía de 150 cadetes, 5 regimientos a pie, 6 Escuadrones *a caballo*, 5 compañías de obreros de Maestranza, 21 compañías fijas de guarnición y seis batallones de tren, de los que hemos hablado anteriormente. Esta organización fue variada en 1817 y en 1818.

Pero también ejerció su cargo para ser crítico con los nuevos modelos del sistema militar español. En el mes de diciembre de 1815, Loygorri estableció correspondencia epistolar con Luis Bertrán, del Consejo Supremo de Guerra, sobre la memoria presentada por Vicente Eulate al Ministerio de la Guerra para establecer un nuevo sistema militar en España. Loygorri presentó a su vez un informe conjunto de los inspectores Generales de Infantería y Caballería, así como del teniente general Blake.

En 1816, se organizó por expreso deseo de Loygorri la Junta Superior Facultativa del Colegio del Cuerpo. Fue el 16 de mayo de ese año cuando se inauguraron las sesiones, pronunciando Loygorri un importante discurso. También fue idea del Director la creación de una Galería de Retratos de los jefes y hombres ilustres, así como las listas de los componentes de todas las promociones que habían salido del Colegio; y la mejora incansable de las instalaciones del Colegio: biblioteca, gabinete, picadero cubierto y enfermería, en la que la esposa del Director depositó una lujosa caja de vendas y apósitos. Por cierto que Loygorri dejó prestado a la Junta

mencionada sus ocho tomos de matemáticas manuscritos por él, para que sirviesen de guía en la confección de los nuevos planes de estudios.

El escrito que remitió Loygorri a la Junta, cuando en 1817 se creó el nuevo plan de estudios, acompañando la obra de Vimercati, lo transcribimos íntegro por su originalidad:

«Tengo sobrado fundamento para creer que soy el único oficial del Cuerpo que habiendo tenido la fortuna de estudiar en nuestro Colegio de Segovia todo el curso de Matemáticas que escribió el sabio profesor primero del mismo Colegio D. Cipriano Vimercati, teniente del mismo Cuerpo, lo conservo manuscrito por mí mismo en la clase, y como estando dedicada la Junta Superior Facultativa a consultar sobre el plan de estudios que halle más conveniente para el mismo Colegio, entiendo le puede ser muy conveniente el examen y la meditación de dicha obra, compuesta de dos tomos de aritmética, dos de geometría, uno de álgebra, otro de aplicación de esta a la geometría, uno de cálculo infinitesimal y el último de mecánica; la acompañó a V.E. en calidad de devolución para dichos fines, no pudiendo dejar de llamar la atención sobre el elocuente discurso preliminar que se halla al principio del primer tomo de aritmética. Dios guarde a V.E. muchos años. Madrid, 12 de abril de 1817. El Director General, Martín García y Loygorri. Excelentísimo Señor Vicepresidente de la Junta Superior Facultativa».

Esta colección de libros, como ya hemos apuntado, las guardaba su hijo, el teniente general Conde de Vistahermosa, en su casa. Ésta fue saqueada por las turbas en las algaradas de julio de 1854 durante el tiempo que más tarde se llamó *La Vicalvarada*, desapareciendo la colección, entre otras cosas. Más tarde se llegaron a recuperar cuatro de ellos, el 2º de Aritmética, 3º de Álgebra y el de Mecánica, como también hemos narrado ya. El conde los donó al Cuerpo de Artillería en 1860.

Las Cortes de Cádiz determinaron a través del título VIII de la constitución española de 1812, que el ejército real se denominase ejército nacional. Situación que obligó a un cambio de mentalidad de los componentes de la institución. Después de la guerra hubo mucha escasez de medios y de dinero que repercutió en toda la esfera nacional. El nuevo reglamento del Cuerpo fue aprobado por Loygorri pero sin poder llevarlo a efecto. No había recursos económicos para hacerlo.

Volviendo a la idea principal de la creación en el Colegio de una sala de retratos de los Directores, decir que ya estaba en mente del mando desde su creación, pero fue Loygorri el 18 de octubre de 1818 el que le dio el empuje necesario. La idea principal fue la de que «en servicio de la historia del Cuerpo y emulación de los caballeros cadetes se fomentase la galería de retratos, invitando a las familias de los Directores Generales y de los Generales hijos del Colegio a contribuir a su enriquecimiento». «Por medio de una circular, solicitó de las familias un retrato de «medio cuerpo pintando al óleo con uniforme de artillería, marco dorado y sencillo», incluyendo un dibujo con el perfil y diseño del marco que debería ser igual para todos, así como las medidas».¹²²

Muchos de los retratos de los Directores situados en las salas creadas al efecto se quemaron, incluido el propio de Loygorri, en el voraz incendio del Alcázar de 1862. El incendio, que fue causado por una chispa de una estufa o de una chimenea, quemó también lo que era el archivo de los expedientes y memoriales de nobleza de los aspirantes y Caballeros Cadetes.

¹²² María Dolores Herrero Fernández-Quesada, "Martín García Loygorri", en RAH, Biografías.
<https://dbe.rah.es/biografias/26508/martin-garcia-loygorri>

También en ese mismo año de 1817, se dotó al Colegio de un costoso y lujoso servicio de plata para la capilla y la Junta, «así como una colección numerosa de fornituras de terciopelo encarnado, bordadas y galoneadas de oro», que algunos oficiales privilegiados pudieron lucir cruzadas en sus uniformes en algunos actos solemnes.

Creación de la Junta Superior Facultativa

El 7 de febrero de 1816, Loygorri envió al rey Fernando VII una propuesta para la creación de una Junta Superior Facultativa del propio Real Cuerpo de Artillería. Esta petición fue contestada afirmativamente mediante una Real Orden el 13 de febrero. Orden que Loygorri envió al Cuerpo el día 27.

Esta Junta estaba compuesta por el Director general del mismo, Presidente; del Coronel del Cuerpo Director del Museo militar; Vice-Presidente, y de otros cuatro Vocales de la clase de Coroneles o Tenientes Coroneles los dos primeros, y los otros dos de la de Tenientes Coroneles o Capitanes de Artillería, uno de estos últimos Secretario.

La Junta se instaló en la tarde del 16 de mayo, exactamente cuándo se cumplieron 52 años de la apertura del Colegio de Artillería. Los cometidos, misiones y reglamento para el gobierno interior de la Junta fueron publicados el 24 de agosto de 1816.¹²³

¹²³ Biblioteca Central Militar — Ubicación: DE — Signatura: 1816-9(1) — N° de registro: 729 — Código de barras: 2028080 — Notas: Enc. junto con los reglamentos de la Junta Superior Facultativa de Artillería de 1862 y 1865

En la corte a partir de 1814

El rey Fernando VII y su padre Carlos IV pasaron toda la guerra de la Independencia prisioneros de Napoleón en el municipio francés de Valençay, muy lejos de la frontera española. Durante ese tiempo la corona de España recalcó sobre las sienes del hermano de Napoleón, José, apodado el *rey intruso* y *Pepe Botella*. Y fue en esa localidad dónde se firmó el Tratado del mismo nombre, Valençay, el 11 de diciembre de 1813, mediante el cual la paz volvía a España y la corona retornaba a Fernando.

El 13 de mayo de 1814, el rey viudo de María Antonia de Nápoles, Fernando VII *El Deseado*, entraba triunfante en Madrid después de haber anulado la obra constitucional de 1812 de Cádiz. Y muy pronto Loygorri, que también se había establecido en la capital de España, siguió ejerciendo como director general de la Artillería desde la sede de la Dirección sita en la calle Alcalá de Madrid.

La relación personal entre Loygorri y el rey se podría afirmar que fue correcta y de cierta admiración del monarca al general, a tenor de haber conocido sus hazañas realizadas en la guerra. Hubo correspondencia epistolar entre los dos y el general llegó a despachar personalmente con el rey diferentes asuntos.

A los pocos días de entrar en Madrid, el rey giró una visita el 20 del mismo mes al Parque de Monteleón para ver el Real Museo Militar, cuya dirección fue encomendada al Real Cuerpo de Artillería. Al hilo de esta inspección Loygorri dijo que

«el estado de decadencia en que se halla el Museo Militar establecido en esta Corte y el aprecio que S. M. ha hecho de este preciado depósito cuando el día 20 de este mes le honró con su presencia, exhortándome a su

rehabilitación y enriqueciéndome sus circunstancias, que, unido a la utilidad que debe producir, obligan a poner todo el esmero en este objeto».

El 24 de octubre de ese año le escribió Loygorri una carta al monarca Fernando VII, con motivo de una exposición a su persona, en la que le decía cuál era la verdadera idiosincrasia del Cuerpo de Artillería. Al parecer el rey había sojuzgado mal al mencionado Cuerpo durante la guerra que acababa de finalizar, calificando a los oficiales artilleros de liberales, al no haber recibido suficientes «gracias» por el día de su onomástica. Y fue tal la clara impresión que el rey mantenía de Loygorri, que en más de una ocasión despachó éste con el monarca diversos asuntos del Cuerpo.

Uno de los párrafos de la carta mencionada decía: “Cuando una educación noble e ilustrada despeja el entendimiento y fortalece el corazón, aunque no alcance a transformar en héroes todos los jóvenes que la reciben, tiene una gran probabilidad de predisponer a muchos y de conseguir algunos”.

Más tarde, el 17 de julio de 1814, se envió una Circular recordando que en 1806 habían sido comisionados algunos oficiales para que recopilasen todas las noticias y datos que encontrasen sobre la artillería española, pero como en esa fecha no se disponía de nada de lo ordenado, se ordenó que se mandasen todas las inscripciones y dibujos de materiales anteriores a 1760 de que se dispusiese.

El 30 de mayo de 1815 había sido ascendido Loygorri a teniente general y el 10 de julio siguiente, se le concedió la encomienda de Pozorrubio en la Orden de Santiago, de la que era Caballero profeso.

A lo largo del mes de marzo de 1816, el día 27 concretamente, recibió Loygorri el estudio que sobre la Artillería española había realizado por orden suya el teniente general director del Museo del Cuerpo, José

Navarro Sangrán, bajo el título de *Resumen histórico del Real Cuerpo de Artillería en España*, acompañado de un largo oficio justificativo. Sin embargo, el informe era extensísimo para una publicación en el Escalafón del Cuerpo, y se ordenó a la Junta Superior Facultativa del Cuerpo su extracto, el 5 de octubre de ese año. La Junta lo reelaboró y lo entregó con el nombre de *Noticia histórica del Real Cuerpo de Artillería de España* el 22 de marzo del año siguiente, 1817, aunque ninguno de los dos se publicó. Este último documento fue firmado por los componentes de la mencionada Junta: Navarro Sangrán, José Guerrero de Torres, Manuel Herrera y Miguel de Coca.

También en ese mes de marzo de 1816, Loygorri se vio involucrado en el asunto de dónde debía ser trasladado el Museo de la Artillería e Ingenieros. Su ubicación actual era en la segunda planta del Parque de Artillería de Monteleón, en Madrid. Edificio que a resultas de la guerra se encontraba muy dañado y «con riesgo de ruina inminente», a tenor de lo deducido por el arquitecto que lo examinó. Consciente Loygorri del problema, se lo comunicó al Secretario de Guerra para que se tomase una decisión. El rey Fernando VII, mediante una R. O. de 16 de marzo de ese año de 1816, ordenó que el mencionado museo fuera llevado al Palacio de Buenavista, al igual que el Parque de Artillería fuera allí trasladado.

El 3 de junio de 1816, y en relación con el Colegio de Artillería de Segovia, fue el inicio de lo que hoy decora la llamada Galería de las Promociones de la actual Academia:

El amor y cariño que sentía Loygorri por el Colegio de su arma se vio reflejado, una vez más, cuando ordenó que se reunieran en unas listas los

nombres de los 8.894¹²⁴ subtenientes y tenientes formados en él y que fueran colocados en sitio visible. Aquí nació lo que ilustra el llamado hoy “Pasillo de Promociones” de la Academia de Artillería, situado en la planta superior del claustro o Patio de Orden del antiguo convento de San Francisco. Convento que desde 1853 pasó a ser sede de la Academia después del terrible incendio del 6 de marzo de 1862 que destruyó parte del Alcázar, y que desde ese mismo instante se continuó la formación de los oficiales de Artillería en principios de Religión y Honor.

La lista se fue confeccionando después de examinar detalladamente las diferentes *Gacetas*, así como archivos de obispados, ayuntamientos, comunidades, cabildos, etc. El libro¹²⁵ se tituló *Registro de los caballeros cadetes del colegio militar del Rl. cuerpo de Artillería establecido en el Real Alcázar de Segovia que desde su erección han sido promovidos a subtenientes del mismo cuerpo*.

También a lo largo de ese año 1816, Loygorri puso su interés en construir una verja, escudo y puerta, que hoy aún se mantienen, que guardase y adornase el patio en el lado sur del Alcázar. Mandó que se reuniese el Ayudante Mayor de la Compañía de Caballeros Cadetes, Luis Arrastri, con los Maestros Mayores de Montajes y de Herreros de la Maestranza de Segovia para el diseño y cálculo de materiales para confeccionar la mencionada verja.

Los materiales iban a venir de las Maestranzas de Pamplona, Ciudad Rodrigo y Cartagena, procedentes de cañones de los viejos fusiles y

¹²⁴ El autor de este trabajo, perteneciente a la 264 promoción del Arma, figura en los cuadros con el número 9.837 “de orden de salida de los oficiales de su escala, que han finalizado sus estudios en el Centro de Enseñanza del Arma desde su fundación el 16 de mayo de 1764, como Real Colegio de Artillería”.

¹²⁵ En 1894, el Colegio editó *El Libro de las Promociones de Oficiales de Artillería procedentes del Colegio*.

antiguas bayonetas. Enseguida las tres fraguas de la ciudad segoviana se pusieron a la tarea. Loygorri ordenó que semanalmente se le enviase partes de cómo se encontraban el estado de las obras: trabajos realizados, jornales empleados, materiales usados y pendientes de recibir. La obra de la herrería finalizó a principios de 1817, pero el conjunto no se inauguró hasta el dos de agosto de ese año, después de igualar el suelo de la plaza de la Reina Victoria, atendiendo a la visita que realizó Fernando VII.

Las penurias económicas asolaba al Colegio de Artillería en tal extremo que en agosto de 1816 «se estaba en vísperas de suprimir el estudio por falta de alumbrado», y en el mes de octubre siguiente, Loygorri no tuvo más remedio que enviar una remesa de 20 000 reales para que el centro alargase su vida al menos diez días más. No obstante los esfuerzos, el cierre se produjo desgraciadamente el día 25 de ese mes.

Los días 23 y 24 de octubre de 1817, los reyes Fernando y María Isabel de Braganza,¹²⁶ con su hija recién nacida la princesa María Isabel Luisa, realizaron una visita al Alcázar de Segovia,¹²⁷ trasladándose desde el Real Sitio de San Ildefonso, para inspeccionar la vida académica de los cadetes de artillería. También acudió al Alcázar el Infante Carlos y su esposa María Francisca de Asís. Toda la visita de los reyes fue acompañada por Loygorri que, como director General del Cuerpo de Artillería, debía estar presente. Y fue él el que realizó el brindis en la cena realizada en los comedores de los cadetes en el Alcázar.

¹²⁶ Fue reina de España apenas dos años, de 1816 a 1818. Murió de su segundo parto. La primera hija, María Isabel Luisa, nació el 21 de agosto de 1817, pero murió a los 4 meses, y el segundo nació muerto. La reina, al no ser muy agraciada en cuanto a su belleza, el vulgo en un anónimo decía sobre ella: «Fea, pobre y portuguesa... chúpate esa». Había nacido el 21 de agosto de 1799.

¹²⁷ Fernando VII volvió a visitar el Colegio de Artillería en el Alcázar de Segovia los años 1827, 1828 y 1830.

La narración de la visita viene claramente reflejada en la *Gaceta de Madrid* número 131, del sábado 1 de noviembre de 1817, publicada por orden del *Rey Nuestro Señor*, aunque con más claridad se puede saber del asunto leyendo la comunicación que el Director General Loygorri envió a todas las dependencias del Cuerpo¹²⁸. Por otro lado, una lápida de mármol situada en una de las salas del Alcázar, recuerda la estancia de los reyes. Esta visita fue realizada quizás como desagravio de la ofensa que el mismo rey había hecho a la Artillería en 1814 y que hemos narramos unos párrafos atrás.

En este mismo año de 1817, ordenó Loygorri a la Junta Superior Facultativa de Artillería, dirigida por los oficiales Argaiz y Navia, que realizasen experiencias en Madrid con cohetes *congreve* incendiarios, que los ingleses habían dejado abandonados en Tarragona. Su inventor fue el inglés sir Willian Congreve hacia el año 1804 y reconocido como arma en 1809, y en la guerra de la Independencia, aunque Wellington la usó poco, sí que se usó en el sitio de Cádiz de 1810.

La capilla del Colegio recibió ese año un servicio de plata y la Junta, «así como una colección numerosa de fornituras de terciopelo encarnado, bordadas y galoneadas de oro. Fornituras que en ocasiones solemnes las portaban artilleros cruzadas sobre sus pechos.

En 1818, el 24 de octubre, dio Loygorri orden a todos los subinspectores de los Departamentos para que remitiesen al Colegio los retratos de los directores generales y generales del Cuerpo. Este fue el origen de la galería de retratos que actualmente conocemos y que, según palabras del Mariscal «sería una de las decoraciones más propias del Colegio de Segovia». Desgraciadamente la mayoría de los retratos se quemaron en el gran

¹²⁸ La comunicación viene íntegra en Oliver-Copons, *El Alcázar de Segovia*, Patronato del Alcázar, Segovia, 1995, p. 290 y ss.

incendio del Alcázar de 1862 por lo que hubo que reeditar la mayoría de las pinturas.

Desde la llegada del Deseado a España en 1814 y hasta 1820, la forma de Estado se había vuelto a convertir en una monarquía absoluta al anular Fernando VII la obra constitucional de 1812. Loygorri, por lo tanto, aprobaba esta forma de gobierno ya que se mantuvo en su destino y no se le conoce el que hubiera participado en algunas de las muchas intentonas de subvertir el régimen. Sin embargo, después de que a principios de 1820 triunfase el pronunciamiento del teniente coronel Rafael del Riego en Cabezas de San Juan y comenzase un periodo liberal, Loygorri firmó, junto a otros, una carta, escrita por la Orden Nacional y Militar de San Fernando el 4 de mayo de ese año de 1820, dirigida al rey felicitándole por haber firmado la Constitución doceañista, “la Constitución política de la Monarquía española”.

La carta decía así:

Señor: La Orden nacional de San Fernando, creada por las Cortes generales y extraordinarias, ha participado muy singularmente del júbilo universal de la Nación al ver levantado otra vez por la diestra benéfica de V. M. el edificio del Estado, bajo el sabio y generoso sistema a que ella debió su establecimiento. Conservada luego y privilegiada por el amor de V. M., no renace, como otras instituciones, de sus cenizas; pero respira de nuevo el aura nativa y deliciosa de libertad y gloria que da verdor a sus laureles, y aliento y vida a sus guerreros, cuyas sienas debe coronar. Solo la libertad, Señor, produce los héroes: un instituto consagrado a premiar las acciones heroicas no puede florecer sino bajo el imperio de la libertad. La asamblea de San Fernando, en nombre de la orden, testimifica a V. M. el reconocimiento más ardiente y sincero, aunque

inferior al beneficio incomparable que de su generosa munificencia han recibido los españoles. Elevado el genio y valor de sus militares por el carácter de ciudadanos, y por la grandeza de los derechos unidos a este nombre, ¿qué no harán por una patria libre y gloriosa los que tantos prodigios obraron por ella huérfana y oprimida? Mientras la orden de San Fernando con un ejercicio más extenso de sus funciones honra el mérito de los defensores de la patria, vivid, Señor, vivid años innumerables para ser testigos de sus proezas, para ser el modelo de su heroísmo, para completar la magnífica obra comenzada, y gozar el cumplimiento de las esperanzas grandiosas que ella promete a la Nación. Asamblea de la orden nacional de San Fernando en Madrid a 4 de mayo de 1820. Señor Javier Castaños. José Palafox y Melci. El duque del Parque Castrillo. El marqués de Bondad Real. Marqués de la Reunión. Martín García Loygorri. José Herrera Dávila, Secretario.

El rey Fernando VII firmó la Constitución de la Monarquía española el 10 de marzo de 1820, y dos días después lo hizo Loygorri y todos los jefes y oficiales del cuerpo de Artillería y los del Ministerio político de Cuenta y Razón. El lugar de la firma fue la Casa de la Dirección General del Cuerpo Nacional de Artillería, en presencia del Capitán General de la provincia de Madrid.¹²⁹ Se conservan los oficios firmados por Loygorri donde se citan a los que firmaron y otro donde se relacionan los que, por sentirse indispuestos, no lo pudieron hacer. Meses más tarde, siguiendo con la relación hipotética de Loygorri con el liberal Rafael del Riego, Loygorri le envió desde la Dirección General del Cuerpo Nacional de Artillería un manuscrito con su firma autógrafa tratando de la licencia de un soldado que estuvo a sus órdenes.

¹²⁹ Archivo Histórico Nacional, Expediente relativo al Cuerpo Nacional de Artillería de los años 1813, 1815, 1819, 1820 y 1822, Signatura: DIVERSOS-COLECCIONES, 203,N.12.

¿Se había vuelto Loygorri liberal? O era solo que actuó de una forma conveniente a los tiempos que corrían.

Por desconocer qué tipo de obras se habían realizado, Loygorri informó al Secretario de Guerra el 9 de julio de 1821 sobre la necesidad de realizar un estudio exhaustivo de la petición de artillado de la plaza de Tarifa, en Cádiz. Para ello solicitó la presencia del comandante de artillería del Campo de San Roque, José María Reyna, para que realizara el mencionado estudio, aunque advirtiendo que aunque las piezas solicitadas podrían ser llevadas desde Cádiz o San Fernando, no había en ese momento cureñas donde montarlas. Cosa que así ocurrió anulando la petición de artillado el 2 de abril de 1822.

Fue Director General de Artillería hasta el 9 de septiembre de 1822, en pleno *Trienio Liberal*, que por desacuerdo con el Gobierno fue cesado de su compromiso. Había ocupado el cargo 12 años.

Sin embargo, su hijo mayor, Vistahermosa, que había comenzado a disfrutar antigüedad en el Cuerpo de Artillería desde el 2 de octubre de 1817, fue destinado al primer regimiento de Reales Guardias de Infantería española el 18 de marzo de 1818, aunque su principal cometido fue el estudio, sobre todo el literario. Estudio que una vez finalizado en 1822, se trasladó desde Vergara a la Corte, donde siguió aumentando su sed en el saber, y donde el rey le destino al cuerpo del Estado Mayor General, hasta marzo de 1823, para pasar posteriormente al regimiento de Infantería de la Reina, de guarnición en Madrid.

El 2 de abril de 1823, Loygorri formó parte de un tribunal que juzgó a general Luis María Patiño y Ramírez de Arellano, “marqués de la Sierra y marqués de Castelar”, detenido por Juan de Paredes, por su postura

claramente absolutista y “por no haberse presentado el 7 de julio a defender las libertades patrias”.

España estaba en esas fechas de 1823 imbuida en el final del Trienio Liberal, como consecuencia de la irrupción de los Cien Mil Hijos de San Luis en España para reponer la monarquía absoluta. Vistahermosa, que se manifestaba liberal, no dudó en ir a Sevilla con la Corte acompañando a su padre, nuestro biografiado, Loygorri.

Por otro lado, en el libro *El liberalismo exaltado. La confederación de comuneros españoles durante el Trienio Liberal*, de Marta Ruiz Jiménez, aparece en la lista de comuneros Loygorri en la lista segunda de masones considerándole L. M. R. A. T. Y. C. teniendo presente que: Con la L, se denominan los Liberales y Radicales; con la M, los Masones, Comuneros, Carbonarios e Iluminados; con la R, Republicanos; con la A, Asesinos; con la T, Traidores; con la Y, los Materialistas y demás Irreligiosos; y con la C, Ciudadanos.

Loygorri en tribunales.

Desde su puesto de Inspector de la artillería, Loygorri debió atender a otros variados cometidos, como el de formar parte de tribunales de justicia. Ejemplos no faltan. El 9 de septiembre de 1812 formó parte del que juzgó al general José del Pozo y Sucre por sus escritos dirigidos en mala forma a la Regencia. Veinte años después, el general Luis María Patiño y Ramírez de Arellano, absolutista, se vio implicado en los hechos del 7 de julio de 1822, cuando la Guardia Real intentó asaltar el Ayuntamiento de Madrid por orden de Fernando VII para restaurar el absolutismo. La intentona fue sofocada por la Milicia Nacional y juzgados y condenados sus

protagonistas por diferentes tribunales. Loygorri formó parte del que juzgó a Patiño el 2 de abril de 1823, siéndole conmutada su pena de cárcel por el tiempo ya cumplido en prisión.¹³⁰

Fallecimiento

Hasta el 9 de septiembre de 1822 desempeñó Loygorri, apodado *El Padre del Cuerpo*, el cargo de Director General de Artillería siendo teniente general. Lo había ejercido por espacio de doce años. Murió en Madrid el 30 de enero de 1824, a los 64 años de edad, y a los pocos meses de la irrupción en España de otro ejército francés. Esta vez el llamado de los *Cien mil hijos de San Luis* para ayudar a Fernando VII a volver a la época absolutista, destruyendo la obra liberal de tan solo tres años de edad.

A lo largo de su vida aglutinó alrededor de su persona los títulos y cargos de Ministro de la Asamblea Suprema de la Real Orden de San Fernando, Vocal de la Junta de San Hermenegildo (nombrado el 14 de abril de 1820), socio honorario de la Real Sociedad Económica de Palencia, Comendador de Pozorrubio en la Orden de Santiago, Consejero nato en el Supremo de Guerra, Vocal de la Junta Militar de Indias (nombrado mediante Real Orden del 12 de septiembre de 1814) y único Inspector General del Real Cuerpo de Artillería y de las fábricas de armas y municiones establecidas para las expediciones de mar y tierra, tanto en la Península como en los dominios de Indias.

¹³⁰ Alberto Gil Novales, *Diccionario biográfico de España (1808-1823). Del origen del liberalismo a la reacción absolutista*, Fundación Mapfre, Madrid, 2010, p. 2348.

Entre sus condecoraciones, además de las tantas veces repetida Laureada, poseía las Cruces de distinción del Primer Ejército por las acciones de Valls y Alcañiz y el escudo de la batalla de Llinás.

Fueron 56 los años de servicio los que acumuló. Se encontró en 27 acciones de guerra, en cinco sitios y en una defensa de plaza. Su pérdida fue muy sentida recibiendo su familia, y en concreto su hijo Ángel, múltiples pésames. Uno de ellos fue el del general Joaquín Blake, al que contestó el 11 de febrero de 1824.

En un principio fue enterrado en el antiguo cementerio de San Nicolás de Bari, siendo posteriormente trasladados sus restos a un panteón familiar.

Conclusiones

Bien podemos afirmar que García Loygorri, nuestro héroe de Alcañiz, vivió para y por la artillería española. De su formación y experiencia se deducen el acierto de sus decisiones en todas las facetas de su vida. Su nombre ha quedado unido a la *Ultima Ratio Regis* y así se manifiesta con la denominación de un aula con su apellido en la Academia de Segovia y en un modelo de mortero cónico de bronce,¹³¹ entre otros, además de multitud de documentos.

Ya se ha reflejado anteriormente que en el museo de la Academia de Artillería se conserva la Cruz Laureada, el sable y la duplicación del retrato que se quemó en el gran incendio del Alcázar.

La imagen de Loygorri y su obra no han quedado en el olvido. Más bien al contrario está muy presente en la historia de la Artillería española y en la ciudad de Segovia. La Residencia Logística Militar de la ciudad castellana y una de las aulas de la actual Academia de Artillería, por ejemplo, llevan su nombre.

Un resumen de su vida y una conclusión final se reflejan en el número de condecoraciones y vicisitudes que adornaron su pecho: Caballero Gran Cruz de la Real y Militar orden de San Hermenegildo, De la de San

¹³¹ Modelo de mortero cónico de bronce, calibre 32 centímetros en escala 1/5 con su afuste correspondiente. Lleva la inscripción *nº 1 Museo 2 de Julio de 1864* y no tiene más que un asa; va grabado el escudo de Isabel II; en el muñón derecho «P.º 9^k 366», en el izquierdo *Bronces refundidos* y el nombre *Loygorri*. En el plano de la boca *M. C. 32 cm*. El afuste es semejante a sus similares de otros modelos y lleva tornillo de puntería. *Catálogo General del Museo de Artillería*. Tomo IV, Imprenta de Eduardo Arias, 1914, p. 47.

Fernando Laureada de 4ª Clase, Ministro de la Asamblea Suprema de Esta Real Orden, Vocal de la Junta de San Hermenegildo, Poseedor de las Cruces de distinción del Primer Ejército, Valls y Alcañiz, Escudo de la batalla de Llinás, Socio Honorario de la Real Sociedad Económica de Palencia, Comendador de Pozorrubio en la Orden de Santiago, Teniente General de los Reales Ejércitos, Consejero Nato en el Supremo de Guerra, Vocal de la Junta Militar de Indias, Director y Coronel General del Real Cuerpo de Artillería de España y América, Único Inspector General del mismo y de las Fábricas de Armas y Municiones que hay establecidas y en adelante se establecieren para las Expediciones de mar y tierra, tanto en la Península como en los dominios de Indias,¹³² y Caballero profeso de la Orden Militar de Santiago, además de elevar al más alto grado de esplendor al Real Colegio de Artillería.

¹³² Pedro de La Llave, *Biografía del Excmo. Sr. D. Martín García Loygorri*, Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1887, p. 5.

Bibliografía

- “Los Asedios”, en *La Aventura de la Historia*, nº 70, agosto, 2004, Arlanza Ediciones.
- ÁLVAREZ DE TOLEDO PINEDA, G., “Análisis socio-económico de una veinticuatría y una alcaldía mayor de Sevilla en los siglos XVII y XVIII”, en *Trocadero*, 17, Cádiz, 2005.
- BARBERO RONDÓN, F., *Lección del Dos de Mayo de 1808*, leída en el Alcázar de Segovia, 2 de mayo de 1975, Imprenta de la Academia de Artillería, Segovia, 1975.
- BERTHOLD VON SHÉPELER, A. D., *Geschichte der Revolution Spaniens und Portugals und besonders des daraus entstandenen krieges*, 3 volúmenes, Berlín (Mittler), 1827.
- CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN *Las huellas de la Química, las huellas de Segovia. Química y Segovia, un recorrido histórico y científico desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad*, Academia de Artillería e IE University, Segovia, 2011.
- *Catálogo General del Museo de Artillería*. Tomo IV, Imprenta de Eduardo Arias, 1914.
- CONDE DE TORENO, *Guerra de la Independencia. El 2 de mayo de 1808*, volumen III, Círculo de Amigos de la Historia, Editions Ferni, Genève, 1974.
- CAYUELA, G., “Los soldados en el conflicto. Leones heridos”, en Revista *La Aventura de la Historia*, núm. 112, Arlanza Ediciones, Madrid, 2008.

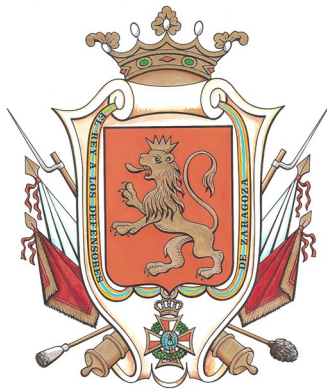
- DEMANGE, C., *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Marcial Pons, Ediciones de Historia, S.A., 2004, Madrid.
- DOMÍNGUEZ CAVERO, B., y Alfaro Pérez, F. J., “La ciudad de la hidalguía. Corella (Navarra) ss. XVI-XVIII. Familias y Emblema”, en *Emblemata*, 7, 2001.
- Estado Mayor Central del Ejército, *Nomenclátor Histórico-Militar*, Servicio Histórico-Militar, Madrid, 1954.
- GARCÍA LOYGORRI, MARTÍN, *Colección de ejercicios facultativos para la uniforme instrucción de la tropa del Real Cuerpo de Artillería*, Imprenta que fue de Fuentenebro, Madrid, 1814.
- *Geschichte der Revolution Spaniens und Portugals und besonders des daraus entstandenen krieges*, 3 volúmenes, Berlín (Mittler), 1827.
- GIL NOVALES, A., *Diccionario biográfico de España (1808-1823). Del origen del liberalismo a la reacción absolutista*, Fundación Mapfre, Madrid, 2010.
- GIL RUIZ, P., <https://www.condedegazola.com/album/retrato-de-garcia-loygorri-que-esta-en-el-salon-de-comisiones-del-ayuntamiento-de-alcaniz/>
- GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J., *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, tomo VI, primer capítulo, Madrid, 1868 a 1903.
- GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J., *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814*, Tomo I, Madrid, 1878.
- GÓMEZ DE ARTECHE, J., *El luto del 2 de Mayo*, Madrid, 1884.
- GRAHIT Y GRAU, J., “Partes inéditos sobre Gerona en 1809”.
- GUIU Y MARTÍ, E., *El Año Militar Español*, Tomo II, Barcelona, 1890.

- GUZMÁN Y GALLO, J. P. de, *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid. Relación histórica documentada*, Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Madrid, 1908.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., “El discurso museológico en los museos militares: génesis, conceptualización y narrativa museológica”, en *Revista de Museología*, núm. 37, Asociación española de Museólogos, Madrid, 2006.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D., “Artillería. Evolución Histórica de los Materiales”, en *Aproximación a la Historia Militar de España*, volumen III, Ministerio de Defensa, Madrid, 2006.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D., *Cañones y probetas en el Alcázar. Un siglo de la historia del Real Cuerpo de Artillería de Segovia (1764-1862)*, Patronato del Alcázar de Segovia, Segovia, 1993.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D., *Catálogo de la biblioteca del Real Colegio de Artillería de Segovia. II.- Fondos artilleros y de fortificación*, Academia de Artillería de Segovia, Segovia, 1992.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D., *Ciencia y Milicia en el siglo XVIII. Tomás de Morla, artillero ilustrado*, Patronato del Alcázar de Segovia, Segovia, 1992.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D., *La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de Artillería de Segovia*, Academia de Artillería de Segovia, Segovia, 1990.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D., El Real Colegio de Artillería. De la fundación a la consolidación de un modelo de centro docente militar y científico-técnico, en *Revista de Historia Militar. 250 aniversario del Real Colegio de Artillería*, Instituto de Historia y Cultura Militar, número extraordinario, Madrid, 2014.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M., “Martín García Loygorri”, en RAH, Biografías, Madrid.

- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D., “La presencia artillera en el Museo del Ejército. Historia y colecciones” en *Militaria. Revista de Cultura Militar*, nº 9, Servicio de Publicaciones, UCM, Madrid, 1997.
- HUET, L., *Proyecto del sitio de la plaza de Gibraltar. Reconocimiento de la plaza de Gibraltar*, San Roque, 26 de julio de 1797.
- IZQUIERDO NAVARRETE, J., “El Conde de Aranda”, en *Revista de Historia Militar*, núm. 86, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 1999.
- LA LLAVE, PEDRO DE, *Biografía del Excmo. Sr. D. Martín García Loygorry*, Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1887.
- LAFOZ RABAZA, H., *Alcañiz con el gobierno francés, 1808-1814*). Instituto Avempace, Zaragoza, Boletín nº IV de I.C.B.A.
- LAFOZ RABAZA, H., *Actas de la Junta Superior de Aragón y parte de Castilla (1810)*, Fuentes Históricas Aragonesas núm. 56, Institución «Fernando El Católico», Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 2011.
- LOUREIRO SOUTO, J. L., *Los conflictos por Ceuta y Melilla: 600 años de controversias*, Tesis Doctoral, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, UNED, Madrid, 2015.
- MELLADO, F. de P., *Enciclopedia Moderna. Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio*, Tomo décimo, Establecimiento tipográfico de Mellado, Madrid, 1851.
- MOLA, M. A., “Los Asedios”, en *La Aventura de la Historia*, nº 70, agosto, 2004, Arlanza Ediciones.
- MUÑOZ MALDONADO, J., *Historia política y militar de la independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 a 1804*, Imprenta de José Palacios, calle del Factor, Madrid, junio de 1833.
- MURIEL HERNÁNDEZ, M., *Manuel Lorenzo: Militar y Gobernador de Santiago de Cuba*, Universidad Complutense, Madrid, 2012, p. 77.

- NAVAS RAMÍREZ-CRUZADO, J., y Ostende Barallobre, A., *200 años de la guerra de la Independencia. 1808-1814. La historia y su enseñanza*, O&R, Editores, Madrid, 2008.
- OLIVER-COPÓNS, E., de, *El Alcázar de Segovia*, Patronato del Alcázar de Segovia, Segovia, 1995.
- PANO, M. de, “Carta de Palafox a la Condesa de Bureta”, en el periódico *El Noticiero*, 23 de mayo de 1909, Zaragoza, 1909.
- PÉREZ RUIZ, PEDRO ANTONIO, *Biografía del Colegio-Academia de Artillería de Segovia*, Academia de Artillería, Segovia, 1960.
- REYNAUD, J., L., “contraguerrilla en España: el mariscal Suchet”, en *Revista de Historia Militar*, núm. 66, p. 137, Madrid, 1989.
- RODRÍGUEZ-SOLÍS, E., *Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia*, tomo primero, p.444, Barcelona, 1895.
- RONDÁN Y GUERRERO, R., *Los farmacéuticos españoles en la Guerra de la Independencia*, discurso, 24 de enero de 1947.
- SOLAR, D., “Las claves del conflicto”, en *La Aventura de la Historia*, nº 51, enero, 2003, Arlanza Ediciones.
- SORANDO MUZÁS, L., *Antecedentes y evolución de las banderas en España (1700 – 1978)*. Internet, página de Vexilología militar.
- SOUSA Y FRANCISCO, A. de, *700 años de artillería. Evolución histórica de los materiales de artillería y sus municiones*.
- STANISLAW CIECHANOWSKI, J., “Aspectos militares de la participación polaca en la Guerra de la Independencia española. Los Lanceros del Vístula”, en *Actas del VI Congreso de Historia Militar. La Guerra de la Independencia Española: Una visión militar*, Volumen I, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.

- TABOADA CABAÑERO, E. J., *Mesa Revuelta. Apuntes de Alcañiz*, Establecimiento Tipográfico de La Derecha, San Miguel 12, Zaragoza, 1898
- TAMARIT, E., *Dos de mayo de 1808 en Madrid*, Tipografía del Sagrado Corazón, Madrid, 1908.
- TORRES GALLEGO, G., “La Guerra de las Naranjas, dos siglos después”, en *Revista Española de Historia Militar*, nº 12, Quirón Ediciones, Valladolid, junio, 2001.
- MARTÍNEZ-FALERO DEL POZO, U., *El Alcázar de Segovia en la época de los Colegios (1764-1862). Distribución, usos, nomenclatura y obras*, Tomo I, Asociación Cultural “Biblioteca de Ciencia y Artillería”, Segovia, 2011.
- VEGA VIGUERA, E. de la, “Aniversario del Dos de Mayo”, en *Ejército*, núm. 448, Ministerio del Ejército, Madrid, mayo, 1977, p. 7. Archivo Municipal de Madrid, 17-27-20, *Exhumación de los restos de las víctimas del 2 de mayo y Monumento que perpetúe la memoria de este día*.
- ZVRIKINE, A.A. Y CHUKARDÍN, S.V., “La revolución industrial”, en *Historia de la Humanidad*, Planeta Sudamericana, tomo 7, p. 486, Barcelona, 1977.



Asociación Cultural
“Los Sitios de Zaragoza”



Se terminó de imprimir este libro el 14 de agosto de 2022,
214 aniversario de la voladura de la Iglesia y Convento de Santa Engracia,
por el ejército invasor del Emperador de Francia, Napoleón Bonaparte,
levantando el cerco a Zaragoza, poniendo fin al Primer Sitio, que sufrió
la Ciudad durante la Guerra de la Independencia Española.

Sirvan estas páginas como recuerdo y homenaje a aquellos heroicos
defensores anónimos que nos precedieron

Laudeamus viros gloriosos